Nobles y sirvientes 1

LAS REGLAS DEL LORD



ENCARNA MAGÍN

Selecta

Las reglas del lord

SERIE

Nobles y sirvientes 1

Encarna Magín

Selecta

Capítulo 1

Enero de 1811

El noble miró el reloj dorado con motivos florales ubicado sobre la repisa de la chimenea, y las manillas marcaban las doce del mediodía. Una de las reglas de Patrick Benton, marqués de Cherfield, era la puntualidad. Estaba sentado en uno de los sillones de la sala de mañana del White's, en la calle St. James. Hasta ese instante se había entretenido mirando el *Times*; el anterior año habían declarado demente a Jorge III, y los artículos sobre su locura, su ceguera y su incapacidad para moverse se sucedían uno detrás de otro. Al monarca no le quedaba otra solución que abdicar su poder a favor del príncipe de Gales, que se convertiría en el príncipe regente de Gran Bretaña.

El marqués se levantó tan pronto las sonoras campanadas dieron la hora en la que había quedado para la reunión, no dispuesto a esperar ni un minuto más a Franklin Gardner, conde de Harding, ni a su primogénito, Benedict Gardner. Había decidido invertir en la naviera para el transporte de pasajeros, Gardner Line, que el conde quería fundar junto a su heredero, pero después del desplante no pensaba involucrarse. Estaba enfadado, siempre había sido un hombre exigente e inflexible, tanto era así que todos en la aristocracia eran conscientes de eso. Consideró que la tardanza era un insulto a su persona, por ello había decidido no esperar ni un segundo más.

Un sirviente le entregó su sombrero de copa y su abrigo, y salió en cuanto otro le abrió la puerta y le hacía una reverencia. Fue entonces cuando se topó con el conde y su heredero; estos lo miraron con ojos de súplica, conscientes del par de minutos de retraso.

—Buenos días, milord, siento el retraso —alegó Franklin, un hombre canoso de constitución delgada y ojos castaños, que bufaba debido a la carrera—, un asunto de última hora ha impedido que fuéramos puntuales.

—La culpa ha sido mía —confesó el hijo, un jovencito rubio de ojos grandes en un tono azul; decidió ser sincero, a fin de que fuera comprensivo, por lo que se levantó el flequillo y enseñó una herida amoratada—. Tuve una caída mientras cabalgaba esta mañana y el médico debió hacerme una visita, pues perdí el conocimiento durante unos minutos.

Tanto padre e hijo sabían que la vida del marqués estaba regida por una infinidad de normas, y una de ellas era la puntualidad. También eran conscientes de la inmensa fortuna que poseía y que era el mejor candidato para que invirtiera en Gardner Line, que querían fundar. El objetivo era aumentar un patrimonio que, con el tiempo, había disminuido debido a malas inversiones. El conde nunca había tenido buen ojo con los negocios; sin embargo, su hijo parecía tener cierto olfato. Ya lo había demostrado en alguna otra ocasión, en negocios pequeños, y era esa cualidad la que había empujado al marqués de Cherfield a destinar dinero en la futura naviera. Este miró a uno y otro, no disimuló su enojo en su mirada plomo.

—Será mejor que se busquen a otro inversor —soltó Patrick con dureza, y echó a andar dejando a sus interlocutores con las bocas abiertas.

—Lo siento, padre —manifestó Benedict en un tono triste—. Si esta mañana no hubiera salido a cabalgar, nada de esto hubiera sucedido.

—No hace falta que te disculpes, hijo —masculló Franklin, se obligó a esbozar una sonrisa

para insuflarle esperanza al tiempo que miraba la frente magullada de su heredero—. Me importa más tu salud que el dinero del marqués. ¡Me alegro tanto de que no te haya sucedido nada! —Le palmeó un hombro mientras sus ojos castaños intentaban mostrar ilusión sin mucho éxito—. Ya encontraremos otro inversor.

El conde sabía que era una tarea difícil dado su poco atino con los negocios, que había dejado una marca profunda en su reputación y nadie se fiaba de él para prestarle dinero. Pero se guardó sus pensamientos y entraron en el White's, ya que hacía frío, uno que el cielo nublado acrecentaba, y sus desilusionados corazones necesitaban entrar en calor.

Mientras, Patrick Benton subía a su faetón. Reconocía que no había sido buena idea coger un vehículo tan abierto y sin capota, pues el ambiente gélido incluso traspasaba las telas gruesas de excelente calidad con las que se había ataviado. Ni tan solo los magníficos guantes de cuero habían evitado que sus dedos quedaran agarrotados. Se maldijo por no haber decidido utilizar su carruaje cerrado de ciudad, que lo hubiera aislado de las bajas temperaturas.

Sin más, emprendió camino a Olympo Park, ubicado en la zona norte de Londres, un lugar exclusivo y lujoso creado por el duque de Larsen. Dicho duque era un noble algo excéntrico, amante de las civilizaciones antiguas y la mitología, que ideó un paraíso romano para hacer feliz a su esposa. Pero con su gran obra a medio terminar, su duquesa falleció en extrañas condiciones. Se llenaron páginas enteras en el *Town and Country*, *The Lady's Magazine* o en el *Entertaining Companion for the Fair Sex*, con sus chismorreos e hipótesis. Larsen decidió marcharse, o mejor dicho: huir hacia las colonias británicas de América para alejar a su único hijo del escándalo. Desde entonces nada se sabía de ellos, era como si la tierra se los hubiera tragado.

Olympo Park era un parque concebido para el ocio de la gente más pudiente. Había un enorme lago, un bosque, un salón de té (sin terminar todavía), un salón de baile, un anfiteatro (a medio construir), un invernadero y una glorieta. También había proyectado un hotel de lujo, pero solo estaba plasmado en unos planos que pertenecían al duque. La zona estaba rodeada por cuatro magníficas viviendas con nombre de ciudades de la antigua civilización romana. El marqués de Cherfield había adquirido la residencia noroeste, Neapolis Palace. El duque de Larsen se había quedado con la noreste, Roma Palace. No obstante, estaba deshabitada y las zarzas empezaban a rodear la vivienda. Circulaba el rumor de que la duquesa de Larsen había sido asesinada por su esposo entre esas paredes. En la parte sudoeste estaba Carthago Palace; en la zona sudeste, Tarraco Palace, ambas habitadas.

En las cuatro residencias había caminos privados por lo que se podía acceder a Olympo Park en carruaje o a caballo. Sin embargo, para los nobles que no vivían allí había un camino que conectaba con Londres y por el cual se accedía. Cabe decir que, desde que se habían inaugurado las partes terminadas del parque años atrás, la afluencia había ido en aumento. Tanto era así que se estaba convirtiendo en un lugar de moda y nadie que viajara a Londres, aunque solo fuera unos pocos días, dejaba de hacer una visita. Eran muchas las ganas que había para que se terminara el salón de té, el anfiteatro y el hotel.

Patrick llegó a Neapolis Palace, una vivienda lujosa de tres plantas. Cuando el duque de Larson puso en marcha su proyecto, fueron muchos los que se rieron y burlaron. Muy pocos confiaron en el resultado, solo un puñado de nobles se atrevieron a defensar una propuesta tan creativa, entre ellos estaba el marqués de Cherfield, que fue el primero en comprar uno de los cuatro majestuosos palacios. No era de extrañar que los que no hubieran apostado ni una guinea se maldijeran en secreto en cuanto el éxito de Olympo Park fue una realidad. De hecho, Patrick había recibido en numerosas ocasiones escandalosas ofertas por su palacio. Sin embargo, no

había aceptado ninguna; dinero era lo que le sobraba, de modo que muy mal tendrían que irle las cosas para cambiar de opinión, y de momento no era el caso.

En la parte delantera de Neapolis Palace había jardines con arbustos ornamentales. Debido a la estación no había flores y había que esperar a la llegada de la primavera para que los colores explotaran y crearan tapices con los que alimentar las miradas. La fachada de la mansión era de ladrillo rojo y combinaba detalles de la civilización romana, como columnas y mosaicos. El blanco de la puerta de entrada y ventanas a cuadrados resaltaba en el edificio y le aportaba un toque más moderno. Un mozo de cuadra se hizo cargo de su faetón y lo llevó a la parte de atrás, lugar donde estaban las caballerizas.

Entró con rapidez en busca de calentarse, el interior era tan magnífico como el exterior; sin embargo, el marqués había optado por una decoración demasiado formal. Tanto alfombras, muebles, tapizados y cortinas eran en tonalidades marrones, caquis y grises, que junto a los suelos y columnas de mármol y los muebles oscuros daba la sensación de entrar en un mausoleo. Además, esas tonalidades añadían al ambiente un halo de frialdad que ni las chimeneas de cada estancia lograban caldear. A pesar de que el jardín, durante la primavera, resplandecía como un arcoíris con la gran variedad de flores, Patrick no quería que los ramos adornaran el interior de su hogar. Le gustaba la formalidad en exceso y rehusaba cualquier detalle que rompiera con la seriedad de la decoración.

El marqués de Cherfield entregó su abrigo y sombrero al mayordomo. Enfiló a la escalinata enmoquetada ubicada en el centro de un enorme *hall*. En la segunda planta estaba el salón privado del marqués y se dirigió hacia allí. La puerta doble estaba abierta y el foco de la estancia era la chimenea custodiada por dos leones tallados en mármol. Se acercó a las llamas, alargó las manos para que se calentaran y solicitó que le sirvieran un té.

—Necesito hablar con Barney —pidió el noble a su mayordomo mientras este le servía una taza de té.

—Ahora mismo, milord.

El sirviente dejó la tetera en la mesita situada al lado del sofá neoclásico en tonos marrones, ubicado frente a la chimenea. Patrick seguía de pie delante de las llamas y daba pequeños sorbos a su bebida caliente. La tibieza empezó a viajar por todo su cuerpo y no tardó en recuperar el calor. Las llamas vivas del hogar aportaban a su cabello ondulado negro un brillo azulón muy peculiar y poco común. Las patillas largas y espesas acentuaban su barbilla y labios gruesos de rictus firme, que dotaban a su semblante de severidad. Sus ropajes también eran un fiel reflejo de la decoración interior del palacio, pues vestía unas calzas color caqui, un chaleco marrón oscuro y una levita gris oscuro. Solo la camisa con volantes en los puños y su pañuelo, atado a modo de corbata en el cuello, eran blancos y le aportaban claridad a su rostro.

Mientras su mirada gris se perdía entra las ascuas de la lumbre, pensó en Barney Ferrell, su ayuda de cámara, y en lo mucho que lo echaría de menos cuando se fuera. Tenía previsto hacerle una oferta, sabía que quería montar un club privado para caballeros. Barney siempre había sido un hombre ambicioso y no se conformaba con ser un simple sirviente.

Lo cierto era que tenía buenos recuerdos de los progenitores de su ayuda de cámara; siempre fueron cariñosos y sirvieron a la familia con lealtad. Una mueca de nostalgia cubrió su boca al recordar las palabras amables y los abrazos reconfortantes que lo ayudaron en sus momentos más duros durante su infancia. Ni su propio padre le brindó el afecto que ellos le dispensaron. De niño, fueron muchas las veces que había deseado cambiarse por Barney solo para poder tener unos padres como los que tenía él y así poder escapar del infierno al que lo sometieron sus institutrices y tutores con el beneplácito de los antiguos marqueses.

—Milord, ¿me necesita? —preguntó el ayuda de cámara haciendo una reverencia.

El marqués regresó al presente, dejó su taza de té en la repisa y se dio la vuelta. Barney era un hombre muy atractivo que llevaba a las sirvientas de Neapolis Palace por el camino de una lujuria sin fin. Tenía el cabello oscuro peinado hacia un lado y unos ojos color canela muy expresivos. Sin embargo, el rasgo más característico era la corpulencia de su cuerpo, ya que se había dedicado al boxeo una temporada.

—Tengo una oferta que hacerle —expuso el aristócrata.

El sirviente arqueó sus cejas oscuras y siguió con la mirada a Cherfield mientras se acercaba a él.

—¿Una oferta? ¿De qué se trata, milord?

—He adquirido un edificio de dos plantas en el centro de Londres, cerca de Fleet Street, es un lugar muy concurrido, ideal para un club, pero necesita reformas, sé que quiere montar un club privado. —Hizo una pausa—. Puedo ayudarlo.

Barney esbozó una sonrisa tímida.

—Gracias, milord, pero tengo algo de dinero ahorrado y puedo permitirme alquilar algún sitio que no necesite reformas.

Patrick negó con la cabeza.

—Creo que no me ha entendido. Con mi ayuda puede reformar el edificio y abrir el club. Desde luego que las decisiones las tomará usted, yo solo me limitaré a proporcionarle el dinero necesario, que con el tiempo me devolverá. No le estoy regalando nada —puntualizó, no quería ofenderlo.

El ayuda de cámara lo miró pensativo. El marqués tenía fama de ser una persona distante y muy exigente que le había dado una reputación inmerecida. Nunca olvidaría que ayudó a sus padres cuando cayeron enfermos de una rara enfermedad; el anterior marqués jamás se hubiera tomado la molestia. Costeó los medicamentos y las visitas del facultativo y, por suerte, se recuperaron y no les quedaron secuelas. No solo se había preocupado por sus progenitores cuando estaban vivos, también acudió al entierro cuando ambos murieron debido a un accidente.

—Piénselo —dijo el noble ante el silencio de Barney—. Ya me informará cuando tome una decisión.

—Desde luego.

El fuego chispeó con intensidad y provocó que ambos miraran las llamas.

—Milord —interrumpió el mayordomo al tiempo que se inclinaba—, el conde de Rowland y su cuñada lady Mildred Haynes quieren hablar con usted, lo están esperando en el salón de visitas. He ordenado que les sirvieran un té mientras lo aguardan.

A Patrick no le sorprendía la visita de su futuro suegro, de hecho, la esperaba en cuanto le informaron que había llegado de la propiedad que poseía en el campo.

Suspiró con intensidad, porque el momento de cumplir con el acuerdo, hecho muchos años atrás, había llegado.

Capítulo 2

Patrick andaba por los amplios pasillos camino al salón de visitas de la planta inferior. Sus botas de caña alta resonaban entre las paredes. El conde, su única hija, lady Ruth Slater, y la tía materna de esta habían estado viviendo casi toda la vida en la campiña. La condesa, a pesar de ser una mujer mucho más joven que su esposo, cayó enferma al poco de tener a su bebé y tuvieron que trasladarse, ya que los aires del campo mitigaban su malestar. Pero, con el pasar de los años, su estado empeoró poco a poco, los médicos nada pudieron hacer y terminó falleciendo dos años atrás. No pudo desplazarse para el entierro, ya que los caminos estaban intransitables debido a un temporal de frío, nieve y viento que azotó el lugar.

El conde Philip Slater y el padre de Patrick, el antiguo marqués de Cherfield, fueron muy amigos y ambos concertaron el matrimonio cuando nació Ruth y él aún era un crío, como una manera de honrar una amistad sincera. Hacía dos años que tendrían que haberse casado, pero la muerte de la condesa evitó que la ceremonia se llevara a cabo. Sin embargo, había pasado el luto y era el momento de cumplir con el acuerdo. Para alivio de Patrick, se saltaría la parte del cortejo, a decir verdad era lo único que le agradecía a su difunto padre.

En el fondo, casarse era algo que quería hacer cuanto antes, pues necesitaba herederos. Ella provenía de una familia de alta alcurnia, y según le había contado el conde de Rowland —en una de las pocas cartas que le había escrito para informarle— se había preocupado de que su hija recibiera una educación esmerada, a fin de que cumpliera a la perfección con su papel de marquesa, tal como él había exigido.

De Philip tenía una vaga imagen en la mente, la última vez que lo vio fue cuando fue a despedirse junto a su esposa y su cuñada para marcharse a la campiña. Se dio cuenta de que empezaba a inquietarse, no había visto nunca a lady Ruth Slater y se preguntó si le agradaría. Más valía que fuera así, porque tendría que acostarse con ella para engendrar herederos. Se conformaría si le provocaba cierta atracción física, que era más de lo que muchos nobles tenían en sus insulsos matrimonios.

Entró en la sala de visitas, era enorme con dos zonas diferenciadas: en una había butacas y varios sofás neoclásicos sobre tupidas alfombras; en la contraria, una mesa redonda rodeada de sillas. La chimenea, ubicada frente a los asientos, rebosaba de llamas; el conde y su cuñada se alzaron en cuanto el marqués entró.

—Buenos días, milord —saludó la dama, estirando su mano para que el marqués le besara el dorso como exigían las normas de educación.

—Me alegra ver que los años no pasan para usted, milady.

Y era cierto, a Patrick le sorprendía que el tiempo no la hubiera maltratado. En cambio, Rowland, un hombre alto, delgado y de ojos azules, tenía el cabello cano por completo. La suerte era que tenía una masa espesa y, en cierto modo, no le atribuía años de más, como lo haría si fuera calvo o con muchas entradas.

—Oh, es todo un caballero, milord —mencionó Mildred, sus ojos pardos brillaban de complacencia, se retocó su recogido rubio oscuro—. Pero mucho me temo que el campo no rejuvenece, a pesar de los comentarios de otras damas que afirman lo contrario.

—¿Han tenido buen viaje de regreso? —preguntó el marqués al conde.

—A mi edad todos los viajes largos son tediosos, pero todo ha ido bien, milord.

Los presentes tomaron asiento: Philip y Mildred, en uno de los sofás; y Patrick, en una de las dos butacas ubicadas delante.

—Supongo que están aquí para decidir cuándo es el mejor momento para celebrar la boda —expuso Cherfield.

El conde y su cuñada se miraron de reojo, casi parecía que se comunicaban en silencio, y el marqués se dio cuenta; prácticamente parecían un matrimonio bien avenido.

—Teniendo en cuenta que las amonestaciones deben leerse tres domingos antes de la fecha, la boda puede celebrarse en un mes —sugirió Philip—. Ruth es una dama encantadora. Y muy aplicada en todos los temas, gestionará su hogar a la perfección.

Al marqués le complació que su futura esposa cumpliera con todos sus requisitos. Sin duda sería un valor añadido a su título que lo haría resplandecer todavía más.

—¿Verdad, Mildred, que Ruth es una dama muy diligente?

La dama carraspeó antes de hablar.

—Desde luego, Ruth es... es perfecta... —Su voz se estranguló.

Cherfield achicó la mirada. ¿Por qué tenía la impresión de que algo no iba bien? Tragó saliva, entonces conocer a su futura esposa se hizo imperioso, tuvo una idea.

—De todos modos, me gustaría celebrar una cena y un baile en Neapolis Palace, para formalizar el compromiso. ¿Le parece bien dentro de una semana?

Patrick tuvo la certeza de que el conde y su cuñada habían contenido el aliento.

—Claro, claro, me avergüenza no haber pensado en ello —mencionó Rowland, que empezó a sudar.

Mildred lo miró con semblante preocupado; soltó un suspiro que no pudo disimular, su sonido se escuchó por la estancia y dejó perplejo a Patrick. Sintió que el pañuelo atado a modo de corbata apretaba su garganta. Tenía claro que si Ruth no cumplía con sus requisitos no se casaría y la repudiaría, a pesar de las consecuencias que tal decisión provocaría. Si tenía que batirse a duelo con el conde, lo haría sin titubear, a pesar del acuerdo entre su padre y el noble que tenía delante, y buscaría otra candidata más acorde con sus exigencias.

La visita no duró mucho más, pues Philip y Mildred daban muestras de sentirse incómodos, algo que Patrick no entendía y le resultó muy sospechoso. Aun así, hablaron de la campiña donde habían vivido tantos años. El marqués aseguró que la visitaría y rato después se despidieron.

—¿Por qué le has mentido a Cherfield? —reprendió con dureza la dama dentro del carruaje camino a Rowland House, su mansión en Mayfair—. Ruth no sabe leer, ni escribir ni bailar; no habla idiomas, no entiende el latín, y la aritmética se le antoja demasiado aburrida para perder el tiempo en aprenderla porque no le servirá de nada. Eso sin mencionar que un cerdo tocaría mejor el pianoforte que ella. Lo único que Patrick quiere es la marquesa perfecta, y le vas a entregar un animalillo sin domesticar.

—¿Quieres que la repudie? ¿Qué será de ella si el marqués lo hace?

Mildred cabeceó.

—Has sido demasiado blando con ella, se lo has permitido todo y ahora las consecuencias pueden arruinar su futuro.

El conde cerró los párpados y bufó desolado. Jamás regañó a su hija, aunque hiciera travesuras y se escapara de las clases de las institutrices y tutores. La desolación que había visto en las lágrimas de Ruth al ver cada día como su amada madre se consumía poco a poco en el lecho había sido castigo suficiente.

—Tú también se lo has consentido todo, es tanto culpa tuya como mía —mencionó con tristeza el noble.

Ella no le llevó la contraria, pues tenía razón, y ambos tendrían que asumir que se habían equivocado. Las lágrimas inundaron sus ojos pardos y Philip tomó sus manos.

—No llores, me entristece.

Ella asintió, le sonrió y tragó saliva para evitar que las lágrimas fluyeran por sus ojos.

—Hemos vivido momentos muy duros. Solo quiero que Ruth sea feliz, se lo merece —murmuró la dama con voz estrangulada.

—Yo también, Ruth tienen un gran corazón.

—¿Será suficiente para Cherfield?

***

Lady Ruth Slater se miraba en el espejo de cuerpo entero, situado cerca de la ventana de su alcoba, una habitación digna de una princesa, con una cama enorme con dosel de gasa blanca, un tocador y un *chaise longue* frente a la chimenea. Paseó sus ojos azules por el sencillo vestido de mañana y arrugó la nariz. Durante el desayuno, su tía y su padre le habían dicho, en numerosas ocasiones, que estaba muy hermosa con un moño en la nuca, pues le otorgaba cierta seriedad y madurez. Sin embargo, ella no estaba acostumbrada a llevar el pelo recogido, y echó de menos su hogar en la campiña donde había vivido toda la vida y no había necesidad de tantas formalidades.

Apenas hacía dos días que estaba en Londres y ya lo odiaba. Para ella la ciudad era nueva, y sus costumbres y sus normas la sacaban de quicio. No entendía por qué tenía que llevar un moño si no tenía que recibir ninguna visita, bien podría llevarlo suelto, tal como le gustaba. Pero Krista Gordon, la doncella que su progenitor le había contratado antes de su llegada a Londres, le había sugerido que se acostumbrara, pues no era bien visto que una dama de la aristocracia llevara el pelo cayendo por su espalda y hombros. Además le había comentado que su futuro esposo era muy estricto y no le permitiría llevar su melena al aire, entre otras cosas.

Giró la cabeza y miró el ejemplar de *The Mirror of the Graces*, un manual publicado ese año que toda dama debía tener. Krista se lo entregó el primer día en que se instaló en Rowland House, y como no sabía leer, ella se lo leía a ratos. La tarde anterior aprendió cómo adaptar diferentes adornos de su vestuario en cada época del año. Solo esperaba no morir de aburrimiento en su intento por querer ser una buena marquesa. A decir verdad, lo que la nobleza pensara de ella la traía sin cuidado, pero a su padre y a su tía les afectaba, y no quería desilusionarlos.

Pensó en su futuro esposo, todavía no lo había conocido. De hecho, no se había presentado la oportunidad de verse, dadas las circunstancias de la enfermedad de su madre y de la distancia. Desde que era una niña sabía que la habían prometido al marqués de Cherfield y había aceptado su destino por amor a su padre. Este le había contado que su mejor amigo y él habían pactado el matrimonio. Cuando estaba en la campiña veía muy lejano el enlace, en cambio ahora, se le hacía un nudo en la garganta cada vez que pensaba que, en cuestión de semanas, se convertiría en marquesa.

Un sudor frío cubrió su frente al pensar que el matrimonio sería para ella como una soga en el cuello, no porque no quisiera cumplir con el pacto que hizo un día su padre, sino porque no era la dama que se esperaba. Una realidad que podría esconder durante un breve tiempo a su esposo, pero acabaría enterándose; estaba segura de ello y era algo que tenía muy nerviosos a su padre y

a su tía.

Desde luego que no se arrepentía de no haber aprendido todo lo que tenía que saber, porque el tiempo que hubiera perdido en cultivarse en latín, italiano, alemán, francés, lectura, escritura, aritmética, humanidades, ciencias naturales, historia, geografía, literatura, filosofía y demás requisitos, tal como le exigían su futuro esposo y la sociedad, se lo hubiera quitado a su madre. Tampoco entendía por qué tenía que esforzarse tanto, a fin de cuentas era mal visto que una dama debatiera en público o privado sobre temas complicados o sobre política. Su función se limitaba a tener hijos, a obedecer a su esposo, a sonreír y a adornar, como si de un florero se tratara, allí donde fuera. Sí, ella era un «florero», ¡menudo futuro, qué tristeza tan grande!

Pero ya no había excusas, su madre no estaba, solo le quedaba el recuerdo de esos instantes que guardaba en su corazón como el mayor de sus tesoros. De sus sonrisas cuando le hacía compañía, de su mano entrelazada con la suya, de las veces que se tumbaba a su lado y la abrazaba por la cintura mientras ella le contaba historias con final feliz, de las ocasiones que le pronunciaba que la quería mucho en un susurro largo y dulce para terminar besándole la mejilla. Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas y sacudió la cabeza para no sucumbir al llanto.

Por suerte, su tía y su dama de compañía la instruían en algunos temas a marchas forzadas, eran conscientes de que no les quedaba tiempo. Le habían explicado que una dama de alta alcurnia, por la mañana, llevaba un vestido y peinado sencillo, dado que no solía recibir a nadie. Esa parte de la jornada la dedicaba a atender su hogar y a contestar su correo, por lo que primaba la comodidad en las prendas. Muy diferente a los vestidos elegantes que tendría que ponerse si salía a pasear o a hacer visitas, o recibirlas, claro. La indumentaria sofisticada quedaba reservada a eventos de la alta sociedad, como bailes y cenas. De hecho, su tía Mildred se había encargado de contactar con la modista para que le hiciera todo un guardarropa digno de su estatus.

Ruth se toqueteó el moño. Le incomodaba, además las horquillas tiraban de su pelo de una manera insoportable. Con un exasperante bufido, nada digno de una dama, empezó a deshacerse el peinado. Ella poseía una melena abundante en rizos pequeños que le llegaba a la cintura. Agitó su cabeza y los bucles cayeron por sus hombros y espalda. No pudo evitar suspirar de alivio.

Sin nada que hacer, decidió que visitaría el jardín, el día había amanecido soleado y necesitaba despejarse. Se abrigaría con la capa; aunque el astro rey brillara en un cielo azul, hacía el frío típico de un mes de enero. Lo cierto era que nunca había estado en Rowland House, la suntuosa mansión era nueva para ella y cada día descubría algo distinto. Siempre había vivido en la finca de la campiña, ya que se había negado a abandonar a su madre enferma. Pensaba en ella cada día, la echaba de menos; a decir verdad, su progenitora había encontrado en la muerte la liberación. Su enfermedad le había provocado dolor y habían sido muchas las noches sin dormir, gimiendo a toda hora debido a un malestar que la torturaba sin piedad. En el fondo, cuando lo pensaba con frialdad, creía que era lo mejor que le había podido pasar. Se negó a ponerse triste, las lágrimas no le devolverían a su madre, por lo que, emitiendo un gran suspiro, salió de su alcoba.

Mientras, la doncella Krista Gordon se dirigía a su alcoba en la planta, donde los sirvientes tenían sus aposentos. Para su alivio, todos estaban atendiendo sus quehaceres diarios, y la sirvienta se cambió de vestido a toda prisa. Se puso uno estilo camisero color vainilla; se miró en el espejo y se aseguró de que su cabello negro, que lo llevaba recogido en un moño alto, no estuviera despeinado. Unos tirabuzones sueltos enmarcaban un rostro con una mirada de un color verde intenso. Por último, agarró su capa de lana y la cesta que había escondido bajo su lecho, que había llenado de víveres el día anterior. Se aseguró de cruzar los pasillos hasta el exterior sin toparse con nadie. Si alguien la descubría con comida que había robado de las cocinas, se la llevarían presa. No quería pensar en ello y se reafirmó en su decisión: estaba haciendo lo

correcto.

La puerta de servicio estaba detrás de la mansión. Echó a andar a paso rápido por el camino que pasaba por delante del jardín, las piedrecitas crujían bajo sus pies. No se dio cuenta de que Ruth la había visto, y como la lady estaba aburrida, decidió que la seguiría a pesar de las advertencias de su padre y de su tía de que no podía salir sola a pasear, como solía hacer cuando vivía en la campiña. Todo era diferente en la gran ciudad, sobre todo para una joven casadera. La dama se arrebujó en su capa oscura y se puso la capucha para pasar desapercibida.

Krista caminó un buen rato mientras la noble la seguía a cierta distancia. Hubo un instante en que la dama abrió la boca para llamarla, pero lo repensó al ver que su doncella se comportaba de manera muy extraña. Caminaba muy deprisa, además miraba a un lado y a otro con nerviosismo, y observaba con temor a la gente que circulaba cerca de ella. Actuaba como si fuera una ladrona e intentaba pasar desapercibida para que no la reconocieran.

Ruth sabía que lo correcto sería darse la vuelta y regresar a Rowland House, pero siempre le habían gustado los misterios y tenía curiosidad. Su padre y su tía estaban ocupados, y no la echarían de menos hasta dentro de un par de horas, que era lo que calculaba que tardaría Mildred en buscarla para darle algunas lecciones de cómo debía comportarse una dama.

La sirvienta siguió caminando con premura hasta que llegó a un edificio de dos plantas que estaba en muy mal estado. Miró a un lado y a otro, y descendió por unos escalones laterales los que se accedía al sótano. De la cesta sacó una llave y abrió una puerta; cuando entró, no la cerró. Era evidente que no pensaba quedarse mucho, por lo que Ruth entró enseguida, pero con cuidado, a fin de que no la descubriera.

La lady se tapó la nariz en cuanto el olor a moho inundó sus fosas nasales. Evitó el ruido del estornudo cubriéndose la nariz y la boca con la capa. Escuchó unas voces por el hueco de la escalera, que hacía de embudo y amplificaba los sonidos. Apartando toda prudencia, subió los escalones que llevaban a la primera planta, había una especie de *hall* que daba a un pasillo con varias estancias. Por una puerta abierta salía la luminosidad tenue de una vela, por lo que se dirigió hacia allí. Se quedó en el umbral, vio a su doncella frente a una muchacha embarazada con un sencillo vestido remendado de algodón amarillo pastel. Había una vieja mesa con una vela encendida que poco iluminaba, ya que el edificio tenía las ventanas tapiadas con listones de madera y apenas entraba luz entre las pequeñas líneas que se formaban entre uno y otro. Pegado a la pared, un catre con mantas y una almohada. Krista estaba de espaldas, sacando las cosas de la cesta, y las colocaba en la mesa.

—He conseguido velas —explicaba la sirvienta—. Esta comida te durará un par de días, espero conseguirte ropa de abrigo que te traeré la próxima vez que venga. —Se encogió de hombros—. Hace mucho frío aquí.

Krista se extrañó de que la muchacha no dijera nada, la miró de soslayo, estaba petrificada y observaba hacia la puerta con cara de espanto, se dio la vuelta y se encontró con lady Ruth Slater, que las observaba con sus ojos azules muy abiertos.

—Milady... —murmuró con el corazón latiendo con desenfreno, echó un vistazo a la muchacha a su lado, había perdido el color y se abrazaba su vientre abultado.

La noble tenía sus pupilas fijas en la joven, su mirada descendió hacia la barriga voluminosa.

—Buenos días... —susurró.

Lo cierto era que no sabía muy bien qué decir, estaba sorprendida. Barrió con sus ojos el lugar, era evidente que esa muchacha vivía allí y no entendía el motivo.

Krista cerró los párpados y emitió una exhalación de pesar. Sabía que ese podía ser su fin. En cuanto la lady la delatara, su vida se detendría e iría a parar a prisión por robar comida y velas al

conde de Rowland. Pero le daba igual lo que le pasara, porque sabía que estaba haciendo lo correcto. Lo cierto era que sufría más por esa muchacha y su bebé aún no nacido que por ella misma.

—Por favor, milady —rogó la doncella—, deje que Mollie se vaya. Prometo que no huiré en cuanto le cuente la verdad a su padre.

Ruth se retiró la capucha, sus rizos quedaron a la vista a la poca luz de la vela, parecían rayos de luz abriéndose camino entre la semioscuridad del ambiente. Krista arqueó una ceja al comprender que se había deshecho el moño que le había hecho en la nuca esa mañana. Pero en ese momento poco le importaba, sus problemas no se podían comparar con un peinado que había durado un suspiro, por lo que dejó de pensar en ello.

La aristócrata se acercó a la joven.

—Soy lady Ruth Slater —se presentó alargando la mano.

La muchacha y Krista se miraron, sorprendidas.

—Yo... yo me llamo Mollie Ellis —titubeó debido a la sorpresa, contaba con diecisiete años, su cabello era castaño y su mirada parda, en un gesto de nerviosismo se limpió la palma en la falda de su viejo vestido amarillo pastel.

Lo cierto era que el gesto amable de la noble cogió desprevenida a Krista. Si bien apenas hacía un par de días que la conocía, desde el primer momento intuyó que se trataba de una mujer con un alma libre —indomable para una sociedad estricta como la londinense—, que hacía con su padre y su tía lo que quería. En el fondo sentía pena porque el marqués de Cherfield, su futuro esposo, era muy diferente, y cuando se casara con él, estaría bajo sus normas.

—¿Qué hace aquí, milady? —preguntó la doncella una vez que templó su nerviosismo.

—La vi salir muy apresurada y la seguí.

—No tendría que haber hecho tal cosa, si el conde se entera me echará la culpa.

La noble miró a Mollie, después se centró en su doncella.

—No os preocupéis, no voy a decir nada, solo quiero saber por qué Mollie está aquí escondida y usted le trae comida. —Observó a su alrededor, el suelo de madera estaba destrozado y las paredes estaban desconchadas, y, además, hacía mucho frío—. Este no es lugar para vivir, ¿y tu esposo? —preguntó mirando el vientre redondo.

—No estoy casada —contestó Mollie, agachando la cabeza de vergüenza.

Krista ardió de rabia, pues sabía la historia y no era justo que cargara con la culpa cuando no lo era de nada.

—Milady, hay nobles que cogen con violencia lo que desean de una jovencita indefensa —alegó la doncella, masticando con furia cada palabra—. Se creen que todo les pertenece, incluso las vidas de otras personas.

Ruth era demasiado inocente y no tenía experiencia, por lo que conocía poco de la naturaleza íntima de un varón. Si bien sabía cómo una fémina se quedaba embarazada, siempre había dado por hecho que había que casarse para tener hijos. Pero estaba descubriendo que no era necesario. Además, por lo que estaba diciendo su doncella, supuso que el acto de concebir era violento. Se le hizo un nudo en la garganta y se le llenaron los ojos de lágrimas. Krista se percató de que había sido demasiado dura e intentó arreglarlo.

—Lo siento, no quería hacerla llorar.

La noble negó con la cabeza, no dando importancia.

—¿Qué pasará con Mollie? —preguntó preocupada.

—Aún no sé cómo ayudarla, solo sé que debo encontrar una solución antes de que nazca el bebé. Como usted ha dicho, este no es lugar para vivir.

—Yo puedo ayudarla —se ofreció Ruth—. Hablaré con mi padre y...

—¡No, no lo haga, por favor! —exclamó la joven con el brillo del temor brillando en su mirada parda.

—No puede involucrarse, sería su ruina, milady —manifestó la doncella—. Y Mollie no sacará nada bueno de ello, al contrario, lo he visto muchas veces.

La joven embarazada se acercó a la dama.

—Por favor, no cuente nada a nadie, se lo ruego —imploró entre sollozos.

A la noble se le encogió el corazón, la muchacha estaba demasiado desesperada, se apiadó y decidió que no haría nada que la inquietara todavía más.

—No diré nada —aseguró agarrando las manos de la joven para sorpresa de esta—. Os lo prometo —confirmó mirando a su doncella.

—Gracias... —repuso Mollie con un suspiro de alivio.

—Será mejor que nos vayamos, el conde y su tía Mildred no tardarán en echarla de menos.

La doncella y la aristócrata se despidieron de la muchacha y se marcharon. Caminaban de regreso a Rowland House entre un silencio incómodo por parte de ambas, solo roto por los transeúntes y los carruajes. Soplaba un viento gélido que había provocado que las mejillas femeninas se enrojecieran. Estaban heladas; sin embargo, Ruth tenía muchas preguntas y, harta del silencio, agarró del brazo a su doncella y la obligó a detenerse.

—¿Por qué ayuda a esa muchacha?

El semblante de Krista se entristeció, pero fue sustituido con rapidez por la indignación, la rabia, la frustración...

—No es justo lo que le ha sucedido. A cualquier sirvienta le puede pasar lo mismo, podría haber sido yo... —No quiso continuar, hacerlo significaría tener que confesar su secreto.

Las facciones de Ruth se tensaron.

—Antes ha comentado que había nobles que cogían a la fuerza lo que querían de una muchacha. Entonces ¿el padre de ese bebé es un aristócrata?

Krista se ciñó la capa y clavó sus ojos verdes intensos en los azules de la lady.

—Sí. Pero él no lo reconocerá nunca, ese bebé será un bastardo, nadie quiere uno, sería reconocer su vileza, y las apariencias lo son todo en la alta sociedad. —La sorpresa era tan evidente en el semblante de Ruth que la doncella tuvo la necesidad de calmarla, olvidaba que era demasiado inocente todavía—. No todos los nobles son como el que se ha aprovechado de esa tierna muchacha, milady.

Pero eso no le servía de consuelo a Ruth. Empezaba a tomar conciencia de que vivía en un mundo injusto. Y si una cosa no soportaba en la vida era el abuso como el que había padecido Mollie. La necesidad de hacerle justicia crecía a cada minuto que pasaba.

—¿Quién es? —indagó apretando los puños a su costado.

Krista observaba como la dama hacía esfuerzos por controlar su rabia. Su corazón inocente estaba muriendo al conocer la realidad de la sociedad a la que pertenecía. Sabía que había vivido un infierno al ver morir a su progenitora con agónica lentitud. Sin embargo, la dama ahora se enfrentaba a otra vida: pronto estaría casada, sería una marquesa y tendría que hacer lo posible por huir de los escándalos, así tuviera que mentir o atropellar a los demás. Aun así, había algo en la mirada azul de esa lady que le daba esperanzas, quizá ella no era como los demás nobles. De todos modos, más valía no confiarse, debía proteger a Mollie de ese maldito noble. No sabía qué sería capaz de hacerle a ella y al bebé si descubría que la futura marquesa de Cherfield se había enterado de su secreto. De hecho, cuando echó a Mollie sin contemplaciones una vez que se enteró de su embarazo, la avisó de que mantuviera la boca cerrada si no quería padecer un

accidente.

—¿De qué le servirá saberlo? No podrá hacer nada —declaró la doncella.

La dama alzó la barbilla en señal de rebeldía.

—Es para no relacionarme con ese... ese malnacido —soltó con furia—. Además, sea quien sea, merece un castigo.

—Si supiera de la mezquindad de la gran mayoría de nobles, apenas se relacionaría con nadie, existen muy pocos aristócratas honrados —bufó con suavidad, dando por finalizado el tema—. Será mejor que nos apresuremos, milady —dijo reanudando el paso, la dama hizo lo mismo.

Siguieron caminando; cuando llegaron a la mansión y entraron, advirtieron que nadie había echado de menos a Ruth, para alivio de ambas.

—Necesito que venga a mi alcoba —dijo Ruth.

—Sí, milady, voy a dejar la cesta y mi capa, y subo enseguida.

La dama fue a su alcoba y empezó a sacar prendas de su vestidor, a los cinco minutos se presentó su doncella, que se quedó mirando la montaña de ropa en el lecho.

La lady se puso las manos en las caderas y miró a Krista.

—Estas prendas no las necesito, se las llevaremos a Mollie.

La doncella observó las ropas; después, a la noble.

—Pero no...

—No voy a aceptar un «no» como respuesta —interrumpió—. Esa jovencita necesita ropa de abrigo, y si no me ayuda a llevársela, lo haré sola.

Entonces Krista supo que la dama no solo poseía belleza, sino que era una mujer buena que se preocupaba por los demás fuera cual fuera su condición. Y la admiró como nunca había admirado a alguien de la nobleza. Lo que percibía en la mirada de ella era bondad, y no se trataba de una cualidad fugaz, la tenía incrustada en su corazón y rebosaba en sus ojos azules. No tenía duda de que sería una gran marquesa, si el marqués era capaz de reconocer la suerte que había tenido casándose con ella.

Capítulo 3

Era de noche y Barney estaba ayudando a desvestirse al marqués de Cherfield. Estaban frente al vestidor en la alcoba del noble, una estancia decorada como el resto de Neapolis Palace. Sobre una tarima pegada a la pared, se ubicaba un enorme lecho con columnas oscuras de madera y tafetanes sobrios. Los paneles de madera que cubrían el techo y paredes eran obras maestras talladas a mano. La chimenea estaba enmarcada con columnas de mármol gris intenso, los dos sofás rococó de delante estaban tapizados en los mismos tonos tristes de las cortinas y cojines. No había muestra de color que alegrara el espacio. Las velas estaban encendidas por toda la estancia e iluminaban un ambiente estricto, que casaba a la perfección con el carácter disciplinado del aristócrata.

El sirviente estaba colocando la levita en el galán de noche a juego con el lecho, zapatero, cajoneras y barras, donde permanecía colgada su ropa.

—Milord, le agradará saber que el mayordomo y el ama de llaves están controlando hasta el último detalle para que la cena y el baile de compromiso sean un éxito.

—Mañana he ordenado que repartan las invitaciones, habrá como unas cuatrocientas personas, casi toda la aristocracia se reunirá en Neapolis Palace. De hecho, será el pistolazo de partida a una nueva temporada. Uno de los motivos por los que quiero casarme es para que mi esposa se encargue de estas cosas y así librarme de tomar decisiones sobre los futuros eventos que se celebren en Neapolis Palace —mencionó con humor.

Esas muestras de distención del marqués no cogían al ayuda de cámara por sorpresa. Llevaba muchos años sirviendo a Cherfield, y este se solía relajar ante su presencia sin ni siquiera darse cuenta. Lástima que esa característica no la mostrara frente a la gente de su condición, pues rompería con la mala fama que tenía entre sus pares.

—Milord, he pensado en su oferta —mencionó Barney—. Y creo que la voy a aceptar.

Patrick miró como el sirviente daba un par de cepilladas a la levita.

—Me alegro —declaró mientras Barney se acercaba a él y le desabrochaba el chaleco—. Mañana, después de desayunar, podemos ir a ver el edificio, a fin de asegurarnos de que cumple con sus exigencias para abrir el club.

—Me parece perfecto, milord. —Dejó la prenda en el galán de noche y empezó a desabotonarle la camisa.

—Después de la visita al edificio, nos reuniremos con mi contable; la reforma necesitará una buena cantidad de dinero. Por cierto, ¿ya tiene el nombre con que bautizará el club exclusivo de caballeros?

—De momento, no. Si tiene alguna sugerencia, me agradaría que la compartiera conmigo.

—Desde luego, si se me ocurre algún nombre, será el primero en saberlo.

Barney se encontraba detrás del lord y le estaba quitando la camisa. Se quedó mirando la espalda de Patrick: estaba marcada por estrechas cicatrices que iban en todas direcciones, que le habían provocado las institutrices y los profesores que había tenido durante su infancia. A pesar de que las había visto muchas veces, no se acostumbraba a ver ese grado de tortura que le aplicaron cuando no aprendía todo lo que ellos consideraban que tenía que saber.

Por aquel entonces, él también era un niño y escuchaba hablar a sus progenitores sobre la barbaridad que el anterior marqués permitía. Este era de la creencia que la dureza lo esculpiría para que fuera el mejor de los herederos. A escondidas del noble, sus padres se encargaban de aplicarle un ungüento después de cada paliza.

Si bien Patrick era un noble de conducta intachable, no contaba con el agrado de ningún otro aristócrata debido a su estricta personalidad. De hecho, no tenía amigos de confianza. De pequeño muchas veces se había acercado a él para hacer lo que se hacía a esa edad: jugar e idear travesuras. Pero pertenecían a clases diferentes; y cuando los descubrían juntos, el anterior marqués regañaba a sus padres y los amenazaba con echarlos. Entonces, los profesores le pegaban a Patrick con la delgada vara. Así que dejó de buscarlo y ambos crecieron en el mismo lugar sin que se relacionaran.

Barney ayudó a Patrick a ponerse su bata de satén en un tono tierra oscuro; aún no quería meterse en el lecho a dormir. Había cogido un libro de la biblioteca, por lo que se sentó en uno de los sofás rococó ubicado frente a la chimenea; en la mesita del costado había un candelabro con velas encendidas que le proporcionaba luz suficiente para leer.

—¿Alguna otra cosa, milord? —preguntó Barney una vez que trasladó las ropas del galán de noche al vestidor en sus respectivas perchas.

—No, puedes retirarte.

El ayuda de cámara se marchó y Patrick se quedó leyendo, pero no se concentraba en la lectura. Esa sensación de que el conde de Rowland escondía alguna cosa de su prometida aún inundaba su interior y lo tenía en un estado de nerviosismo que le impedía conciliar el sueño.

Cerró el libro de golpe, dejó el volumen a su lado. Miró las llamas y tomó la decisión de rechazar a lady Ruth Slater si no cumplía con sus exigencias. Su esposa tenía que ser la marquesa perfecta.

***

Al día siguiente, lady Ruth Slater y Krista Gordon necesitaron el carruaje para llevar los paquetes de ropa y más víveres para Mollie. A pesar de que la doncella insistió a la lady una y otra vez para que no se involucrara, la noble había hecho oídos sordos y no había dejado que la apartara. La aristócrata se negaba a desentenderse, ¿cómo no iba a ayudar a esa muchacha y a su bebé aún no nacido? ¡Si no había podido dormir en toda la noche pensando en esa joven sola y desamparada! Incluso, si lo necesitaba, había decidido vender las joyas que poseía; solo se guardaría las que habían pertenecido a su madre. Eran lo único que le quedaba de ella y quería que sus futuras hijas las heredaran. No obstante, en caso necesario, las empeñaría también si era para ayudar a Mollie y a su hijo. Estaba segura de que su progenitora, desde el cielo, aprobaría su decisión. Siempre le inculcó que la bondad, la compasión y el amor al prójimo eran las llaves que abrían las puertas a la felicidad, y era necesario demostrarlo con actos y que no solo fueran palabras vacías.

Para poder salir sin que su padre y su tía le hicieran preguntas, había dicho que iba con su doncella a comprar complementos para sus vestidos nuevos. Krista se lamentaba de que la dama tuviera que mentir a su familia, y se sentía responsable. Daba por hecho que, tarde o temprano, el conde se enteraría y la despediría. Pero eso era el menor de sus problemas, su máxima preocupación en esos instantes consistía en buscar un lugar seguro antes de que llegara la etapa final del embarazo.

La niebla cubría el ambiente, lamía el paisaje con parsimonia; sin embargo, no era muy espesa.

Llegaron al abandonado edificio y subieron los paquetes con ayuda del lacayo y el cochero. Cabe decir que la dama sobornó a ambos sirvientes para que no contaran nada a nadie de lo que estaban haciendo esa mañana.

Después de descargar los bultos, Krista pidió a los criados que fueran con el carruaje a la zona donde había los comercios femeninos, para así no levantar sospechas. Nada gustaba más a la aristocracia que propagar infundados cotilleos; si alguien del estatus de Ruth veía el vehículo frente a un edificio medio en ruinas y reconocía el blasón de los Rowland de la portezuela, inventaría una historia que correría como la pólvora y que podría destrozar la reputación de la dama. De hecho, a Ruth parecía que no le importaba lo que los demás pensaran de ella; aun así, mejor evitar el desastre. De modo que instó a los sirvientes a que se fueran, ella y Ruth irían caminando al lugar en cuanto terminaran. Después regresarían a Rowland House.

—No hace falta que se preocupe tanto, Krista —alegó la dama mientras volvían a entrar por la puerta lateral del sótano—. En caso de que mi reputación se arruinara, sufriría por el disgusto que ocasionaría a mi padre y a mi tía.

—Si se puede evitar, mucho mejor, milady.

La noble no pudo contestar, ya que ese olor a rancio del interior le provocó varios estornudos. Mollie lloró de agradecimiento en cuanto vio las prendas de abrigo de excelente calidad. En verdad esa muchacha nunca había tenido nada de valor y miraba las ropas como si temiera que desaparecieran, casi ni pestañeaba. La lady sintió vergüenza porque ella tuviera tanto de todo cuando otras jóvenes no poseían nada, apenas eran dueñas de lo que llevaban puesto. Pensar en la injusticia social que la rodeaba no ayudaba a templar su rabia. Deseaba con toda el alma poder hacer más, desde luego que no podría cambiar el mundo, no tenía poder, pero ansiaba, al menos, aliviar el sufrimiento de mujeres como Mollie.

—No sé cómo agradecérselo —habló la muchacha, mirando a Ruth con lágrimas en sus ojos.

—No hay nada que agradecer —dijo de inmediato la noble; en verdad no necesitaba que se lo reconociera, la ayudaba porque era lo que cualquier ser humano tendría que hacer—. Mañana iré a vender alguna joya y con el dinero que saque alquilaremos una habitación que tenga chimenea. No pienso permitir que estés más días aquí.

—Milady, no puedo consentir tal cosa —intervino Krista, incapaz de asimilar que hubiera nobles de buen corazón, había pasado de no tener esperanza a toparse con una lady que lo daría todo por lo demás; sin duda se trataba de una rareza entre la podredumbre que reinaba en las clases sociales más elevadas—. Ya ha hecho bastante.

—Eso no está bien, milady —manifestó Mollie—. No quiero abusar más de su bondad.

—¡Pamplinas! No te voy a abandonar, y, por favor, no insistáis más en convencerme de lo contrario. Lo hago porque es lo correcto, si no lo hacen los demás lo haré yo. ¡Y no se hable más!

De pronto, todas se quedaron en silencio al escuchar dos voces masculinas que venían del exterior, y por el chasquido metálico parecía que una llave entraba en la cerradura de la puerta de entrada. Se miraron unas a otras mientras se quedaban heladas de miedo. Krista agarró la vela, observó a una y a la otra.

—¡Deprisa, vayamos al sótano!

Todas enfilaron hacia las escaleras que daban al lugar, y una vez allí, la doncella sopló la llama de la vela para que se apagara. Necesitaban la complicidad de las sombras para no ser descubiertas.

—Guardad silencio —murmuró Krista.

Pero el olor a humedad era más intenso en el sótano y a Ruth le provocaba incomodidad en la

nariz. Rezó para que no la acosara ningún estornudo.

La puerta de entrada del edificio chirrió de manera estridente, lo que provocó que las mujeres contuvieran el aliento.

El marqués de Cherfield y Barney Ferrell ingresaron al *hall*. Como las ventanas estaban tapiadas, no entraban mucha luz por los huecos que quedaban entre los tablones, por lo que encendieron una vela colocada en un candelabro con asa.

—Hará falta mucha reforma —repuso el noble, el ayuda de cámara asintió, miraba el deterioro del suelo de madera, con la punta de una de sus botas levantó un trozo de madera—. Empecemos por la segunda planta.

Subieron por unos escalones que crujían. Estuvieron un rato evaluando estancia por estancia. Si bien estaba todo en malas condiciones, Barney utilizó la imaginación para darle forma a su club, y le encantaba. Estaba dispuesto a luchar por su sueño de hacerse rico y regodearse entre los nobles. Lo cierto era que nunca sería aceptado en la alta sociedad, era demasiado consciente de ello. Había ciertos requisitos que cumplir, ya que en la aristocracia y en la realeza se accedía por derecho de nacimiento. Ni tan solo se podía comparar con los funcionarios del Estado, o los clérigos con cargos importantes que formaban parte de esa sociedad selecta. Tampoco pertenecía al ejército o la marina, que era otro de los grupos privilegiados. Así que solo le quedaba hacerse millonario, su fortuna le abriría las puertas en cuanto se casara con una debutante de la nobleza, cuya familia necesitara dinero.

Descendieron a la primera planta mientras hablaban de las reformas que llevarían a cabo. El marqués no sabía mucho de clubs, ni de obras ni reformas; aun así, le dio alguna idea a Barney que le agradó.

Seguían hablando mientras entraban y salían de las estancias, pero en cuanto ingresaron en la que vivía Mollie se miraron. Observaron la mesa repleta de ropa femenina y víveres.

—Parece que alguien vive aquí. —El marqués contempló el catre—. Como mínimo una mujer. —Se acercó a la mesa y toqueteó la ropa que iluminaba la vela—. Estas prendas son exquisitas, no guardan relación con este ambiente, creo que se trata de una ladrona.

Barney sacudió la cabeza al tiempo que suspiraba de pena al pensar en esa mujer.

—Roban ropa que después revenden —meditó.

—Tendré que avisar a la policía que vigile el edificio y atrape a la ladrona o ladronas.

Sin añadir nada más salieron de la estancia y se dirigieron a la salida, el sonido de un estornudo los detuvo en seco, miraron hacia la escalera que llevaba al sótano. Ambos bajaron a toda prisa y, cuando la vela iluminó la zona, se encontraron los rostros asustados de tres mujeres, una de ellas embarazada.

—¡Aquí están las ladronzuelas! —exclamó el marqués arrugando la nariz en cuanto el olor a humedad entró en sus fosas nasales.

Ruth se ofendió, dio un paso adelante y alzó la barbilla, echó un vistazo rápido a las demás.

—No somos ningunas ladronas —sentenció.

Cuando la luz de la vela la iluminó mejor, al marqués se le detuvo el corazón. Nunca había visto a una criatura tan exquisita como la que contemplaba. Era menudita, y una mata de rizos pequeños caía por los hombros de la mujer hasta la cintura. Sus ojos azules encerraban el cielo limpio y luminoso de un día de primavera. Aunque llevara capa, él intuía que su cuerpo sería tan delicioso como su rostro, y la deseó. La deseó tanto que no pudo evitar que su entrepierna reaccionara al instante, por lo que se insultó en silencio.

—¿Y la ropa de arriba? Dudo que os podáis permitir esas prendas. Este edificio es de mi propiedad y no quiero ladrones aquí. —Miró a Barney—. Pide al cochero que vaya a Bow Street

a por unos agentes.

El ayuda de cámara hizo ademán de moverse, pero se detuvo al escuchar otra voz femenina.

—No, por favor, déjenos marchar, no lo molestaremos más —rogó Krista situándose al lado de la lady.

Mollie empezó a llorar.

—¿Ha visto lo que ha provocado? —regañó Ruth mirando con furia al noble—. Usted no tiene corazón —añadió entre dientes, acercándose a la muchacha con intención de calmarla; deslizó su brazo por los hombros y la atrajo a su cuerpo en un gesto de protección.

Krista abrió sus ojos verdes intensos en cuanto reconoció al marqués. En Londres, los sirvientes conocían a todos los nobles; en cambio, los aristócratas eran incapaces de poner rostro a la gente que los servía, ya que ni tan solo los miraban. La doncella maldijo en silencio y empezó a temblar. De todos los edificios abandonados de Londres, se habían metido en uno propiedad del futuro esposo de Ruth. Cerró los párpados y deseó estar en una pesadilla. Su intuición de que el asunto acabaría mal al implicar a la lady se estaba haciendo realidad.

La noble, ajena a los pensamientos de su doncella, solo pensaba en calmar a Mollie. Tomó la decisión de salir de allí.

—Vayámonos. —Se exasperó la dama.

Pero cuando pasaba por delante del noble, este la agarró del brazo para evitar que se fuera.

—No tan deprisa, belleza. Aquí mando yo, y nadie se marchará sin mi permiso. Barney, llévate a estas dos arriba, luego decidiré qué hago con todas estas ladronzuelas.

Ruth parpadeó, quiso soltarse, pero le fue imposible.

—¡Espere, espere! —gritaba Krista fuera de sí mientras el fornido hombre las empujaba escaleras arriba.

—¡Exijo que me suelte! —voceó la dama.

—No estás en condiciones de exigir nada, belleza, ¿no crees? —se burló al tiempo que la soltaba.

Se miraron con intensidad, la luz de la vela que sostenía el noble temblaba en los ojos azules de la dama. Ella dio un paso atrás, estaba haciendo un esfuerzo por no enseñar su temor mostrando una actitud rebelde. Pero a él no lo engañaba y detectó el miedo en sus pupilas abiertas.

Ruth se obligó a serenarse, debía ayudar a Krista y a Mollie, así que decidió decir la verdad, aunque eso significara su ruina.

—Vuelvo a repetirle que no somos ningunas ladronas, las ropas de arriba son mías.

Patrick enarcó una ceja oscura mientras su boca se alargaba, poco a poco, en una sonrisa incrédula. La miró de arriba abajo, pero llevaba la capa. Acortó la distancia que los separaba con rapidez y con la mano libre abrió la prenda. Llevaba un vestido de algodón rosa con un bordado de flores blancas diminutas de talle alto, y debajo del busto lo rodeaba una cinta plateada, rematada con un lazo. Pero lo que más le emocionó al aristócrata fue intuir el cuerpo delicioso que escondía el atuendo; su mirada gris tomó un cariz anhelante que asustó a la mujer.

Ruth dio dos pasos atrás, no pudo seguir, ya que se topó con la pared. Agarró los bordes de su capa y los unió para esconder su cuerpo. Respiró con agitación al tiempo que evaluaba al hombre que la contemplaba como si la desnudara con la mirada. Había estado tan nerviosa, solo preocupada por el destino de las mujeres que había arriba, que no se había dado cuenta de que ese hombre vestía como alguien que pertenecía a la aristocracia. Se preguntó si ese era el típico noble del cual le había hablado Krista, ese que cogía a la fuerza lo que quería de una mujer. Miró sobre el hombro de él y las escaleras se le antojaron que estaban demasiado lejos paras

alcanzarlas sin que se lo impidiera.

Estaba atrapada.

Entonces, el noble se acercó a ella, Ruth tragó saliva. Patrick tomó uno de los rizos de la melena rubia, lo acarició entre los dedos. La dama se estremeció como si el calor de las yemas viajara por su cabello hasta su rostro, y eso la confundió. Él se llevó el mechón a la nariz.

—Huele a rosas, simplemente delicioso... —Sonrió—. Empiezo a creer que me dices la verdad.

La lady no sintió alivio alguno ante sus palabras, se encontraba cautiva en la trampa que se había convertido la pared de detrás de ella y el cuerpo robusto del noble de delante.

—Si es cierto lo que dice, déjenos marchar —ordenó Ruth con voz firme, seguía intentando esconder su temor bajo una apariencia imperturbable y segura.

Cherfield ignoró sus ruegos. Se sentía como un gato que perseguía a un ratoncito y estaba a punto de cazarlo. Una de sus reglas era no sucumbir ante la belleza de una fémina, pero la que tenía delante agitaba su interior de una manera que nunca había experimentado. Era como si olas de mar acariciaran sus entrañas, hasta el punto de hacerlo gemir en silencio. Por una vez, estaba dispuesto a romper una de sus reglas con tal de poseer a esa belleza, con la melena rizada de una sirena y con el cuerpo de una diosa, al menos durante un tiempo. De hecho, no era mal visto estar casado y mantener a una amante, solo duraría hasta que se cansara de ella.

—¿Sabes qué creo? —manifestó Patrick con seguridad.

—No me interesa lo que crea —espetó indignada.

Pero él siguió ignorándola.

—Que utiliza sus encantos para conseguir de los hombres bonitos vestidos y toda clase de lujos.

Ella boqueó antes de hablar.

—¡Ohhh, está usted loco! —exclamó apretando con sus manos el torso masculino en un intento de liberarse.

La risilla de él exasperó a la mujer.

—¿Qué te parece si me convierto en tu protector durante un tiempo? —Soltó el mechón rubio y acercó su cara a la de ella, Ruth pensó que la besaría y giró el rostro con rapidez, el marqués siguió hablando—: Podemos pasarlo bien, a cambio tendrás una vida de lujos, e infinidad de bonitos vestidos y joyas. Y cuando me canse, te dejaré suficiente dinero para que no tengas que recurrir nunca más a esta vida. Creo que nadie ha sido tan generoso contigo, así que considera que hoy es tu día de suerte.

La indecente propuesta y la arrogancia del hombre hicieron enrojecer a la dama. Volteó el rostro y lo miró encolerizada. En un acto impulsivo, lo abofeteó con toda su fuerza. La vela cayó al suelo, se quedó tumbada, pero se mantuvo encendida y su llama tiritaba, creando sombras que parecían moverse.

El sonido del guantazo se coló por la escalera que, debido a su diseño, intensificaba cualquier ruido, así que Krista, Mollie y Barney escucharon el bofetón; se quedaron pasmados y guardaron silencio. La doncella fue demasiado consciente de que debía intervenir de inmediato, hizo ademán de salir en dirección a las escaleras, pensando que cogería al hombre desprevenido. Sin embargo, Barney poseía unos reflejos de tigre, que había adquirido en la época que boxeaba, y la asió por la muñeca al vuelo.

—Usted no lo entiende, señor —explicó la sirvienta, sacudiendo su brazo con intención de soltarse, pero sin mucho éxito, ya que él la aferró con más fuerza—. La dama que hay abajo es lady Ruth Slater, la prometida del marqués de Cherfield.

Esta vez fue el hombre el que se quedó blanco como la nieve. Soltó a la doncella de golpe y corrió hacia abajo, sus botas resonaron en las paredes como si se tratara de cañonazos.

—¡Milord!

El aristócrata se dio la vuelta y Barney contempló horrorizado unos pequeños dedos estampados en la mejilla rasurada de Patrick. Tenía bastante claro lo que había sucedido, y se sorprendió, pues el marqués no era un hombre que se dejaba arrastrar por lo que le provocaba una mujer a sus instintos masculinos. Pero no quiso pensar en ello, por lo que miró a la joven e hizo una reverencia ante la sorpresa de Cherfield.

—Milord, esta dama es lady Ruth Slater, su prometida.

Capítulo 4

La tensión en el ambiente se asemejaba al silencio que precede la peor de las tormentas. Patrick y Ruth se miraban sin parpadear. La poca luz de la vela del suelo proyectaba una sombra en el semblante varonil, pero no fue suficiente para que ocultara la dimensión de su enfado, sus ojos gris claro brillaban de furia por encima de la penumbra, casi parecía que se había desatado una tormenta en sus pupilas. Ella detectó, con claridad, que la cólera tensaba el cuerpo masculino, y quiso tener alas para escapar del lugar, pues enfrentarse a la ira de su prometido se le antojó peligroso.

Tuvieron que pasar unos segundos a fin de que el marqués reaccionara. Pronunció un improperio entre dientes; de inmediato agarró a Ruth por la parte posterior del brazo y la arrastró a la primera planta. Las demás mujeres se los quedaron mirando cuando pasaron frente a ellas camino a la puerta de salida; no dijeron nada, pues la cara del marqués vaticinaba una sonora pelea.

El noble se detuvo de golpe bajo el marco de la puerta, ella chocó contra su cuerpo al no anticipar el gesto y soltó un ligero gemido. Patrick miró a Barney.

—Asegúrate de que estas mujeres recojan todas sus cosas y se marchen ahora mismo, y si no obedecen terminarán en prisión.

—¡No puede echarnos, Mollie no tiene a dónde ir y está embarazada! —gritó la lady, espantada por el destino de ellas.

—¡Cállate, no estás en condiciones de exigir nada! —voceó el aristócrata.

A la noble le dio la impresión de que las paredes temblaron cual trueno resonara en el interior del edificio. En ese momento fue consciente de que tendría más posibilidades de vivir si se enfrentara a un león.

—Ella es mi doncella, Krista Gordon —musitó al borde del llanto, comprendiendo que a partir de ese momento su vida cambiaría para siempre.

La sirvienta dio un paso adelante, resuelta a velar por Ruth, pero también por Mollie.

—Milord, no es correcto que milady vaya sin acompañante en el carruaje con usted. —Echó un vistazo a Mollie—. Respecto a esta muchacha, tengo una solución, luego vendré a buscarla y juro por mi vida que no lo molestará más.

Patrick observó a la sirvienta y la fulminó con la mirada, hizo un gesto con la cabeza diciéndole que los acompañara. Ruth abrió la boca para rogar compasión por Mollie, pero él tiró de ella hacia afuera con rapidez y se quedó callada. Tendría que esperar a que se calmara; o tal vez, si suplicaba a su padre, la ayudaría. Nunca le había negado nada y esperaba que esta vez tampoco lo hiciera, ya que no pensaba abandonar a esa muchacha y a su bebé a su suerte. No tenía ni idea de los planes de Krista para esa joven embarazada; no obstante, hablaría con ella, y entre ambas algo se les ocurriría para ayudarla.

La niebla casi había desaparecido; aun así, el cielo estaba cubierto por nubes grises y soplaba un airecillo frío como el filo de un cuchillo. Un lacayo vestido con librea morada ribeteada con cinta dorada y botones del mismo tono, calzas y tricornio oscuros les abrió la portezuela del carruaje de ciudad, un vehículo negruzco cuyo interior estaba tapizado en satén marrón. El noble

las hizo entrar; mientras ellas se acomodaban, él se acercó a Barney unos segundos, le dijo alguna cosa y de inmediato subió al vehículo. Ordenó a su cochero, vestido igual que el lacayo, salvo que este llevaba una capa, que los llevara a Rowland House.

Hicieron el trayecto en silencio. La lady estrujaba la falda de su vestido, evidenciando con ese gesto su nerviosismo. No sabía qué esperar, por suerte aún no estaba casada con el marqués. Ni tan solo se había hecho oficial el compromiso, de modo que era su padre el que decidiría las consecuencias de sus actos. Ese pensamiento la tranquilizó, pues su progenitor nunca había sido severo con ella.

De tanto en tanto miraba de soslayo a su dama de compañía. Esta apretaba los labios y mantenía una pose tan rígida que parecía una estatua de mármol. Ni tan solo el traqueteo del carruaje provocaba que su cuerpo se moviera. Estaba asustada, y no era para menos, porque cuando su padre se enterara de todo lo que había sucedido, la echaría. Sin embargo, en silencio, se hizo la promesa de que no lo iba a permitir, encontraría la manera de que Krista conservara su trabajo.

Llegaron a la mansión de la dama, una vivienda enorme construida en ladrillo y piedra, con una fachada simétrica y torres en cada esquina. El interior nada se parecía al estilo estricto del marqués, al contrario: en los tapizados, cortinas y alfombras abundaban los granates, rojos, azules, verdes... en todos sus matices.

Un criado los acompañó a la sala de visitas, la dama pidió que les sirvieran un té, creyó que la tibieza de la bebida haría disminuir la furia de su prometido. No tardaron en aparecer Mildred y Philip, que, sorprendidos, miraron a Patrick y a Ruth, quienes estaban de pie frente a la chimenea como si fueran estatuas de piedra. Solo Krista se mantenía alejada y permanecía cerca de la puerta, tiesa como una lanza. El conde miró al marqués, a la doncella y a su hija con semblante de desconcierto. Pero enseguida dedujo que Ruth había hecho algo indebido, el brillo culpable de sus ojos se lo confirmaba. Pronto saldría de dudas, así que se acercó a su futuro yerno.

—Oh, milord, me alegro de verlo, espero... —saludó sin mucha efusividad, pero sus palabras se murieron a medio camino al percibir el rostro de cólera del marqués.

—Querida, ¿qué has hecho esta vez? —susurró Mildred a su sobrina, esta se limitó a agachar el rostro a modo de respuesta, y la tía cerró por un instante los párpados al comprender que el asunto era grave.

Patrick estaba demasiado enfadado, por lo que no perdió el tiempo en formalidades. Le explicó a su futuro suegro lo que había acontecido desde que entrara en el edificio hasta ese instante; desde luego que omitió la parte en que había propuesto a Ruth ser su amante. Cabe decir que el rostro del conde enrojecía a cada palabra que su yerno pronunciaba.

—¿Es que nunca aprenderás, hija? —gritó el padre acercándose a esta—. ¿Acaso no eres consciente de que estos actos pueden significar tu ruina?

Ruth dio un respingo ante la reprimenda de su progenitor, no estaba acostumbrada a que le chillara y se ofendió. Entró el mayordomo y un sirviente con el té, pero el ambiente estaba tan caldeado que Mildred los hizo marchar.

—¡Mollie me necesita! ¡No he hecho nada malo! —exclamó la hija alzando el dedo en un gesto evidente de rebeldía—. ¿Acaso el reverendo no nos dice que seamos generosos? Madre siempre me inculcó que hay que ser bondadosos, compasivos y amar al prójimo. ¡No entiendo por qué te enfadas tanto!

Patrick miró a la joven dama con la boca abierta, su prometida era lo contrario que hubiera esperado en una dama de su alcurnia. Quería una esposa sosegada y amable, que mantuviera las formas y que supiera cuál era su lugar, y Ruth distaba mucho de poseer alguna de esas

cualidades.

—Querida, no seas impertinente, ¿qué va a pensar el marqués? —intervino con rapidez Mildred, consciente de que su sobrina estaba dando una imagen terrible frente al que tenía que ser su esposo.

Padre e hija miraron al noble, y la dama se arrepintió de inmediato de su estallido. Philip optó por controlarse y respiró hondamente en busca de sosegarse, pues su propia hija estaba echando a perder su futuro, no hacía falta que él la ayudara en su cometido. Era consciente de que el marqués era un hombre intransigente que quería una marquesa que elevara su buen nombre, y después de lo que había sucedido, repudiaría a su hija. Si la rechazaba sería como colgarle a Ruth el letrero de que no era digna, y casarla con un noble sería una misión imposible. Se tendría que conformar con alguien inferior si no quería que se quedara soltera. Y por las muecas de furia que observaba en el rostro de Cherfield, apostaba que esa misma mañana rompería su compromiso. Lo peor de todo era que no podría culparlo, él era el único responsable, ya iba siendo hora de que lo reconociera. No le quedaba otra que enderezar a su hija si no quería que terminara siendo una solterona de la que todos tendrían pena y no dudarían en degradarla y expulsarla de la sociedad.

—Y usted, Krista, ya puede recoger sus cosas, está despedida —exigió el conde acercándose a la sirviente.

A Ruth le dio un vuelco el corazón.

—No, padre, no lo hagas —intervino con desespero—. No lo permitiré.

—Milady, no se preocupe —manifestó la doncella, esbozando una sonrisa cariñosa—, el conde está haciendo lo correcto.

Pero Ruth no se dio por vencida, negó con la cabeza y se acercó a su padre, lo agarró de las manos, un gesto de confianza y amor que impresionó a Patrick y borró las arrugas de enfado de su faz.

—Padre, ella no tiene ninguna culpa, fui yo quien la involucró en este asunto...

—Milady, no... —interrumpió a pesar de saber que no era correcto, pero no quería que la dama cargara con una culpa que era solo suya.

Ruth giró la cabeza en su dirección.

—No, Krista, no dejaré que la echen por mi falta, solo yo soy responsable de mis actos.

A la sirvienta se le llenaron de lágrimas sus ojos verdes, tragó saliva para evitar llorar. Que una dama de la aristocracia la defendiera era algo que no solía pasar; para la nobleza, los sirvientes eran gente inferior de los que nunca se preocupaban. El servicio utilizaba las escaleras interiores para no tener que toparse con ellos, ya que les ofendía su presencia. Debían hacerse invisibles mientras atendían sus obligaciones para que ellos vivieran con comodidad. Pero Ruth daba muestras de ser diferente y supo que su corazón estaba lleno de luz.

Por su parte, el marqués de Cherfield miraba la escena. No esperaba que su prometida saliera a defensar a alguien que no pertenecía a su estatus. Se acordó de sus padres y de las veces que habían despedido a gente del servicio por estar enfermos o ser mayores. También rememoró a los progenitores de Barney cuando le frotaban la espalda con un ungüento después de una paliza. Eran dos simples criados que se preocuparon más por él que sus propios padres. No obstante, la diferencia de clases impidió que pudiera relacionarse con ellos, tal como le hubiera gustado, pero se lo prohibieron. Y si se saltaba la norma lo azotaban con la vara.

—Por favor, padre —suplicó la lady—, Krista me está ayudando mucho, deseo ser toda una dama y me está enseñando a serlo. Sé que con el tiempo te sentirás orgulloso de mí y entonces sabrás que no te equivocaste.

Bueno, aquello era cierto a medias. Eso de anhelar ser toda una dama le parecía demasiado

tedioso, pero su intención era que no despidieran a su doncella. Aun así, reconocía que tenía que acostumbrase a la vida en Londres, debía estar a la altura y Krista la ayudaría a salvar obstáculos.

—Está bien, puede quedarse —claudicó su padre para alegría de su hija, que le estampó un beso en la mejilla, otra muestra de afecto que dejó pasmado al marqués—. Pero no habrá una segunda oportunidad. —Miró con dureza a Krista—. Quiero que me informe cada día sobre la evolución de mi hija, ¿queda claro?

—Desde luego, milord.

—Puede retirarse —pidió el conde.

Krista obedeció, hizo una reverencia y se marchó. Como siempre sucedía, Philip había claudicado frente a su hija. Sus intenciones de ser severo habían caído en saco roto, y Mildred puso los ojos en blanco. El conde lo vio de soslayo y la observó rogando perdón, ella lo reprendió achicando su mirada parda, como diciéndole que nunca aprendería. Rowland se encogió de hombros, admitiendo su falta, y Mildred agachó la cabeza reconociendo que ella tampoco ayudaba mucho y se sentía culpable. Ese par se entendían sin ni siquiera cruzar palabra.

Mientras, Patrick arrugó las cejas oscuras al deducir que su prometida tenía escasos conocimientos sobre la conducta de una dama. Miró a su suegro, él le había confirmado que su hija estaba a la altura para ser una gran marquesa. En cambio, ella se comportaba con demasiada rebeldía, una nada propia de una dama. El deber de Ruth era obedecer, y parecía el tipo de mujer que hacía todo lo contrario, y el conde de Rowland y lady Mildred Haynes eran incapaces de imponerse.

—Quiero hablar con usted a solas —pidió el marqués.

Hubo un silencio tenso, Patrick y Ruth se miraron, esta quiso deducir sus intenciones, pero no lo conocía y no supo qué pensar. Ahora que estaba más tranquila, se percató de que Patrick era un hombre atractivo, de complexión fuerte y de facciones austeras. Poseía unas pestañas y cejas tan oscuras que intensificaban el color de sus ojos gris claro. Aun así, en su mirada brillaba la soledad, y no le extrañó que su rostro pareciera que estuviera esculpido en hielo. Intimidada por esa frialdad que advertía en la profundidad de sus pupilas abiertas, se preguntó cómo sería la vida a su lado. No se trataba de un hombre dado a las risas, además apenas gesticulaba, mantenía la espalda recta y las manos algo separadas del tronco sin apenas moverlas. Todo en él evocaba poder y control. A pesar de ello descubrió que se sentía atraída por el marqués, y esto le resultó tan poderoso que tuvo que retirar su mirada.

—Ruth, querida, vamos a tu alcoba —pidió su tía—. Dejemos al marqués y al conde hablar de sus cosas.

—Estoy segura de que hablarán de mí. ¿No crees que lo más lógico sería quedarme? —rebatió la sobrina—. Además, Mollie ahora mismo debe estar desesperada, y quiero que el marqués de Cherfield me prometa que no la echará hasta que encuentre un lugar para que viva segura y pueda dar a luz sin sobresaltos.

El marqués parpadeó, el descaro de la que iba a ser su marquesa lo dejó anonadado.

—¡Tú no harás nada! —la regañó Philip, sus ojos azules la miraban con dureza—. ¿No crees que ya has hecho bastante?

—Milady, ¿es su costumbre desobedecer las órdenes del conde? —preguntó Patrick en un tono gélido.

Ella alzó la barbilla de manera desafiante, el conde conocía ese gesto y se apresuró a intervenir.

—Oh, milord, mi hija ahora mismo está nerviosa —expresó con ansiedad, procuró sonreír a fin de suavizar el ambiente—, por favor, no tenga en cuenta su impertinencia. Mildred, llévatela, por

favor —ordenó.

La tía obedeció al instante, la agarró de una muñeca y tiró de ella. Salieron entre las quejas de Ruth, su voz se fue apagando mientras se alejaban.

Patrick se acercó a la ventana, unió sus manos a su espalda y miró el jardín. Había empezado a llover con insistencia, entre las gotas se escapaba algún copo de nieve, evidenciando el frío que hacía en el exterior. El suelo empezaba a estar empapado y se habían formado los primeros charcos. Escuchó a su espalda los pasos del conde.

—Milord, entenderé que no quiera casarse con Ruth —expresó el noble.

Philip era demasiado consciente de la imagen que había dado su hija, no serviría de nada negar la evidencia. Tampoco pensaba retarlo a duelo si se negaba a cumplir con la palabra que le había dado su padre. Podían encontrar una solución en la que ambos no salieran muy perjudicados. De acuerdo que los chismes correrían como la pólvora y que las revistas femeninas descuartizarían a su hija, aun así, solo se trataría de un tiempo; de hecho, estaban a las puertas de comenzar una nueva temporada, el mercado matrimonial estaría muy activo y las cotillas, entretenidas, por lo que pronto se olvidarían de Ruth.

El marqués se dio la vuelta, lo miró.

—Me dijo que su hija estaba preparada para desempeñar su papel de marquesa. —Hizo una pausa—. Y ha mentido.

El conde no pudo sostenerle la mirada, los ojos coléricos y el tono cavernoso de Cherfield lo intimidaron; adoptó un semblante avergonzado por no haberle sido sincero. Philip era conocedor de la fama de estirado e inflexible del marqués. Nadie podía razonar con él cuando sacaba esa parte de su persona, como en ese instante. Aun así, no le mentiría más y expresaría lo que de verdad pensaba.

—Ruth llegará a ser una buena marquesa en cuanto aprenda a serlo. Es una muchacha lista.

Patrick soltó una risa que irritó al conde.

—Es una impertinente que espantará a toda la clase social. No está preparada.

—Ya le he dicho que con paciencia y buenos profesores aprenderá a bailar, a leer, a escribir con una caligrafía impecable, a tocar el pianoforte y muchas otras cosas más.

Patrick se tensó al ser consciente de la gravedad del engaño.

—¿Acaso no ha tomado clases?

Philip se reafirmó en su decisión de serle sincero.

—Lo intenté, pero fue imposible.

—Y ¿qué ha hecho todos estos años? ¿Holgazanear? —inquirió muy molesto, con una voz gélida.

Esta vez fue Rowland el que se indignó, se tensó y pareció más alto de lo que era.

—Milord, mi hija no es una holgazana, no permitiré que la insulte, y si sigue haciéndolo me veré obligado a retarlo a un duelo.

—Creo que tendría que ser yo quien lo rete, por ofenderme con una falacia —explotó el marqués, sus facciones se tensaron, pero se dio cuenta rápido de que estaba siendo duro; era un padre defendiendo a su hija y él no estaba acostumbrado, su progenitor nunca lo había respaldado—. Tal vez ambos debemos calmarnos.

Philip estaba desanimado, creyó necesario dar por finalizado el asunto, de nada serviría dar vueltas, era mejor buscar una salida digna.

—Entiendo que es una situación difícil, podemos encontrar una solución que no los perjudique ni a usted ni a Ruth.

Patrick volvió a darse la vuelta y se concentró en la lluvia que caía. Se tomó unos segundos

para meditar. Lo cierto era que deseaba a Ruth con un frenesí que no había experimentado nunca. No había una manera de explicar con exactitud lo que le provocaba esa rebelde muchacha. Y, para su desesperación, quería que fuera su marquesa. Quizá no estaba todo perdido, pensó que podía convertirla en la mejor de las damas de Londres, solo había que esculpirla. Entonces tomó una decisión, se dio la vuelta.

—Me casaré con su hija, conde. La convertiré en la mejor de las marquesas.

El alivio en el rostro delgado de su futuro suegro fue evidente. Patrick era consciente de que se podía arrepentir toda la vida de esa decisión, pero estaba dispuesto a arriesgarse. Había algo en la mirada celeste de Ruth que lo atraía sin remedio. Quizá fuera la rebeldía con la que actuaba, o la sinceridad con la que hablaba, o tal vez fuera esa bondad intrínseca que parecía poseer y de la cual había dado muestras con su doncella y la jovencita embarazada. Era diferente a todas las damas que conocía, y la quería solo para él.

—Milord, ella nunca ha sido una holgazana. —Sus ojos azules se anegaron de lágrimas—. Es... es una muchacha considerada y tiene un corazón tierno, lleno de amor y cariño. Se ha pasado toda la vida al lado de su madre, cuidándola, desde que era una niña. Mi hija fue la mejor medicina para mi esposa, alivió su dolor en los últimos años de su vida. Esta casa no será la misma sin ella.

Pocas veces, por no decir ninguna, alguien se emocionaba, para bien o para mal, delante del marqués. Todos consideraban a Patrick un hombre frío y poco considerado, por lo que se quedó sin palabras. No sabía cómo consolar a un hombre que sufría por la pérdida de su esposa y, al mismo tiempo, mostraba devoción por una hija que era el centro de su vida y que en unas semanas le entregaría.

—Podrá visitar a su hija siempre que quiera, milord. —Fue lo único que se le ocurrió decir para aliviar su tristeza.

***

Mientras, en la alcoba de Ruth, su tía la regañaba.

—Eres una insensata —dijo mientras se paseaba de lado a lado del cuarto. Se detuvo y miró a la sobrina, que estaba sentada en el *chaise longue* estilo inglés barroco ubicado frente a la chimenea—. Creo que el marqués no te aceptará como esposa, y será culpa tuya si tu padre se ve obligarlo a retarlo a duelo por ofenderte rompiendo el compromiso.

Ruth no había pensado en esa posibilidad, se llevó la mano al corazón.

—Eso no puede pasar... —musitó con angustia, no quería perder a su padre, al que amaba con todas sus fuerzas.

—Dios no lo quiera. Espero que ambos mantengan la serenidad —mencionó santiguándose—. Es que nunca tienes la boca cerrada como haría una lady de tu categoría, siempre has de decir la última palabra, eso sin mencionar tu atrevimiento a ayudar a esa muchacha. ¿Acaso no sabes que no puedes mezclarte con los de la clase inferior?

La joven noble no la escuchaba y clavó su mirada azul en las llamas de la chimenea. Le temblaba el cuerpo, y no era de frío. Sin duda, su padre y el marqués estaban decidiendo su destino. Por el rostro de enfado de Patrick sabía que la iba a rechazar. Nunca sería la adecuada marquesa que él luciría colgada de su brazo. No era como esas damas *emperifolladas* que había visto en los pocos días que hacía que vivía en Londres. O como las viudas o solteronas que habían estado asediando a su padre desde que enviudó, en su intento de cazarlo. Ella era un bicho raro dentro de una sociedad que sentía lejana. Ningún noble que la conociera la querría como

esposa, y ella era consciente de ello.

Aun así, le dolía que Patrick la rechazara ahora que lo conocía, y no entendía el motivo, cuando en el fondo debería sentirse aliviada. Se llevó una mano al mechón que el noble había acariciado, él la había confundido con una prostituta que ofrecía sus servicios a cambio de vestidos y lujos. Se preguntó a cuántas mujeres había ofrecido su protección a cambio de «pasárselo bien». Su rostro enrojeció solo de imaginarlo.

No era que quisiera permanecer soltera toda la vida; de hecho, algún día quería tener hijos. En eso no era diferente a las demás jovencitas casaderas.

La puerta de su alcoba se abrió de golpe dando paso a Philip, y ella dejó de elucubrar.

—El marqués se ha marchado —dijo su padre mirando a una y a otra.

La lady se levantó mientras Mildred se acercaba a su cuñado.

—¿Ha roto el compromiso? —preguntó la tía.

Ruth contuvo la respiración mientras esperaba la respuesta.

—No; en realidad, quiere seguir adelante con el enlace. —Miró a su hija—. En tres semanas serás la marquesa de Cherfield. Y cuando ocurra yo saldré de tu vida. Tu futuro esposo no tiene la paciencia que yo tengo contigo, espero que seas consecuente y empieces a comportarte como una dama.

—¿Le has dicho la verdad? —inquirió Mildred.

—Sí, debe ser consciente de a qué se enfrenta, convertir a Ruth en una marquesa va a ser un desafío. —Clavó sus ojos en los de la joven—. Debes estar agradecida de que no te haya repudiado.

—¿Agradecida? Padre, estás exagerando, no entiendo por qué no tengo derecho a decidir mi futuro. ¿Por qué no puedo ser yo quien lo repudie?

—Eres una mujer, querida, tu deber es hacerle la vida fácil a tu esposo y darle herederos —explicó Mildred.

—Eso no es justo, tía —se quejó posando una mano en su cadera.

La dama se compadeció de su sobrina, deslizó el brazo por sus hombros y la apretó contra sí.

—Nadie ha dicho que fuera justo, querida, pero las normas no las podemos cambiar, ¿verdad? Así que vas a tener que aceptar las reglas que te imponga tu esposo.

—¿Y si no quiero?

—¡Ni si te ocurra pensarlo! —la regañó su progenitor—. Solo puedes hacer dos cosas, hija: convertir tu vida en un infierno o amoldarte a las reglas y vivir una vida tranquila. Piensa en ello.

Philip se marchó y su tía también, y dejaron sola a Ruth para que se mentalizara de que su destino era transformarse en marquesa. Pero la dama no quería pensar en su futuro, pues en aquel instante estaba preocupada por Mollie, por lo que salió de su alcoba en busca de Krista. Bajó los peldaños de la escalera interior que utilizaban los sirvientes, se encontró a dos lacayos, se quedaron tan sorprendidos de verla allí y actuaron tan nerviosos que casi no pudieron hablar cuando pidió que le dijeran dónde estaba su doncella. A duras penas le informaron el lugar donde se encontraba. Por un pasillo estrecho, se dirigió a la zona de dormitorios, y encontró a Krista cuando esta abría la puerta para salir, casi tropiezan. La sirvienta se apartó para dejarla entrar en su alcoba, una estancia con una pequeña cama pegada a la pared, en la contraria había una cómoda; y en el centro, una pequeña mesa y una silla.

—Milady, no debe venir a este lugar, si su padre se entera la va a reprender —sugirió la mujer cerrando la puerta una vez que la lady entró—. Si me necesita, solo tiene que utilizar la campanilla.

—Oh, Krista, estoy nerviosa por Mollie. Tenemos que asegurarnos de que está bien. Voy a

pedir que preparen un carruaje y vamos de inmediato para asegurarnos.

—No, milady, usted va a regresar a su alcoba, ya hemos tenido suficientes aventuras por hoy, voy a ir yo sola.

Ruth quiso negarse, pero el día se había presentado duro, y estaba poniendo a prueba los nervios de su padre. Tenía la sensación de que le daría una apoplejía si lo metía en aprietos otra vez, por lo que decidió obedecer.

—Está bien, vaya de inmediato, y cuando regrese venga a informarme, por favor.

Ruth se fue a su alcoba; tuvieron que pasar dos horas, que se le hicieron eternas, para que su doncella regresara.

—¿Qué tal está? —preguntó la dama, que estaba de espaldas a la chimenea.

Krista se acercó a ella, le temblaba el labio inferior y la aristócrata supo que no traía buenas noticias.

—No está, milady, ni ella ni sus cosas —contó con lágrimas en los ojos.

Capítulo 5

—¿Cómo el marqués de Cherfield ha podido echar a Mollie? —explotó Ruth con las manos alzadas en ademán rabioso—. ¡Es un hombre cruel y sin corazón!

La dama se sentía tan indignada que si lo hubiera tenido delante lo hubiera abofeteado una segunda vez, y una tercera, y una cuarta... hasta quedarse sin fuerzas.

—No se precipite, milady, no estamos seguras.

—¡Claro que la ha echado! Ella no se hubiera marchado por su propio pie, estaba muy asustada. No tiene a nadie. —Cuanto más pensaba en ello, más crecía su rabia—. Ve a buscar mi abrigo, Krista, le exigiré a ese... ese necio una explicación.

—Eso no sería inteligente, milady. Solo empeoraría las cosas, el marqués no va a permitir que lo ofenda.

Ruth hundió los hombros. Su doncella tenía razón, se tapó el rostro con las manos, un gesto que evidenciaba su estado inquieto. No podía dejar de imaginar a Mollie desvalida, caminando de un lugar a otro en busca de cobijo.

—¡Oh, Dios! —exclamó la lady, dejó caer los brazos a sus costados—. ¿Qué va a pasar ahora? Esa muchacha está embarazada y sola.

—No va a sobrevivir, ¿qué futuro le espera a su bebé? —Krista no pudo continuar, pues echó a llorar.

Ruth la observó, se sintió preocupada al percibir que sus ojos verdes eran el fiel reflejo de una desolación que llevaba incrustada muy adentro. La aristócrata conocía demasiado bien esa desdicha interior, era la misma que acompañaba a su padre por el fallecimiento de la mujer que amaba. Se preguntó si su doncella también había padecido una pérdida que esa muchacha le recordara. Quizá... ¿un esposo? ¿Un hijo?

Ruth se acercó a ella y le estrechó un hombro.

—Si no para de llorar, yo también lo haré.

La mujer se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—Lo siento...

No había podido evitar que el llanto aflorara. Mollie había tenido la desgracia de conocer la crueldad de un noble violento y malvado. Esa muchacha no tendría futuro si se quedaba con su hijo, y terminaría abandonándolo en un orfanato, salvo si pasaba el milagro de que le pudiera brindar a su bebé una vida digna. Y en su mundo pocas veces sucedía uno. No pudo evitar pensar en su pasado, su corazón se rompía en mil pedazos cada vez que se acordaba.

—Hay que salir a buscarla —comentó Ruth, que no se daba por vencida—, en algún lugar debe estar, podemos preguntar a la gente, a lo mejor alguien la ha visto.

Krista no dejaba de sorprenderse por la bondad de Ruth. No era muy habitual, por no decir que nunca sucedía, que una dama de su alcurnia se comprometiera hasta ese punto por alguien que no pertenecía a su clase social. De alguna manera la lady provocó que la doncella se recompusiera, enderezó su espalda.

—No podemos darnos por vencidas. Pero usted no puede implicarse, milady, recuerde lo que dijo su padre. No puedo mentirle.

—Lo sé, lo sé; de todos modos, algo podré hacer... —Puso semblante de estar pensando—. Pediré a un par de sirvientes que la acompañen para que la ayuden a recorrer los lugares de Londres en los que cree que pueda estar.

—Una muchacha como ella solo se escondería en los suburbios de Londres.

—¿Esconderse? ¿De quién?

La doncella agachó la mirada emitiendo un suspiro, a esas alturas más valía revelarle parte de la verdad. Si bien le había prometido a Mollie que no le contaría a nadie lo que le había sucedido, estaría de acuerdo en confiar en Ruth, así que levantó la cabeza y habló:

—El noble que la dejó embarazada la amenazó con lastimarla si se atrevía a contar la verdad.

A la dama le temblaron las rodillas y tuvo la necesidad de sentarse en el lecho. No podía entender la maldad de algunos individuos, no pudo evitarlo y rompió a llorar.

—Más que nunca hay que dar con Mollie —balbuceó limpiándose las lágrimas con el dorso de su mano.

Sin más, pues no había tiempo que perder, Krista y dos sirvientes salieron en busca de Mollie.

Fueron pasando las horas, era tarde; sin embargo, Ruth todavía no se había podido dormir. Era consciente de la suerte que tenía de poder estar en una encantadora y acogedora alcoba, donde una enorme chimenea caldeaba e iluminaba toda la estancia, pues las llamas eran considerables después de que un sirviente pusiera varios troncos. Había mujeres a las que la vida no les había sonreído, como a Mollie, que su destino se había convertido en un infierno por culpa de un malvado noble.

Krista regresó a altas horas de la noche e informó a la lady de que no había tenido suerte. Un sentimiento de impotencia las invadió y las dejó heladas por dentro. La doncella se retiró, no tenía hambre, pues la tristeza por la suerte que correría Mollie había cerrado su estómago, aun así se tomaría un té caliente antes de dormir. El frío había alcanzado sus huesos y necesitaba calor antes de descansar un poco.

Por su parte, Ruth se metió en el lecho, el fuego chispeó y formó sombras en las paredes. Empezó a llorar y escondió el rostro en la almohada. Estaba segura de que el marqués se había deshecho de Mollie, y no sabía cómo soportaría casarse con un hombre tal vil.

***

En Neapolis Palace, el marqués de Cherfield todavía no se había retirado a su alcoba. Estaba junto a su ayuda de cámara en su estudio, una estancia con techo artesonado en cuyos laterales había estanterías de madera oscuras con volúmenes de varios grosores y tamaños, y de todos los temas posibles. En una de las paredes perpendiculares se ubicaba una chimenea encastrada, en su repisa había un reloj sencillo de madera maciza. Frente al hogar, dos butacas con un cojín y una mesita ovalada. En la pared contraria se hallaban dos ventanas, que a esa hora de la noche tenían las cortinas descorridas. En el centro de la estancia, y sobre una alfombra en tonos neutros, reposaba un escritorio enorme con las patas labradas. La decoración seguía con el mismo estilo estricto de la casa y otorgaba al marqués la seriedad que necesitaba cada día.

Patrick y Barney permanecían de pie, hablaban con entusiasmo de las reformas que debían hacerse para abrir el club y miraban los planos provisionales del edificio que estaban sobre el escritorio. Imaginaban el resultado y eso los emocionaba todavía más, si cabe. Tanto el noble como el ayuda de cámara vestían informales, con calzas y camisas blancas. La única diferencia entre ellos era la calidad de las telas: las del aristócrata, de excelente calidad y casi nuevas; las del sirviente, sencillas y muy usadas.

—¿Está seguro de que quiere implicarse en mi negocio, milord? —Quiso confirmar Barney.

—Sí, muy seguro. Solo le pido una cosa.

—¿Cuál?

—Que se encargue de buscarme un ayuda de cámara tan eficiente como usted.

Barney sonrió.

—Hace meses que estoy preparando a un muchacho del servicio que está muy ilusionado con el puesto.

—Bueno, entonces queda una última cosa. Que dejemos las formalidades a un lado, nuestra relación ha cambiado. Te vas a hacer rico, Barney, puedo olerlo.

—Milord, no adelante acontecimientos.

—Prefiero que me llames Patrick o Cherfield.

—Está bien, lo haré, Patrick.

—De hecho, cuando éramos niños nunca me llamaste milord, y a mí me agradaba que utilizaras mi nombre.

Su semblante se puso serio al recordar que los separaron por pertenecer a clases diferentes. Había pasado mucho tiempo de aquello, las cosas habían cambiado entre ellos, y aunque pareciera una estupidez, le gustaba que la gente que apreciaba, que era muy escasa, lo llamara por su nombre. Ese gesto tan sencillo lo hacía sentir más humano.

A veces se preguntaba si existía la compasión dentro de la aristocracia. Todo eran reglas, que él fomentaba aplicarlas porque le habían enseñado de pequeño que, si no lo hacía, sus pares lo expulsarían de sus círculos y lo devorarían con comentarios nefastos a la mínima ocasión. No entendía por qué pensaba en esas cosas cuando siempre había estado orgulloso de ser como era. Tal vez fuera porque había visto compasión en Ruth y empezaba a analizar todo a su alrededor. En fin, cortó sus pensamientos de raíz, no necesitaba cuestionarse nada a esas alturas de la vida.

—Supongo que no hace falta que te advierta de los nobles que atenderás en tu club, los conoces a todos —señaló con retintín en el tono.

Barney soltó una carcajada.

—Conozco sus pecados y virtudes. Una de las ventajas de pertenecer al servicio es que nosotros nos enteramos de asuntos de los que nadie de tu círculo está al tanto.

—Lo tendré en cuenta —dijo con humor—. Nunca se sabe...

—¿No crees que tendrías que contarle a tu prometida lo que has hecho con la muchacha que vivía en el edificio?

Patrick se acercó a un carrito de pisos de bebidas que había entre las dos ventanas. Sirvió coñac en dos vasos, le entregó uno a Barney.

—Si se lo cuento hará todo lo posible por involucrarse, y no puedo permitirlo. Hay asociaciones filantrópicas de las que forman parte muchas nobles, son en esas en las que tiene que colaborar. El asunto de esa muchacha está zanjado, y Ruth tiene que aceptarlo y olvidarse de Mollie. —Alzó su vaso—. ¿Brindamos por tu éxito?

—¡Eso espero! —exclamó levantando su bebida.

Los vasos chocaron y ambos dieron un sorbo.

—¿Qué te parece lady Ruth Slater? —indagó el marqués.

Barney agitó con suavidad su vaso, el líquido ambarino se removió en su interior.

—Es una rareza dentro de la nobleza. —Bebió.

—¿Y eso es bueno o malo?

Barney miró al noble, parecía que le interesaba de verdad esa dama.

—Digamos que tu vida se convertirá en una aventura diaria cuando te cases con ella.

A Cherfield le gustaba tenerlo todo controlado, de modo que no supo cómo tomarse esa afirmación. Por otra parte reconocía que su prometida había impactado fuerte en su interior. La palabra «deseo» cruzó su mente; quizá fuera la pasión que había sentido desde el primer momento que la vio lo que lo tenía tan nervioso. Reconocía que ansiaba poseerla, y engendrar sus hijos sería una tarea muy placentera.

—Solo hay una cosa que evitar en un matrimonio... —señaló el noble, dio un trago a su bebida antes de continuar—, y es enamorarse de la esposa.

El ayuda de cámara sabía que Patrick nunca había amado a ninguna mujer. Desde luego que había tenido amantes, pero todas habían durado poco porque el marqués se cansaba de ellas y de sus exigencias.

Barney ya se había hecho una opinión sobre lady Ruth Slater. No era ningún secreto que tenía mucho éxito con las mujeres, había cautivado a tantas que con un solo vistazo podía deducir cómo eran. Poseía un halo seductor que hipnotizaba, y él lo sabía, por lo que se aprovechaba para conquistar a mujeres sedientas de pasar una noche de pasión con él. Tanto era así que con solo chasquear los dedos tenía a la fémina que quería, aunque se tratase de una respetada noble. Por lo que tan pronto vio a la futura marquesa, le impresionó su belleza rebelde que le proporcionaba su melena rubia de rizos pequeños. Pero no solo era eso, sabía que se trataba de una dama bondadosa, especial, de esas personas que dejaban huella allí por donde pasaban, pues no era como las demás. Por todo eso tuvo la certeza de que Patrick lo tendría difícil para no enamorarse de ella.

***

Era de noche y Ruth estaba en su alcoba preparándose para ir a Neapolis Palace, donde la esperaba su prometido para celebrar la cena y el baile de compromiso. Krista le estaba haciendo los últimos retoques en el peinado y le estaba colocando una pluma a un recogido alto. Solo un puñado de tirabuzones enmarcaban la frente y la nuca.

La lady se alzó del taburete acolchado de su tocador, se acercó al espejo de cuerpo entero y se miró. Se había puesto un vestido de satén blanco ceniza, con mangas abullonadas y talle imperio, recubierto con una gasa bordada en hilo de plata, que hacía juego con las bailarinas de sus pies. No podían faltar los guantes largos y las magníficas joyas de su madre. No pudo evitar acariciar su collar de piedras preciosas; de alguna manera, su progenitora, esa noche, estaría con ella.

La doncella se acercó por su espalda; portaba una capa de satén azul marino cuyo interior estaba forrado de pelo blanco, se la colocó sobre los hombros.

—Está preciosa, milady. Esta noche todos los ojos van a estar clavados en usted.

—Eso me temo, que todos me miren y yo cometa alguna estupidez.

La dama se dio la vuelta, la doncella le sonrió a fin de calmarla.

—Milady, le he dado algunos consejos y lo va a hacer bien, no se apure.

En un gesto sincero, la lady abrazó a la mujer, esta no supo cómo reaccionar y se quedó quieta.

—Gracias, Krista, me estás ayudando mucho. ¿Te importa que te tutee? Después de todo lo que ha pasado, no encuentro sentido que entre nosotras haya tanta formalidad.

—Desde luego, milady. Pero pertenezco a una clase social diferente, y yo prefiero tratarla con la formalidad que exige su estatus.

La dama bufó pero no objetó nada, no quería hacer sentir mal a su doncella.

—De acuerdo, trátame como te sientas más cómoda. Y regresando al tema del que hablábamos, espero que me sigas ayudando cuando me traslade a Neapolis Palace.

—¿Querrá que siga con usted, milady, una vez que viva con el marqués? Recuerde que él decidirá cuando estén casados.

Ruth ni siquiera había pensado en ello; en la campiña, sus doncellas eran las hijas de los sirvientes. A Krista la había contratado su padre, pues este consideró que necesitaba a una con experiencia. Lo cierto era que le gustaba y no quería desprenderse de ella. Alzó la barbilla, como si se anticipara a los deseos de su futuro esposo.

—Por supuesto que seguirás conmigo, Krista. Te necesito a mi lado —confesó—. Apenas hace unos días que nos conocemos, pero me da la impresión de que, a pesar de pertenecer a clases sociales diferentes, ambas nos parecemos más de lo que nunca hubiera creído, así que te considero más una amiga que una sirvienta.

En un gesto nacido del corazón, la doncella tomó la mano enguantada de Ruth, esta se la apretó en actitud amable.

—Oh, milady, no comente esto con nadie de la alta sociedad, no sería bien visto que considere a una simple doncella como una amiga.

Ruth puso los ojos en blanco.

—Oh, Dios, ¿otra norma más? —se quejó la dama—. ¿Se me permite respirar o lo tengo que hacer de una manera especial?

—Puede respirar, milady, pero sin hacer ruido —dijo con humor Krista.

Ruth se rio, y la sirviente se unió a las carcajadas.

—Milady, su padre y su tía la esperan —interrumpió el mayordomo.

—Ahora mismo me reúno con ellos.

—Diviértase, milady —murmuró la doncella.

—Intentaré averiguar qué ha hecho mi prometido con Mollie.

La sonrisa de la sirvienta se borró de su rostro.

—Milady, no haga enojar al marqués, no es prudente.

—No te preocupes, sé lo que hago.

Dicho esto, caminó a la salida y se reunió con Philip y Mildred. Entraron en el lujoso carruaje tapizado en terciopelo azul claro, que los llevó a Neapolis Palace.

Patrick estaba recibiendo a los invitados, y sus ojos se quedaron clavados en su prometida en cuanto la vio. Se acercó y permaneció quieto a escasa distancia de ella, la inspeccionó de arriba abajo, desde la pluma de su cabeza hasta la punta de sus bailarinas plateadas que sobresalía de su vestido. Admiró su belleza espectacular, su corazón se atascó en su garganta cuando ella le sonrió.

—Buenos noches, milord —saludó su prometida en un tono suave como la miel, alargando una mano para que él la besara—. Me siento muy afortunada de estar en Neapolis Palace. —Miró a su alrededor y le disgustó la decoración por su falta de colorido, pero lo disimuló—. Sin duda su hogar es... es magnífico, tiene muy buen gusto, milord.

El marqués arqueó una ceja, ella no parecía la misma mujer descarada que había conocido unos días atrás. Miró a su futuro suegro y se preguntó si había sido el culpable del agradable cambio. Llegó a la conclusión de que el conde sucumbía con mucha facilidad a los deseos de su hija; era incapaz de negarle nada, así que lo descartó. Observó a la tía, quizá había sido ella... Pero dudaba que su autoridad fuera suficiente para intimidar a la rebelde sobrina.

Lo que el marqués no sabía era que se trataba de una estrategia de Ruth. De hecho, estaba preparando el terreno para cuando le preguntara por Mollie. Era la táctica que utilizaba con su padre, y con su tía también, y siempre le había funcionado.

—Está usted muy hermosa esta noche —alabó el marqués.

—Gracias —mencionó con una larga sonrisa.

Ella se fijó en su levita negra de terciopelo con botones plateados, sus calzas y zapatos oscuros. La camisa clara con volantes de gasa en los puños y el plastrón blanco del cuello, almidonado de puntilla, resaltaban entre tanta prenda sombría. Pero reconocía que no le hacía falta vestir en otras tonalidades más vivas porque poseía los ojos gris claro más maravillosos que había visto jamás, capaces de paralizar a cualquiera.

Ruth dejó de inspeccionarlo con tanto descaro. Miró a los demás invitados, para ella todas las caras eran desconocidas; sin embargo, su prometido se encargó de hacer las presentaciones. Las otras damas la observaban con curiosidad, algunas; y con envidia, otras, pero las ignoró.

A la futura marquesa le agradó conocer a los que serían sus vecinos más cercanos: Archer y Nancy, vizcondes de Saunders, que vivían en Carthago Palace. A decir verdad, solo ella le cayó bien, una belleza pelirroja de ojos verdes con motas doradas. Su esposo, un noble de cabello castaño oscuro y ojos negros, poseía una mirada inquietante que le producía temor. Estuvieron hablando unos segundos; no obstante, había más personas que conocer, y los vizcondes se alejaron.

—Es muy amable lady Saunders —mencionó Ruth a su prometido en un instante de intimidad que tuvieron entre las presentaciones, observando a la pareja apartada en un rincón conversando —. Pero su esposo, lord Saunders, no me agrada en absoluto.

A Patrick le asombraba la sinceridad que mostraba su prometida en cada comentario.

—No es apropiado hablar mal de otros nobles en público, y menos si están presentes.

—¿Tengo que fingir que me caen bien todos estos aristócratas engreídos?

—Sí.

Ella hizo una mueca de fastidio, pero no lo increpó.

—¿Y los nobles de Roma Palace y Tarraco Palace no están en la cena? —preguntó, mirando a un lado y a otra en busca de gente que todavía no conociera.

—El duque, propietario de Roma Palace, y su hijo marcharon cuando la duquesa falleció. Viven en las colonias inglesas, nadie sabe si regresarán. Y el propietario de Tarraco Palace, sir Bryce Horner, nunca acude a ningún evento. Prácticamente vive encerrado y no recibe visitas. Es todo un enigma.

Sin más, entraron al gran comedor. En cada una de las paredes se hallaban enormes chimeneas donde relucían las llamas vigorosas del fuego. Había varias puertas acristaladas que daban a un jardín, que a esa hora de la noche estaba a oscuras. Ruth meditó que hubiera sido espectacular que los tapizados, cortinas y alfombras hubieran tenido más colores. Al menos los cristales de las arañas que colgaban del techo aportaban brillo.

Los invitados fueron sentándose en las mesas redondas dispuestas en todo el comedor. Un ejército de criados sirvió carnes, pescados, verduras glaseadas, salsas, frutas frescas, compotas, pasteles, vinos... Pero, sin duda, ningún invitado prestaba atención a la suculenta cena, todas las miradas estaban fijas en Ruth. Nadie la había conocido hasta el momento, y la belleza que desprendía embelesó a los presentes. Cabe decir que su padre se mostró orgulloso de que su hija hubiera creado tanto revuelo. Patrick, sin embargo, no quitaba ojo de los varones solteros, devoraban a su prometida con la mirada, y se le encendió la sangre.

La cena terminó y los invitados se dirigieron a la pista de baile que estaba en la sala de al lado del comedor, a la se accedía por dos puertas dobles. Los músicos, vestidos con libreas rojas, calzas y pelucas blancas, empezaron a tocar un cotillón. Patrick no se separaba de Ruth, pero no pudo evitar que se le acercara un noble. La dama lo vio acercarse, Krista le había contado que no podría hablar con un caballero si antes no se lo habían presentado de manera formal. Recordó

que su prometido había hecho las presentaciones, de modo que podía conversar con él.

—Milady, ¿aceptará bailar conmigo el próximo baile?

—Oh, milord, es usted muy amable —fingió sentir dolor—, pero me he torcido el tobillo y mucho me temo que hoy no podré bailar. De hecho, iba a sentarme porque me duele cuando estoy de pie.

El marqués tuvo que reprimir una risa mientras la acompañaba a unas sillas que había en un lateral.

—¿Miente muy a menudo?

Ella giró la cabeza en su dirección.

—Yo nunca miento.

—A su tobillo no le pasa nada —puntualizó achicando la mirada.

Ella hundió los hombros.

—No sé bailar, supongo que ya lo sabe.

—Sí. —Se acercó a su oreja—. Tampoco sabe leer ni escribir, entre otras cosas. La lista es larga.

Ella volvió la vista al frente.

—Me he propuesto aprender todo eso y más. —Volteó de nuevo el rostro en dirección a su prometido, lo miró a los ojos, así de cerca se veían más brillantes, tenía un tono gris claro perlado maravilloso—. Aún está a tiempo de no casarse conmigo si eso le molesta tanto.

La dama se mordió la lengua, estaba siendo demasiado brusca, y si quería saber dónde estaba Mollie debía embaucarlo con amabilidad y dulzura.

—Lo cierto es que la idea de casarme con usted me agrada —mencionó él.

Ella paseó sus ojos por el rostro varonil, se detuvo en sus labios; le agradaban, se veían suaves y jugosos. Nunca nadie la había besado, ¿le gustaría? Se escandalizó de sus propios pensamientos y agitó la cabeza para sacarse tales ideas.

—¿Puedo llamarlo Patrick? Me resulta extraño que sea mi prometido y lo trate con tanta formalidad.

—De hecho, la formalidad de la que habla es lo más normal entre una pareja de la aristocracia, y sigue después de casados.

Los bailes seguían en la pista, Ruth miraba a las damas y los caballeros danzar.

—¿Otra norma? —se quejó en un tono cansino.

—Otra norma, sí. Pero puedes llamarme Patrick y yo utilizaré tu nombre.

La dama se dio cuenta de que se sentía aturdida ante su presencia. Le provocaba unas sensaciones muy extrañas, y lo peor de todo era que le gustaba hablar con él. Hizo una mueca; en realidad tendría que estar enfadada por lo que le había hecho a Mollie y por cómo la había tratado a ella cuando se conocieron en el destartalado edificio, como si fuera una prostituta. De pronto, un calor intenso viajó de su bajo vientre a su rostro. Abrió el abanico y lo agitó con nerviosismo para darse aire. Los rizos diminutos que enmarcaban su rostro se agitaron.

Ella no era consciente de que él la miraba, las mejillas de Ruth se habían puesto coloradas, y estaba adorable.

—Su belleza hipnotiza —susurró.

El marqués se enderezó en su silla. Sin darse cuenta había puesto voz a su pensamiento. Ella lo miró con intensidad, los ojos de su prometido parecían querer colarse en su interior para alcanzar su alma. Por suerte, Cherfield cortó todo contacto visual al ser consciente de que no era nada apropiado contemplarla de esa manera en público, aunque estuvieran prometidos. Miró a su alrededor, y para su alivio nadie los observaba.

—Patrick, ¿puedo hacerte una pregunta? —interpeló la dama mientras cerraba su abanico, lo miró y agitó sus pestañas, sonrió.

—Desde luego.

—¿Dónde está Mollie?

El noble se removió en su silla. Su boca se había convertido en una sombría línea. Clavó su mirada en la de Ruth.

—¿Acaso has regresado al edificio?

—No. —Se alegró de no tener que mentirle.

—Has enviado a tu doncella, que viene a ser lo mismo.

Ella giró la cabeza y contempló la pista de baile.

—La has echado a la calle —soltó con dureza, estaba perdiendo la paciencia—. Al menos, reconócelo.

Patrick le dedicó una mirada de censura.

—Deja de preocuparte por Mollie, pronto estarás casada, tus obligaciones serán tener a nuestros hijos y procurar que en Neapolis Palace todo vaya como la seda.

—Puedo ocuparme de todo eso y, al mismo tiempo, ayudar a esa muchacha desamparada.

Patrick no estaba acostumbrado a que lo increparan, y menos una dama.

—Yo no soy como tu padre, Ruth. —Si bien estaba controlando su furia, su tono era duro y cortante—. Se terminó eso de hacer lo que te dé la gana. ¿Entendido?

La verdadera naturaleza del marqués estaba saliendo a flote, y ella no pudo disimular su decepción. Sus ojos se empañaron de lágrimas y el labio inferior empezó a temblarle. No quería hacer una escena delante de toda la nobleza londinense. Se alzó y a duras penas pudo mirar a su prometido sin que la rabia aflorara en su semblante. Él también se levantó.

—Si me disculpas, estoy cansada y quiero marcharme. —El brillo de la rebeldía refulgía en sus ojos azules—. Voy a buscar a mi padre y a mi tía.

Patrick era consciente de que la había irritado, pero no permitiría que, una vez que fuera su marquesa, se comportara como hasta ese momento. Y ella debía tenerlo claro y amoldarse a la que sería su nueva vida.

Capítulo 6

Después de desayunar, Ruth y Krista salieron en el *barouche*, un carruaje para cuatro pasajeros con capota plegable y tirado por cuatro caballos. El día amenazaba lluvia, pero la noble había querido ir con un vehículo abierto, pues le permitiría ver mejor a los transeúntes. La lady había convencido a su doncella de dar un paseo en carruaje por las calles de Londres donde sospechaban que podrían estar Mollie.

El coche abandonó la zona rica de Londres y, poco a poco, se fue adentrando en un laberinto de calles en mal estado, con los adoquines rotos, incluso en algunos tramos se habían salido. Cuando las ruedas transitaban por encima de algún socavón, el *barouche* daba pequeños saltos, por lo que el cochero se veía obligado a circular más despacio. Había montones de basura pegados a los muros de los edificios y las ratas corrían de un lado a otro. El hedor se hacía insoportable, y Ruth se tapó la nariz con un pañuelo que sacó de su ridículo.

—Milady, regresemos, estos lugares no son para usted —mencionó la doncella.

Pero la dama no la escuchaba, pues estaba mirando horrorizada cómo dos niños de no más de seis años, con harapos colgando de sus cuerpos malnutridos y sus rostros sucios, revolvían desperdicios. Los perdió de vista cuando el carruaje dobló la esquina para entrar en otra callejuela.

Llegaron a Covent Garden, había paraditas de madera donde se vendían productos como hortalizas, verduras, aves, telas... Estaba abarrotado de gente, figuras encogidas de frío, de hambre y tristeza, algunos tan pobres que se dedicaban a regatear con tal de conseguir una manzana medio podrida. En un rincón había un perro, al cual se le marcaban las costillas y devoraba un hueso como si fuera el mejor de los manjares. Los niños corrían de aquí para allá con prendas sucias y rotas colgando de unos cuerpecitos esqueléticos, algunos no llevaban ni zapatos y sus pies estaban amoratados debido al frío. A Ruth se le llenaron los ojos de lágrimas, el labio inferior le tembló, tragó saliva, pero consiguió ahuyentar el llanto. Ni en sus peores pesadillas hubiera pensando que había un Londres tan horrible como el que contemplaba. Un grupo de gente gritaba en un rincón, parecía que mantenía una discusión acalorada por el precio de alguna mercancía. Ruth no entendía muy bien lo que decían, ya que utilizaban la jerga *cockney rhyming slang* tan propia de los ambientes pobres o populares.

Muchos se dieron cuenta de su presencia, la miraron con indiferencia, algunos con asco, y escupieron al suelo. Cuando el carruaje se veía obligado a circular con lentitud, los críos se acercaban a toda prisa a pedirle limosna. Ella metía su mano diminuta en su ridículo, donde tenía un pequeño monedero, y daba una guinea de oro a cada uno. Los pequeños abrían los ojos como naranjas al ver aquellas monedas en sus manitas sucias y heladas.

El vehículo prosiguió con lentitud abriéndose paso entre carretas y transeúntes. El bullicio era intenso y los gritos de los diferentes comerciantes intentando vender sus productos se extendía por el lugar.

—Y los padres de los niños, ¿cómo permiten que sus hijos estén en estas condiciones? —indagó Ruth mirando a su doncella.

—Son huérfanos, milady. Sus madres no pueden mantenerlos y los abandonan.

La lady empezó a llorar.

—¿Es lo que le pasará al hijo de Mollie?

Krista agachó la mirada para esconder su pesar, contempló sus manos unidas sobre su regazo.

—Si no muere en el parto, sí. Es pobre, no tienen nada —contó alzando la cabeza para mirar a la lady.

—¿Por qué nadie los ayuda?

—Para los ricos toda esta gente no importa —explicó observando con impotencia la miseria de su alrededor.

Ruth no podía creer que hubiese nobles a los que no les importara el dolor ajeno. No podía dejar de pensar en la muchacha, abandonada a su suerte por culpa de un aristócrata sin escrúpulos que la maltrató, y también por culpa de su prometido, por haberla echado del edificio y por no permitirle que la ayude.

—¿Quién es el noble que abusó de Mollie?

—Milady, no puedo..., además, no servirá de nada. A esos nobles indecentes nunca les pasa nada, todos siempre creen sus mentiras antes que la verdad de gente como Mollie. La palabra de un rico vale más que la de un pobre, y eso nunca cambiará.

—Tienes que decírmelo, Krista, es un hombre peligroso y quiero estar prevenida, tengo que proteger a las sirvientas de nobles como ese.

La doncella la miró con gratitud, nadie de su estatus se tomaba tantas molestias. Sin embargo, le había prometido a Mollie no decir nunca quién era el padre del bebé que todavía debía llevar en sus entrañas. Así y todo, admitía que Ruth no era como la mayoría de damas de la aristocracia, podía confiar en ella, y si la muchacha estuviera allí opinaría lo mismo.

—Mollie era sirvienta de Archer Parry, el vizconde de Saunders.

La noble parpadeó con nerviosismo, se quedó blanca como el papel.

—Lo conocí ayer en Neapolis Palace —declaró ella casi sin voz, todavía se sentía impresionada—. Su esposa en una dama encantadora, pero él no me causó buena impresión.

De refilón vio a una mujer embarazada, a la lady le dio un vuelco el corazón al creer que se trataba de Mollie, pero cuando giró el rostro y clavó su mirada azul en la figura, su desilusión fue enorme. No era ella, sino una mujer más mayor; tenía un aspecto rústico y vestía un vestido descolorido lleno de manchas. El pelo castaño lo llevaba tan sucio que había perdido todo movimiento y parecía de cartón. A sus pies tenía un cesto con coles y otro con zanahorias, que vendía. La dama pidió al cochero que se detuviera. El lacayo le abrió la puerta.

—Milady, no es seguro bajarse del vehículo —informó Krista.

Pero Ruth ya descendía, aun así, giró la cabeza lo justo para mirar a su doncella.

—Solo será un momento. —Se acercó a la vendedora—. Perdone, señora, ¿ha visto por aquí a una muchacha embarazada? Se llama Mollie, tiene unos diecisiete años, cabello castaño y ojos pardos.

La desconocida miró a Ruth de arriba abajo, sonrió con desdén, dejando a la vista una dentadura en pésimas condiciones.

—No —contestó de mala manera.

Ruth hundió los hombros, aun así, insistió.

—Se lo ruego, haga memoria. Está sola y no tiene a dónde ir, seguramente vive en la calle.

La vendedora negó con la cabeza, Krista estaba al lado de la noble.

—Milady, tenemos que irnos —sugirió la doncella al darse cuenta de que los ojos marrones oscuros de la mujer brillaban de malicia.

Ruth abrió su ridículo, sacó su pequeño monedero y le entregó cuatro guineas de oro.

—Me llamo Ruth Slater, soy hija del conde de Rowland y la futura esposa del marqués de Cherfield. Por favor, ¿me avisará si la ve?

Pero la vendedora no prestaba atención; tenía los ojos puestos en el ridículo abierto, donde brillaban las guineas, coronas y chelines. La codicia se reflejó en su semblante y la doncella supo que sería capaz de todo, incluso matar, por conseguir ese monedero que contenía un pequeño tesoro. No se lo pensó, agarró a la noble de la muñeca y la arrastró hasta el interior del carruaje. De inmediato, ordenó al cochero que regresara a Rowland House.

—Oh, Krista, ¿por qué has hecho eso? Quería darle una tarjeta de visita.

—Lo siento, milady, no se preocupe, seguramente no sabe leer, no le hubiera servido de nada. Usted no se ha dado cuenta, pero corría peligro. Ha dejado a la vista el dinero que lleva en su pequeño monedero, la pobreza convierte a las personas en bestias. Tenga cuidado.

Ruth no había caído en ello, y se sintió agradecida de tener a Krista a su lado.

—Gracias, no era consciente de eso. —Miró a su alrededor—. ¿Qué puedo hacer para asistir a esta gente?

—Las damas de su clase se dedican a ayudar a asociaciones benéficas. —La doncella era demasiado consciente del dolor que se reflejaba en el rostro de la lady—. Milady, usted no es la culpable.

Pero Ruth quería hacer más, y no sabía cómo. Centró su mirada en el bordado de sus guantes en la parte del dorso para esconder su llanto y para no contemplar más miseria.

Cuando llegó a la mansión, fue a su alcoba, no daba crédito a lo que había visto. Toda esa gente pasándolo mal, todos esos niños sin esperanza, toda esa suciedad... Ella nunca había sido consciente de que había personas que lo pasaban tan mal. Había vivido en la campiña, ajena al mundo, solo preocupada por su madre enferma y en cómo ayudarla a calmar su dolor. Pero nunca hubiera imaginado que existía un infierno en la Tierra. Debía encontrar a Mollie antes de que se viera empujada a abandonar a su bebé.

***

Pasaron dos días, que era el tiempo que Patrick creía en el que a Ruth se le habría pasado el enfado. La invitó para enseñarle Olympo Park; en un principio ella quiso negarse, pero su tía se entrometió y no tuvo oportunidad. Desde que había visto la otra cara de Londres, su pobreza y el sufrimiento de mucha gente, no podía sacarse de la cabeza el infierno por el que estaría pasando Mollie por culpa del marqués. Él la había echado del edificio y había impedido que la pudiera ayudar.

Se desplazaron en un carruaje cerrado, pues estaban en invierno y todavía hacía frío, y a pesar del sol que brillaba en esa jornada, sus rayos carecían de fuerza para caldear el ambiente. Al parque se accedía por el sur, a través de unos enormes arcos sostenidos por columnas que daban la impresión de entrar en una ciudad romana.

La dama descendió del carruaje, envuelta en un abrigo entallado de terciopelo morado con pelo blanco en el cuello y puños que hacía juego con el manguito calienta manos. También llevaba guantes y un sombrero. Como la lady todavía no estaba casada, la acompañaba Krista para preservar su reputación. Tan pronto Ruth alzó la vista, su rostro evidenció su sorpresa. Sin duda Olympo Park era una maravilla; y a pesar del frío que hacía, el lugar estaba muy concurrido.

Patrick le ofreció su brazo y ella posó su mano enguantada, en la otra sostenía el manguito. El marqués se había ataviado con unos pantalones de ciudad —estrechos y marrones—, camisa,

chaleco, pañuelo en el cuello a modo de corbata y un abrigo oscuro con cola en la parte trasera, hasta las rodillas y corto hasta la cintura en la parte delantera, que se abotonaba cruzado. No podían faltar sus guantes de ante y un sombrero de piel.

La pareja echó a andar, detrás de ellos los seguía Krista a cierta distancia. Si bien el parque era grandioso e imposible de recorrerlo a pie, él le comentó que había un lago y un bosque en la parte oeste. En la norte, un salón de té, que todavía no estaba terminado; y un salón de baile, donde se reunía la aristocracia todos los viernes, pues los miércoles estaba reservado para Almack's. En la oeste, un invernadero que, debido a la estación en la que se encontraban, no lucía muchas plantas; y un anfiteatro, que se estaba construyendo. En el centro de Olympo Park se encontraba una enorme glorieta, en ese momento había una orquestra que tocaba piezas alegres para agrado de los que se paseaban por la zona. Los músicos iban ataviados con túnicas romanas blancas con bordados de palmas de oro y en la cabeza llevaban una corona de laurel dorada.

Como estaban cerca del lago, se dirigieron hasta allí. Era de forma ovalada, de un kilómetro de largo y medio de ancho, nombrado «Acis and Galatea Lake», por la leyenda que encerraba. De hecho, el marqués le contó que todo en el parque estaba asociado a alguna historia mitológica o a algún personaje romano o griego. Aún estaban sus aguas congeladas y había patinadores disfrutando antes de que, en breve, empezaran a descongelarse.

Se acercaron y él explicó que, cuando llegara el buen tiempo, Acis and Galatea Lake se llenaría de patos, cisnes y barcas, con sus barqueros paseando a los visitantes de un lado a otro.

—¿Conoces la leyenda de Acis y Galatea? —Quiso saber él, satisfecho por percatarse de que a su prometida le brillaban los ojos ante la belleza de un parque espectacular que no dejaba indiferente a nadie.

—No, ¿y tú?

—Sí, la conozco.

Se sentaron en unos bancos que había cerca del lago. Krista lo hizo en otro a fin de darles privacidad.

—¡Cuéntamela! —mencionó entusiasmada la dama girando un poco su cuerpo para mirarlo.

El marqués de Cherfield sonrió y a ella le pareció que sus facciones varoniles se suavizaban y le daban un aire encantador muy atrayente; un hormigueo placentero cruzó su estómago. No entendía por qué no sonreía más a menudo.

—Desde luego. Cuenta la leyenda que Acis, un joven hijo de Fauno y de la ninfa Symaethis, y Galatea, una nereida hija de Nereo y Doris, se enamoraron y despertó los celos del cíclope Polifemo, el pretendiente de ella, que decidió tomar medidas, por lo que le lanzó una piedra a Acis y lo mató. Galatea, llena de dolor, utilizó su magia divina y transformó a su amado en un río para convertirlo en un inmortal espíritu.

—Oh, qué leyenda tan triste y bonita a la vez —comentó la noble metiendo su mano en el manguito.

—¿Ves el bosque que hay al lado del lago? —dijo señalando los árboles al otro lado de la orilla, cuyas copas muchos tenían desnudas. Ruth miró donde él le indicaba, asintió con la cabeza—. Se llama «Artemis Forest». Artemisa, hija de Zeus y Leto, es la diosa de los bosques y señora de los animales. La leyenda cuenta que ningún dios u hombre consiguió nunca enamorar su corazón.

—Supongo que no encontró a la persona adecuada —mencionó divertida, inspiró con profundidad, contempló todo a su alrededor—. Solo puedo decir que me encanta.

—Me alegro de saberlo. —Se giró un poco y apoyó un brazo en el respaldo de madera del

banco—. Desde tu alcoba se ve Artemis Forest y Acis and Galatea Lake.

El semblante de asombro de ella encogió el bajo vientre del hombre. Estaba seguro de que su prometida era más bella y especial que todas esas diosas griegas y romanas de la mitología.

El marqués se alzó y alargó su mano, la prometida posó la suya en la de él y se levantó. Cherfield la condujo a una especie de colina presidiendo el lago donde había un pedestal con las figuras de Acis y Galatea: él, tumbado de lado; y ella, recostada en su torso, mientras los amantes se abrazaban. Había una placa con unas palabras grabadas en latín, y ella acarició las letras con sus dedos enguantados; en momentos como esos era cuando se arrepentía de no saber leer. Él pareció percatarse, así que lo leyó en voz alta.

—*Quem amat amat; quem non amat non amat*. —Hizo una pausa cuando la dama giró la cabeza en su dirección, después se lo tradujo—. «La mujer ama a aquel que ama; a aquel que no ama no lo ama». Está extraído de *Satiricón*, una obra de Petronio publicada en la época romana. Se considera una de las primeras novelas, combina el verso y la prosa.

Su prometida observó la escultura, los amantes se miraban y en sus bocas había una sonrisa.

—Ella nunca podría haber amado a Acis si no hubiera tenido un corazón bondadoso —mencionó la lady.

No quiso continuar, notaba el peso de la tristeza aflorar en sus ojos. Ella jamás podría amar a un hombre que no fuera como Acis. Y después de lo que había pasado con Mollie, eso nunca sucedería.

Empezó a nublarse, hacía mucho frío y soplaba un aire cortante, por lo que decidieron regresar. Cuando llegaron a Rowland House tomaron un té en compañía de Philip y Mildred en el salón de visitas, una estancia decorada en tonalidades azules, turquesas, blancas y doradas. Ruth y Patrick estaban sentados en uno de los sofás neoclásicos, había otro perpendicular a este donde permanecían la tía y el conde.

—¡Padre, es precioso Olympo Park, nunca he visto nada tan... tan espectacular! —comentaba ella radiante de felicidad—. Qué ganas tengo de que venga la primavera para contemplar todo su esplendor.

Dio un sorbo a la infusión.

—Tu prometido ha sido muy amable de llevarte —comentó su tía.

La lady dio un vistazo rápido a Patrick. Lo cierto era que había sido todo un detalle, al menos empezaba a gustarle algo de él.

—Sí, ha sido muy considerado —mencionó con una sonrisa de oreja a oreja.

Aun así, su gesto se borró de inmediato, pues a pesar del agradable rato que había pasado con el marqués y de lo mucho que le gustaba el parque, ella no podía olvidarse de lo que había visto en las calles más pobres de Londres, de la impresión que había causado en su interior; imágenes que la atormentaban. Era como si hubiera recibido un mazazo de realidad. Ya nada sería igual para ella.

Nunca había sido consciente de que había personas muy desafortunadas. Lo peor de todo era que los de su clase vivían ajenos a la pobreza que sufría mucha gente, como si ese mundo de dolor no existiera. Pero ella no podía actuar como los demás, como si esa verdad no formara parte del día a día de Londres.

Imaginó a Mollie y al bebé que llevaba en sus entrañas, entre escombros y suciedad, y en el futuro desesperanzador que les tocaría vivir. Solo de pensar que Patrick la había condenado a permanecer en esos lugares entraba en cólera.

Entonces, apareció el mayordomo de la familia, hizo una reverencia a los presentes; cuando recuperó la postura, se centró en Ruth.

—Milady, ha llegado su modista.

—¡Oh, querida, qué alegría! —prorrumpió Mildred—. Ha venido a enseñarte las telas para tu vestido de novia. Anda, vamos —dijo levantándose, la sobrina hizo lo mismo.

Los nobles se alzaron en un gesto de cortesía hacia ellas.

—Gracias, Patrick, por el paseo —mencionó Ruth antes de salir de la estancia.

—Aún queda mucho por ver, podemos ir otro día.

Sin embargo, ella seguía pensando en esa muchacha embarazada, en la existencia mísera a la que el marqués la había condenado; y su corazón se encogió de pena. Cayó en la cuenta de que no sabía cómo soportaría estar casada con él. Nunca pensó en negarse al enlace; desde que tenía uso de razón era consciente de su destino, uno que aceptó porque era lo correcto. En cambio ahora dudaba de ese futuro al que la empujaba un acuerdo entre su padre y el anterior marqués de Cherfield.

—Creo que de ahora en adelante estaré muy ocupada supervisando los preparativos del enlace. —Fue lo primero que se lo ocurrió para evitar pasar tiempo con un prometido que empezaba a detestar por mucho que su aspecto físico la atrajera y le provocara cosquillas en su bajo vientre.

—Si nos disculpa, milord —habló Mildred.

Patrick estudió el rostro de su prometida. Su mirada había perdido el brillo de felicidad de momentos antes y su lugar lo había ocupado la tristeza. Esa tarde, en el parque, había sentido que Ruth y él podrían llevarse bien. En cambio, en ese instante la percibió lejana, como si su alma estuviera en otro lugar.

El marqués hizo una reverencia y ellas se marcharon.

—¿Le apetece un whisky, milord? —habló el conde acercándose a un aparador que había pegado a la pared, donde había una bandeja de plata con una licorera de cristal tallado a medio llenar y un par de vasos—. Me ha llegado de Escocia, es magnífico, tiene que probarlo. Lo encargo todos los años, no podría vivir sin su sabor.

Philip vertió licor en dos vasos, le entregó uno al marqués, que estaba de pie frente a la chimenea, olfateó la bebida durante un breve momento.

—Su aroma es exquisito.

Philip dio un sorbo.

—Delicioso.

El futuro yerno bebió un poco, lo retuvo en el paladar un par de segundos para captar todo su potencial.

—Tiene razón, milord, sin duda es un excelente whisky.

Philip se sirvió otro sorbo.

—Siempre me digo que solo será un trago —habló el conde en un tono jovial—. ¡Pero acabo sucumbiendo a un segundo!

Cherfield soltó una risa.

—Tendré que encargar una caja para cuando venga a visitarnos a Neapolis Palace.

—Cambiando de tema, milord, mañana iré al Banco de Inglaterra para que ingresen en su cuenta la dote de mi hija.

—Milord, es mi deseo que ponga la dote de Ruth en una cuenta a su nombre, como hija suya le pertenece a ella.

Los ojos azules de Rowland mostraron sorpresa. Para un noble, la dote de una joven casadera formaba parte del acuerdo, sin esta no había boda, así de simple y de cruel al mismo tiempo. Era la manera de incrementar el patrimonio y elevar el estatus, ya fuera por medio de dinero o de tierras. Todos sabían que el marqués poseía muchas propiedades y mucho dinero, de hecho era

una de las grandes fortunas de Londres. A pesar de que la aristocracia sabía del acuerdo matrimonial al que habían llegado el anterior marqués y él, había recibido numerosas ofertas de matrimonio de otras familias que querían ascender en la sociedad, por si algo se interponía entre su hija y Patrick. Sin embargo, este se había mantenido fiel a la palabra dada de su padre, incluso a sabiendas de que Ruth aún no estaba preparada para cumplir con su papel de marquesa.

—¿Está seguro, milord? —Quiso corroborar el conde.

—Muy seguro.

Philip empezaba a pensar que la fama de hombre inflexible y frío que había acompañado siempre a su futuro yerno quedaba muy lejos de la realidad. Una sensación de alivio cubrió su corazón al saber que dejaba en muy buenas manos a su niña, porque para él siempre sería su adorada niña. Solo esperaba que Ruth se diera cuenta y no lo estropeara.

Capítulo 7

Philip Slater miraba a su hija descender por la escalinata y las lágrimas inundaron sus ojos azules. Ruth, al final, había decidido utilizar el vestido de novia de su difunta madre, una obra realizada en seda vainilla con bordados en hilo de oro. Era su manera de que su progenitora, a la que había amado con devoción y cuidado con amor, estuviera presente en un día importante.

—Estás preciosa, hija, como tu madre el día de nuestra boda —susurró el conde emocionado.

—Oh, padre, no llores —pidió la hija, lo abrazó—. Te vendré a visitar muy a menudo.

—Tu madre y yo nos amábamos a pesar de la diferencia de edad, pero una enfermedad nos impidió ser felices. Espero que tú halles en tu matrimonio ese amor que os hará dichosos al marqués y a ti.

Ruth esbozó una tímida sonrisa. No había visto a Patrick desde su salida a Olympo Park, y de eso hacía casi tres semanas. Lo cierto era que había dado mil excusas para no recibirlo cuando había ido a visitarla. Había asumido que nunca podría amar a un hombre como él, que ni tan solo se había preocupado por una muchacha en apuros, a la que había condenado a vivir en la calle. Todavía no había dado con Mollie, pero no dejaría de intentarlo. Por ello había contratado a un detective para que la ayudara. Además, había meditado en crear una residencia para jóvenes como Mollie, a fin de sacarlas de las pobres calles y darles una oportunidad. Tenía el dinero de su dote, su padre le había contado que estaba a su nombre por petición de su prometido. Cabe decir que ese gesto la desconcertó, pues mostraba que Patrick no era insensible del todo. Incluso pensó que quizá ambos tendrían una oportunidad de ser felices si se esforzaba en conocerlo de verdad. Aun así, intentó no ilusionarse, ya que el marqués era un hombre inflexible y autoritario, y los individuos como él no cambiaban.

Ruth soltó un suspiro. Dentro de una hora estaría casada con Patrick, y ya no valdría ninguna excusa. Solo de pensarlo, sus rodillas temblaban, pero estaba resuelta a no hundirse en la desesperación e intentaría tener una relación cortés.

—No podría haber tenido un padre y una madre mejor que vosotros. —Su voz se rompía debido a las emociones que sentía a flor de piel y que provocaban que las lágrimas ascendieran hasta sus ojos.

El conde acarició el mentón de su hija.

—Fuiste el mejor regalo para tu madre y para mí. No lo olvides nunca.

Salieron al exterior, un lacayo mantenía la puerta del carruaje abierta. Era principios de marzo y el día había amanecido soleado. Los primeros pájaros empezaban a regresar de tierras más cálidas y cantaban bellas sonatas.

Llegaron a la iglesia y entraron entre murmullos de admiración. La novia lucía radiante, y Patrick contuvo el aliento en cuanto la vio. El sacerdote ofició la misa, los novios se dieron el «sí, quiero». Y el marqués besó a la marquesa, sus labios se unieron lo justo para sellar el matrimonio.

La fiesta se celebró en Rowland House, hubo mesas con excelente comida dulce y salada, y bebidas de todo tipo. También hubo baile; durante las semanas anteriores al enlace, Philip, Mildred y Krista le enseñaron a Ruth los pasos necesarios, a fin de que pudiera bailar con su

esposo el suficiente tiempo para que no levantara sospechas de que no tenía ni idea de cómo hacerlo. Por su parte, Patrick alegó padecer un golpe en la espalda producto de la caída de un caballo, para no delatarla y así tener la excusa perfecta para sentarse a descansar. Ella lo miró pasmada, pero no dijo nada y se lo agradeció.

Era de noche cuando los recién casados subieron al carruaje y se dirigieron a Neapolis House. El servicio los esperaba en el enorme *hall*, y el marqués se los presentó uno a uno. Después, la acompañó a su alcoba, una estancia muy amplia, con un lecho grande en madera oscura con dosel. Había un sofá rococó con dos butacas a juego frente a la chimenea encendida. Sobre la repisa se encontraba un candelabro con velas, y unos cuantos más esparcidos por la estancia, que aportaban luminosidad al aposento y evitaban que hubiera rincones oscuros. Un *chaise longue* se ubicaba frente a uno de los dos ventanales; entre estos, un tocador. Los tapizados y cortinas seguían el mismo estilo que el resto del palacio. Ruth tomó la decisión de redecorar su nuevo hogar. Se moriría de pena si tuviera que dormir toda la vida en un lugar que tenía el aspecto de ser un mausoleo.

Krista ayudó a Ruth a desvestirse y a ataviarse con un camisón celeste, ligero como una nube y muy transparente. A ella se le sonrojaron las mejillas cuando vio sus atributos femeninos reflejarse en el espejo.

—Quiero cambiarme, este camisón es indecente, Krista. No puedo llevar esto —se quejó la dama.

—Milady, es su noche de bodas, no puede cambiarse.

La nueva marquesa era demasiado consciente de lo que sucedería en las próximas horas. A falta de madre, su tía, antes de su viaje a Londres para casarse, le había explicado lo que sucedía entre marido y mujer. Pero ella tenía miedo.

—¿Crees que el marqués será como el vizconde de Saunders y cogerá a la fuerza lo que desea?

La doncella colocó en un colgador el hermoso vestido de novia, después lo dejó en el vestidor, que era enorme y estaba vacío. Al día siguiente llegarían los baúles con las cosas de la nueva marquesa. Krista se acercó a la aristócrata, estaba cerca de la chimenea, y fue consciente de la cara de pavor de la noble.

—Ya le dije que no todos los nobles son viles —dijo para tranquilizarla.

—Mi... mi esposo no es uno de ellos. —Cerró los párpados y suspiró resignada—. Mollie fue víctima de un malvado lord, y Patrick la echó a la calle cuando más necesitaba ayuda.

—Milady, saca conclusiones precipitadas. Cuando la encontremos saldrá de dudas.

—Quizá no la localicemos nunca —balbuceó con lágrimas en los ojos, sufría por el destino de esa inocente.

Krista también pensaba lo mismo; de hecho, no tenía esperanza alguna. Habían pasado muchos días desde que le perdieran la pista, y según sus cálculos quedaban dos meses para que naciera su bebé.

—Su esposo vendrá en un momento, será mejor que me vaya —repuso la sirvienta, hizo una reverencia—. Volveré mañana por la mañana, milady.

—Gracias, Krista.

La doncella se marchó y la marquesa se dirigió al interior del vestidor. Se miró en el espejo ovalado de cuerpo entero. Fue demasiado consciente del camisón transparente, era como no llevar nada. Sus pezones se veían con demasiada nitidez y el triángulo rubio oscuro de su ingle parecía una invitación. Dios santo, estaba por abrir la ventana y tirarse al vacío para terminar con su agonía de una vez por todas. Tomó la determinación de cambiarse, pero sus camisones seguían dentro del baúl a la espera de que llegaran mañana.

Salió del vestidor y cogió la sábana blanca del lecho, que se la colocó por encima de los hombros a modo de capa, a fin de esconder su desnudez. Dio un respingo al escuchar unos tenues golpecitos en la puerta. Esta se abrió dando paso a Patrick, ataviado con una bata de seda color topo oscuro.

Cherfield se quedó quieto en el lugar, parpadeó varias veces al descubrir a su esposa cubierta con una sábana. Estaba de pie cerca del lecho, su leonada melena caía por la espalda y hombros. Mantenía la barbilla alzada, los labios apretados y lo fulminaba con la mirada. De pronto tuvo la impresión de que estaba frente a una diosa griega preparada para luchar.

El marqués se acercó a su marquesa, ella se quedó quieta en el lugar. El noble alargó la mano y le acarició una mejilla, a la dama se le aceleró el corazón y dio un paso atrás.

—Es evidente que no quieres que te toque —indicó decepcionado, bajando el brazo para dejarlo laxo a su costado—. ¿Tan repulsivo me encuentras? ¿Es por eso que has estado evitándome cuando te visitaba en Rowland House?

Ruth podía haberse imaginado que sus excusas para no recibirlo no engañarían a un hombre como Patrick.

—¿Me obligarás a consumar el matrimonio? —demandó aferrándose a la sábana.

Patrick hizo rechinar los dientes y se acercó más a ella, solo un palmo de aire los separaba. Nunca hubiera imaginado que la marquesa se negara a ejercer sus cometidos conyugales.

—¿Te rehúsas a cumplir con tu deber de esposa? —soltó en un tono duro.

Los ojos grises de él eran dos rocas que amenazaban con caer sobre ella. A la dama empezaron a temblarle las rodillas, e, incapaz de sostenerle la mirada, giró el rostro.

Patrick, en un gesto rápido al que ella no le dio tiempo de reaccionar, le arrancó la sábana. Ruth gimió de sorpresa; sin embargo, al ver cómo los ojos de su esposo la devoraban con la mirada, temió lo peor y reculó dos pasos. Pero no sucedió nada, y se sometió con vergüenza a su inspección.

Él no podía dejar de admirar la figura femenina que se transparentaba a través del camisón y que lo hechizaba. La sensualidad que desprendía su esposa haría caer al más curtido de los guerreros para tenerlo comiendo de su mano. Sus ojos no podían dejar de recorrer las curvas, sus pechos, su pubis... Solo podía pensar en unir su boca a la de ella, rozar con su lengua la eternidad que su esposa escondía entre sus muslos, hacerla arder con sus manos, devorar sus pechos con dulzura...

—Por favor, no me hagas daño —musitó la marquesa.

Patrick salió de su embelesamiento, clavó su mirada en la de su esposa y se percató de que las lágrimas manchaban sus bellos ojos. La rabia circuló por sus venas al comprender que Ruth pensaba que era capaz de maltratarla para consumar el matrimonio. Y se sintió insultado.

—Jamás he tenido que forzar a una mujer. Y no empezaré esta noche —soltó masticando cada palabra.

Se acercó a su esposa, pero ella estaba muerta de miedo, y reculó de nuevo. Como no estaba familiarizada con la alcoba, no había advertido que detrás había la mesita auxiliar, ubicada cerca del sofá rococó y de la butaca, por lo que tropezó y perdió el equilibrio. Patrick reaccionó con rapidez, y con agilidad logró agarrar a su esposa por la cintura, evitando que cayera al suelo.

Él y ella se miraron. Los cuerpos estaban pegados, y el aroma de lluvia que el marqués desprendía llegó a las fosas nasales de la mujer. Sus pupilas se dilataron, un hormigueo la recorrió de arriba abajo. Sintió la calidez de su esposo apoderarse de todos sus sentidos. Abrió los ojos como lunas cuando percibió las manos masculinas acariciar su espalda y contuvo la respiración cuando las dejó quietas en sus glúteos.

Patrick era consciente de la necesidad de su cuerpo. Su miembro empezaba a erguirse, preparándose para asaltar a su esposa. Quiso controlarse, pero sentir los deliciosos pechos pegados a su torso y sus manos acunando su trasero, mientras el femenino aroma a rosas embriagaba sus sentidos, no lo ayudaba a controlarse. Miró los labios de Ruth, estaban medio abiertos y gemían de anhelo.

Y entonces se inclinó y la tomó en sus labios. La boca de ella era suave y dulce como duraznos, era almíbar con canela, era sabor a paraíso. Fue un beso hirviente que condujo a los amantes por el tortuoso camino de la pasión. Ella titubeó al principio, como una paloma temerosa de que un halcón la apresara, pero terminó deslizando su mano por el torso musculoso de su esposo y rodeó con sus brazos el cuello. Entrelazaron los alientos y, perdida la cordura, se besaron con frenesí, como si la vida necesitara beber de esas bocas para seguir en el mundo de los vivos.

Pero tuvieron que respirar y se separaron. Jadeantes, se miraron, el deseo bailoteaba travieso en las pupilas abiertas de los amantes. Sin embargo, toda ella empezó a temblar en cuanto se dio cuenta de que quería más.

—Jamás podría lastimarte, querida —mencionó con voz ronca Cherfield al percatarse de que su esposa tiritaba.

Esta vez fue él el que reculó dos pasos, necesitaba esa poca distancia para recomponerse. Estaba a punto de abordar a su esposa como si hiciera siglos que no estuviera con una mujer, y eso lo desconcertó, ya que controlaba muy bien sus emociones y las necesidades varoniles de su cuerpo.

Por su parte, la dama cruzó los brazos, se sentía desnuda con ese liviano camisón. Patrick agarró la sábana del suelo y se la colocó por encima de los hombros. Ruth tomó la tela y se aferró a ella, como si se tratara de un muro entre ambos.

—Entiendo que necesitas tiempo —mencionó él, la huella de la pasión del beso seguía muy marcada en su interior y sacó fuerzas para no descontrolarse—. Esperaré unos días. —Era lo máximo que le podía dar, pues ahora que había probado su boca, se dio cuenta de que precisaba más de ella—. El aire del campo nos vendrá bien a ambos.

Echó a andar; como Ruth todavía intentaba asimilar las sensaciones placenteras que le había provocado el beso, tardó unos segundos en comprender el significado de sus palabras.

—¿Campo? ¿Has dicho el aire de campo? ¿Qué campo? —interpeló Ruth, sacó sus conclusiones y arrugó el entrecejo—. ¿Nos vamos a vivir al campo?

Patrick estaba alcanzando la puerta, se detuvo y se dio la vuelta.

—Pasado mañana iremos a Whitmore, a Lamberside Castle, en el carruaje nuevo que he comprado hace poco.

—¿Siempre va a ser así? —desafió ella alzando la barbilla.

—¿Así? No te entiendo, querida.

—Que tomarás decisiones que me afectan sin mantenerme informada.

Él la miró con los ojos entornados en ademán de reprimenda.

—Te hubiera informado si te hubieras dignado a recibirme cuando te visitaba en Rowland House —criticó con sequedad.

Ruth apretó los labios, no podía refutarlo, pues había evitado su compañía adrede.

—¿Hay algo más que necesite saber de este viaje? —demandó la lady.

—Vamos a pasar un mes y regresarás a Londres siendo toda una marquesa. He contratado a un ejército de profesores y tutores para que te den clases de baile, de escritura, de lectura, de aritmética, de caligrafía, entre otras cosas. Aprenderás en cuatro semanas lo que no has hecho en

todos estos años.

Ruth alzó la barbilla al sentirse insultada.

—Mi madre era más importante que todo eso. Y no voy a disculparme por ello.

—No te estoy pidiendo que te disculpes. De hecho, pienso que ha sido una actitud muy honorable y un gesto de amor infinito.

La nueva marquesa no quería marcharse al campo, no podía hacerlo sin saber qué había sucedido con Mollie. Para ella se había convertido en un asunto de vida o muerte. Y mucho más desde que había visto la miseria que cubría una parte de ciudad.

—Las clases también las puedo tomar aquí —reprochó la esposa.

—En Londres hay demasiados entretenimientos, te llevaría meses.

Ella negó con la cabeza.

—No quiero ir a Whitmore.

Patrick alzó una ceja y torció la boca en una mueca que mostraba irritación.

—Me trae sin cuidado lo que quieras o no quieras. Harás lo que yo te ordene, y tú obedecerás. ¿Te ha quedado claro?

—No.

Patrick respiró con profundidad. Sabía que Ruth estaba acostumbrada a hacer lo que le daba la gana, pero esa etapa había terminado.

—Obedecerás, querida. Las consecuencias de no hacerlo no te agradarán.

Dicho esto, se dio la vuelta y se marchó. Ella se quedó mirando la puerta cerrada y pensó que intentaría hacerlo cambiar de opinión al día siguiente. Mollie y su bebé la necesitaban.

Capítulo 8

Ruth se despertó con la ilusión de ver Artemis Forest y Acis and Galatea Lake desde la ventana de su alcoba. Esperó a que una sirvienta reavivara la chimenea y descorriera las cortinas, pero la niebla lamía el paisaje como si se tratara de una enorme lengua blanca e impedía que se distinguiera más allá de su nariz. Entonces suspiró resignada.

—Por favor, avise a mi doncella —pidió la marquesa.

—Sí, milady —habló la joven haciendo una reverencia antes de marcharse.

No tardó en aparecer la doncella; sin embargo, la dama se quedó de piedra. No era Krista, sino una muchacha de pelo castaño recogido en un moño que se inclinó como dictaban las normas.

—Y Krista, mi doncella, ¿se encuentra bien? —indagó la noble.

—Sí, milady, está recogiendo sus cosas para marcharse —contestó después de recuperar la posición.

Ruth se sorprendió; la última vez que la había visto, que había sido la noche anterior, no le había comentado nada. Meditó que Krista no se iría sin decírselo.

—¿Marcharse? Pero ¿por qué?

—El marqués la ha despedido.

La furia creció de golpe en el interior de la dama, fue subiendo por su cuerpo hasta que su rostro ardió de rabia.

—¿Dónde está mi esposo?

—En su alcoba, milady.

Echó a andar hacia la puerta, sin prestar atención a que solo iba ataviada con el camisón celeste, pero se dio cuenta a tiempo y meditó que no podía salir al pasillo medio desnuda, por lo que cogió la sábana y se cubrió.

—¿Me acompaña a su alcoba, por favor? —pidió la aristócrata, no tenía ni idea de dónde estaban los aposentos de su esposo, todavía no le había dado tiempo a familiarizarse con su nuevo hogar.

La sirvienta asintió y la acompañó hasta la puerta frente a su alcoba, a tan solo unos metros, solo el ancho pasillo alfombrado con apliques en las paredes los separaba.

—Gracias, puede retirarse —pidió mientras agarraba la manilla dorada de la puerta; si bien había intentado utilizar un tono neutro, no pudo evitar que la orden sonara seca y se maldijo, la sirvienta se retiró después de hacer la protocolaria reverencia.

Lo cierto era que Ruth guardaba toda su furia para su esposo. Ni tan solo golpeó la batiente para anunciar su llegada, entró como un torbellino que arrastraba una cruda tormenta.

Patrick estaba con Barney, quien lo vestía por última vez, a su lado se hallaba el nuevo ayuda de cámara aprendiendo del hombre que lo había instruido con paciencia; todos se centraron en la dama.

—Quiero hablar contigo —soltó ella con dureza.

A Barney no le hizo falta que le dijeran que se fuera, tanto él como el nuevo ayuda de cámara hicieron una reverencia y marcharon, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Por qué has despedido a mi doncella? —recriminó Ruth en un tono duro.

—No confío en ella después de que os encontré en el edificio abandonado. Había tomado la decisión antes de casarnos; ayer por la noche, al salir de tu alcoba, me la encontré y le dije que ya no la necesitarías más.

—¡Podrías haberme consultado!

—Lo intenté, pero como te negabas a verme cuando iba a visitarte, no pude informarte de esto ni del viaje.

Ella se acercó a él. Su esposo era mucho más alto, pero eso no la intimidó.

—No tienes ningún derecho a despedirla, es mi doncella —increpó con sus ojos escupiendo cólera—. Eres malvado, la has echado como hiciste con Mollie.

—Recuerda que soy tu esposo, y soy yo quien toma las decisiones —mencionó manteniendo un tono tranquilo, una de sus reglas era no dar explicaciones a nadie por sus decisiones, pero consideró que por una vez podía romperla—. En realidad no la he echado, solo cambia de familia, tiene otro puesto de doncella.

Saber eso no alivió la irritación de la dama.

—Sigue siendo mi doncella, no voy a permitir que me la quites, como tampoco voy a permitir que me arrastres a Lamberside Castle.

Se dio la vuelta y se acercó a la puerta, pero no la alcanzó, ya que su esposo se abalanzó sobre ella, la agarró de los hombros y le dio la vuelta con tanta brusquedad que la sábana cayó al suelo. Patrick se obligó a mirarla a los ojos, pues si se atrevía a contemplar su cuerpo a través del liviano camisón, no podría controlar su instinto masculino. Había pasado en vela toda la noche pensando en los jugosos que eran los labios de su esposa, en su cuerpo lujurioso y en las enormes ganas que tenía de hacerle el amor, así que se centró en la discusión.

—Querida, te advertí del peligro de desobedecerme.

Ella alzó la barbilla, estaba demasiado enfadada como para controlar las consecuencias de sus acciones.

—Krista es mi doncella, yo le pagaré su sueldo y no vas a poder hacer nada por evitarlo. Ella se queda —sentenció.

—Puedo pedirle al director del Banco de Inglaterra que bloquee tu dote —mencionó en un tono burlesco.

—No puedes hacer tal cosa, es mi dinero, y él lo sabe —dijo con una mano apoyada en la cadera en un gesto de confianza.

Patrick acercó su nariz a la de ella, mostrando su superioridad. Cualquier otro hubiera reculado; sin embargo, la dama se quedó quieta en el lugar.

—¿Apostamos a quién va a hacer caso, si a ti o a mí? —se mofó el marqués.

Ruth balbuceó, bien sabía que el director acataría las órdenes de su esposo. Ella no tenía poder en un mundo gobernado por hombres, lo cierto era que tenía todas las de perder. Respiró con agitación, sus pechos subían y bajaban, Patrick era demasiado consciente de esas voluminosas redondeces que veía de soslayo y reprimió su erección sin mucho éxito.

—Necesito a Krista —expuso algo más sosegada, por fin la calma empezaba a romper la furia de su interior, pensó que a un feroz oso se lo embaucaba con miel—. Ella me da buenos consejos; de hecho, hubiera evitado esta escena apaciguando mi mal humor —mencionó con un mohín de pena, alargando al mismo tiempo una mano y toqueteando el pañuelo del cuello de su esposo en actitud mimosa.

Patrick arqueó una ceja ante el cambio de su esposa, intentaba manejarlo para que cambiara de opinión. Meditó que podía utilizar sus ganas por tener a Krista como doncella para controlarla.

—Puedo cambiar de opinión si tú me das algo a cambio —dijo él.

Ruth parpadeó.

—¿Qué quieres a cambio?

—Tú vienes a Whitmore, me prometes que te dedicarás a convertirte en una gran marquesa y tu doncella puede seguir contigo. Todo depende de lo que te importe Krista.

La lady entrecerró los ojos. Después de todo lo que habían pasado ellas dos, la consideraba una amiga en quien confiar, así que lo tuvo claro.

—Está bien, acepto.

—Perfecto, entonces dile a Krista que prepare tu equipaje para mañana. Y una última cosa, la vigilaré y no permitiré que te ayude en tus aventuras locas; como lo haga, no habrá más oportunidades. —Su esposa no le contestó, se dio la vuelta y empezó a caminar, pero las palabras de Patrick la detuvieron—. Prometí darte unos días antes de consumar el matrimonio, pero si vuelves a presentarte casi desnuda delante de mí, dudo que pueda cumplir con mi promesa.

Ruth recordó los labios de su esposo sobre los suyos, del goce que sintió en sus entrañas. Un hormigueo cruzó su vientre y se llevó una mano al lugar. Ahogó un gemido cuando pensó si sería igual de placentero todo lo que él le haría si ella lo dejara en ese mismo momento. Sintió los ojos gris claro de su esposo recorrer su espalda, sus glúteos, sus muslos... y tragó saliva, pero el miedo a que le hiciera daño le hizo tomar la determinación de irse. Alzó la barbilla, y aunque su instinto le pedía que saliera corriendo, se controló y anduvo con dignidad hasta la puerta. Una vez fuera, se metió veloz a su alcoba, pegó la espada a la batiente y bufó de alivio.

Después pidió al mayordomo que fuera a buscar a su doncella. En cuanto entró, Ruth se percató de lo rojos que estaban los ojos verdes de ella. Sin duda se había pasado la noche llorando, por lo que se acercó a ella deprisa.

—Oh, Krista, no hace falta que derrames ni una lágrima más. —Sonrió—. Lo he arreglado. Mi esposo se ha rectificado.

—Oh, milady, es demasiado buena. Me siento a gusto sirviéndola, nunca he conocido a una noble como usted.

—Pamplinas —soltó agarrándola de las manos—. Te necesito, lo he hecho por egoísmo —mencionó en un tono alegre.

El comentario le arrancó una sonrisa a la sirvienta, bien sabía que la marquesa tenía un corazón enorme repleto de buenos sentimientos.

—Mañana partimos hacia Lamberside Castle, en Whitmore, y estoy muy preocupada por Mollie. El detective que he contratado no ha dado con ella todavía.

—Podemos decirle que envíe una carta a Lamberside Castle si acaba encontrándola.

—Pero que te la envíe a tu nombre, no quiero que el marqués sospeche nada.

—Milady, no es buena idea hacer estas cosas a escondidas, él puede acabar enterándose, es un hombre muy perspicaz.

—No me lo permitiría, Krista. Es demasiado recto y quiere a la marquesa perfecta. Se va a llevar una sorpresa cuando se dé cuenta de que nunca podré ser prefecta, no puedo evitar ser como soy.

La doncella sonrió.

—Dicen que los polos opuestos se atraen.

La lady soltó una carcajada.

—Más bien creo que nuestro matrimonio será un tira y afloja constante.

No sabía el motivo, pero otra vez recordó el beso que le dio su esposo la noche anterior. Nunca llegó a pensar que le gustaría tanto, mas lo peor de todo era que deseaba que ocurriera otra vez.

***

El viaje a Whitmore duró más de tres días debido a las lluvias torrenciales de inicios de primavera, que se encontraron sobre todo al principio del recorrido. Los caminos llenos de barro estuvieron a punto de disuadir a Cherfield de dar la vuelta y regresar a Londres. Pero el carruaje nuevo, un modelo muy eficiente que había mandado construir Patrick para hacer viajes largos, había sido todo un acierto. Junto a los magníficos caballos que aguardaban en las postas para el cambio, pudieron seguir sin problema.

Por las noches, se detenían a dormir en alcobas diferentes en alguna posada decente que encontraron por el camino. Era casi al mediodía cuando llegaron a Lamberside Castle, una edificación de piedra que un aliado de Guillermo el Conquistador había construido sobre una pequeña colina. Sus jardines de más de quince hectáreas eran impresionantes, rodeaban el castillo y estaban divididos en diferentes parcelas de coloridas flores, todavía pequeñas, pues aún era pronto para la floración de muchas plantas.

Se accedía a través de un patio, en cuyo centro había un jardín ovalado con una fuente, y que permitía a los carruajes maniobrar con toda fluidez. Los lacayos —vestidos con librea color mostaza y dorada, calzas y pelucas blancas— los recibieron y se encargaron de abrirles las puertas del vehículo. El sol relucía en un cielo azul, un ligero aire fresco recordaba que todavía no se había asentado la calidez en el ambiente en toda su plenitud. La marquesa se ajustó el chal que llevaba sobre los hombros al salir de la tibieza que le había brindado el carruaje cerrado.

—Esto es precioso —aclamó la dama viendo la belleza del lugar, giraba la cabeza de izquierda a derecha, y sus ojos no daban abasto ante tanta preciosidad.

Su esposo le ofreció el brazo, ella posó su mano enguantada.

—Compré Lamberside Castle hace un par de años. Y no me arrepiento de haberlo hecho.

Con el castillo también había adquirido unas tierras que estaban cerca de un pequeño río y que eran muy productivas. Con las rentas que sacaba tenía más que suficiente para vivir rodeado de lujos. Sin embargo, al marqués le encantaba involucrarse en negocios que sabía que serían prósperos. Desde que heredara el título de marqués de Cherfield había hecho aumentar la fortuna por mucho, debido a esa visión innata que poseía para hacer crecer el dinero.

Entraron en el castillo, y si por fuera era magnífico, su interior no decepcionaba. La madera cubría suelos, paredes y techos abovedados, y le daba un aire medieval que a la marquesa le encantó. Incluso la escalinata que llevaba al piso superior era toda de madera.

Los marqueses estaban cansados por el largo viaje, por lo que se retiraron a dormir a sus alcobas decoradas con el mismo estilo medieval que entusiasmó a la dama. Descansaron un par de horas y luego se reunieron en el amplio salón para que Ruth conociera a sus diferentes tutores y profesores. En un principio se sintió intimidada, pero en cuanto se percató de que todos ellos eran personas agradables de trato fácil, se sintió segura y se prometió ser una alumna aplicada. Como apenas habían llegado del viaje, decidieron que las clases empezarían al día siguiente bien temprano.

Los maestros se despidieron haciendo una inclinación y se marcharon; el mayordomo y un lacayo les sirvieron un té. Ruth permanecía sentada en un sofá neoclásico frente a una enorme chimenea enmarcada en piedra rústica, Patrick lo hacía en una butaca que se hallaba perpendicular a su esposa.

—Son muy agradables —comentó ella complacida mientras observaba su taza humeante.

Lo cierto era que Patrick se había esmerado mucho en escoger a unos profesores cordiales. Él no tenía buenos recuerdos con los que su padre le había asignado, tutores dados a enseñar a base de golpizas. Las cicatrices de su espalda producidos por la vara, que siempre llevaban en la mano

de manera amenazante, lo atestiguaban. Se negó a pensar en esa época en la que no había sido feliz y se centró en el presente.

—Me alegro de que te agraden, los vas a ver cada día. Te convertirán en la esposa perfecta, y en una marquesa que todos admirarán.

Ella lo observaba con atención, arrugó el entrecejo.

—¿Cómo tiene que ser la esposa perfecta?

Patrick se acomodó en su sillón.

—Una que guarde silencio y obedezca sin rechistar.

La lady achicó la mirada.

—Pues para mí el esposo perfecto es uno que no se queje de su esposa y que no esté dando órdenes a cada momento.

—Yo no soy ese hombre —se burló él.

—Ni yo la esposa que deseas —dijo ella utilizando el mismo tono.

—Entonces no somos tan diferentes a los demás matrimonios, que solo se toleran en público y en privado se detestan.

Lo cierto era que Cherfield no quería una relación como las demás. Su interior ansiaba a una esposa que lo amara, en realidad ansiaba que Ruth lo amara. Era un deseo del que empezaba a ser consciente, y eso lo atemorizaba. Necesitaba el control a fin de sentirse seguro.

—El tiempo lo dirá —mencionó la esposa encogiéndose de hombros.

—Cierto.

La dama sostenía la taza de té y daba pequeños sorbos mientras contemplaba el escudo y la espada colgados sobre la repisa del hogar.

—Me encanta este lugar, Patrick, podría vivir eternamente aquí.

—Supongo que te recuerda a la finca que posee tu padre en la campiña.

Ruth miró a su esposo, le sonrió.

—Reconozco que siempre me ha gustado más el campo que la ciudad.

—¿No te arrepientes de haber venido?

—¡Claro que no! Si mi hubieras comentado lo hermoso que es este lugar, no hubiera objetado nada.

El noble dejó la taza en la mesita de su costado.

—Te prometo que pasaremos largas temporadas aquí.

—Me complace mucho saberlo, aunque no sé si tendré tiempo. —Su esposo arrugó el entrecejo evidenciando que no la entendía, ella se dispuso a aclarar sus dudas—. Patrick, quiero crear una fundación para mujeres solas embarazadas, y en cuanto regresemos a Londres buscaré un lugar para alojar a esas muchachas y darles una oportunidad.

Su esposo torció la boca, no mostró ninguna emoción y ella se sintió contrariada al no saber si la idea le gustaba o no. El marqués se alzó, miró las llamas del hogar, se dio la vuelta y clavó los ojos en los de su esposa.

—No puedes hacer tal cosa, Ruth. Sabes muy bien la reputación que tienen esa clase de mujeres.

Ella se levantó, dejó la taza en la repisa de la chimenea.

—Muchas de esas muchachas no tienen la culpa de estar embarazadas. Y lo sabes.

Patrick exhaló con vehemencia, bien sabía cómo era la naturaleza masculina y lo que hacían con las mujeres vulnerables, pero su esposa debía ser un modelo de rectitud.

—Comprometería el buen nombre de la familia si te permitiera mezclarte con esas mujeres.

Ruth era una dama temperamental que no medía las consecuencias de sus palabras o acciones,

y en ese momento no fue diferente.

—Me da igual, Patrick, lo que pienses tú y los demás. Voy a ayudar a esas mujeres con o sin tu permiso. No pienso cambiar de opinión. Además, no admito discusión en este asunto.

—No, querida, así tenga que encerrarte en tu alcoba, pero no harás lo que te dé la gana.

—No me amenaces, querido —profirió ella muy indignada.

—Y tú no me pongas a prueba.

Ruth alzó el mentón e irguió la espalda.

—Voy a descansar antes de la cena.

No quería seguir discutiendo con un muro de piedras que casi la doblaba en altura, por lo que empezó a caminar.

—Y mientras descansas piensa muy bien en lo que vas a hacer cuando regresemos a Londres.

Aunque su tono era controlado, quedó clara la amenaza que destilaban sus palabras. Pero ni eso detuvo los andares de su esposa, que siguió caminando hasta la salida. Él no dejó de contemplarla hasta que desapareció por la puerta.

Barney no se había equivocado cuando le dijo que casarse con Ruth sería como vivir una aventura cada día.

Capítulo 9

Las dos semanas siguientes fueron duras para Ruth. Se acostaba tarde y se levantaba cuando el sol derramaba su primer rayo de luz, y después de desayunar a toda prisa, se encerraba con sus tutores, que le daban clases de caligrafía, lectura, baile, geografía, aritmética, entre otras cosas que toda dama tenía que conocer. Por suerte era aplicada y enseguida se empezaron a ver los resultados. Menos en las lecciones de pianoforte, parecía que aporreaba las teclas y que las sometía a una terrible tortura; tanto era así que el sonido, nada gratificante por cierto, retumbaba en todo el castillo. Cuando eso sucedía, Patrick salía a pasear a caballo por los alrededores, a fin de no destrozar sus oídos con las estridentes notas. Ya desde el primer momento supo que su menudita esposa no sería buena frente al pianoforte. Era algo con lo que podría sobrevivir, siempre que no se le ocurriera tocar dicho instrumento frente a él, porque no saldría vivo de la experiencia.

Era un día de primavera, el aire tibio acariciaba la hierba de los campos y creaba olas verdes. Pequeñas y esponjosas nubes surcaban el cielo como si fueran barcas cruzando un mar de un azul muy brillante. Patrick pensó que era momento de que su esposa se tomara una tarde de descanso, por lo que la invitó a andar a caballo. Se vistió con un traje de montar azul oscuro, un sobrero y botinas negras. Por suerte, a montar había aprendido de pequeña y su esposo admiró con agrado lo buena amazona que era.

—Mi padre me enseñó —explicó Ruth cabalgando de costado, tal como hacían las buenas damas de la alta sociedad. Estaba al lado de su marido y trotaban a un paso muy lento—. Para mí era vital poder salir a pasear en caballo, era lo único que aliviaba el dolor de ver sufrir a mi madre.

Patrick observó el perfil de su esposa. Ella miraba al frente y las lágrimas empezaban a salir de sus ojos. Su corazón se encogió de pena y quiso agarrarla de la cintura, sentarla sobre su regazo y abrazarla para aliviar ese dolor.

Llegaron a un valle por el cual cruzaba un riachuelo y descendieron de las monturas. Dejaron que los caballos se acercaran a la orilla y bebieran, ella se sentó sobre la mullida hierba, su esposo lo hizo a su lado.

—Me han dicho que estás resultando ser muy buena bailarina —mencionó el marqués.

—He descubierto que me encanta bailar. —Hizo un mohín de tristeza—. ¡No se puede decir lo mismo del pianoforte!

Su esposo se rio.

—Lo sé, lo sé. Mis oídos dan fe de ello.

—Oh, ¡cuánto lo siento! —exclamó con humor—. Ni se te ocurra instarme a tocar una melodía cuando tengamos invitados, o te retarán a duelo por torturarlos.

Ambos se carcajearon, después el noble se levantó de un salto, alargó una mano.

—Marquesa de Cherfield, ¿me permite su primer baile?

Ella sonrió divertida mientras posaba su mano en la de él, su esposo la ayudó a levantarse. Empezaron a bailar al tiempo que él tatareaba una música y ella reía de felicidad. Y entonces se detuvieron, se miraron entretanto el sol caía por sus cuerpos. Ella entreabrió los labios, él los

miró.

—Voy a besarte... —murmuró el noble.

—Si no lo haces tendré que besarte yo.

Pegaron sus labios ansiosos, ambas lenguas se agitaban en una danza pasional. Él deslizó los dedos por su cuello y empezó a desabrocharle las prendas. Sus bocas se separaron y ella se fijó en el brillo febril de los ojos color plomo de su esposo, incluso su respiración era agitada.

—Patrick, ¿estás bien?

—Perfectamente... —murmuró con la voz ronca por efecto del deseo—. Te dije que te daría unos días para consumar el matrimonio. Creo que ya es el momento.

Volvió a unir sus labios con los de ella, y mientras las lenguas bailaban otra vez al son de la lujuria, él luchó contra los ropajes de su esposa y no se detuvo hasta tenerla desnuda. Se separó y sus ojos deambularon por su cuerpo. Era menudita y esbelta, con las proporciones justas en cada parte... Blancas colinas y montes, surcó sus sombras, se perdió en la oscuridad de entre sus muslos y se imaginó entrando y saliendo en ese paraíso en el que valía la pena extraviarse para siempre. Su sed por poseerla se hizo fuerte en su interior.

El recato de Ruth provocó que enrojeciera ante la inspección de su esposo.

—Por favor, deja de mirarme así... No... no estoy acostumbrada.

—Tendrás que acostumbrarte, porque pienso adorarte con mis ojos cada día.

—Oh, Dios, no sé si podré soportarlo, me da mucha vergüenza.

Su esposo soltó una sonora carcajada, después contempló su precioso cuerpo mientras él se desnudaba. Ella intentó apartar la mirada varias veces, pero no podía dejar de examinar la fibrosa musculatura de su esposo. Todo en él era viril, desde la cabeza a los pies. Sin embargo, en cuanto sus ojos azules se centraron en su masculinidad erecta, el miedo acudió a su semblante, tragó saliva y empezó a temblar.

Él pareció advertirlo y se acercó rápido, notó la dulzura de su aroma a rosas y empezó a acariciarla por los brazos con ternura, para aplacar sus temores. Después deslizó sus yemas por su espalda y se deleitó con su piel suave como la espuma. Percibió cómo ella se estremecía ante sus caricias, jadeó con intensidad cuando amasó con delicadeza sus pechos. Poco a poco, la tumbó en la hierba; la mujer exclamó sorprendida al notar su frescor, casi lo agradecía, pues toda ella quemaba, era como si se hubiera convertido en una bola de fuego.

Su esposo se colocó sobre Ruth, le abrió sus muslos y se encajó entre ellos. Patrick apoyó una mano en el suelo, la otra la utilizó para acariciar a su esposa por todas partes al tiempo que su lengua tibia se deslizaba por la barbilla, por el cuello, por la clavícula, y se detuvo en los pechos, que veneró con sus labios.

La dama se agitó en cuanto los labios de su esposo atrapaban un pezón al tiempo que la mano se ajustaba entre sus muslos. Jadeó desesperada en cuanto las yemas de dos dedos se deslizaron por su intimidad y conquistaron la zona más sensible. Ruth creyó morirse en ese instante en cuanto percibió un deseo acaparador cubrir la zona. Se arqueó sin darse cuenta, buscando las caricias atrevidas de su esposo. Necesitaba más y más de él, y agarró el cabello ondulado negro mientras, aturdida, gritaba su nombre.

Patrick no podía controlarse más. Había llevado a su esposa hasta el borde del precipicio del deseo, con el fin de hacerle la primera vez mucho más placentera. Encajó la punta de su miembro en el sexo femenino y fue deslizándose con lentitud. Se topó con la barrera de su virginidad y embistió rápido. A ella se le quebró la respiración al sentir unas palpitaciones dolorosas en su interior. Fue entonces cuando él se quedó muy quieto al tiempo que volvía a besarla con frenesí. La dama se aferró a sus hombros cuando su esposo empezó a moverse. Entró y salió, entró y

salió una y otra vez, el placer los envolvió a ambos. Las embestidas crecieron de intensidad, los jadeos de ambos eran tan desesperados que su eco se expandió por la zona.

Y entonces, ella volvió a agitar sus caderas, dispuesta a llegar a donde él la conducía. Él se derramó dentro de su esposa en el momento que ella gritó de placer. Una ola muy alta los llevó hasta el cielo.

—Oh, Patrick —musitó en un gran suspiro.

La dama cerró los ojos, estaba intentado asimilar lo que había sucedido. Su esposo besó sus párpados; a lo lejos escucharon el canto de unos pájaros, el sonido tranquilo de las aguas del riachuelo y el silbido de las ramas de los árboles moviéndose al son del viento. Entonces fueron conscientes de que estaban a la intemperie.

—Creo que será mejor que nos vistamos —sugirió la marquesa—, antes de que pase alguien y los escandalicemos.

—Sería mucha casualidad, por aquí no pasa ni un alma.

—Más vale no tentar a la suerte.

Ruth agitó sus pestañas, estaba sorprendida de lo mucho que le había gustado.

—¿Siempre es así? —curioseó al tiempo que sus mejillas enrojecían.

—Será mucho mejor en cuanto experimentemos con nuestros cuerpos. Utilizaremos nuestras bocas, nuestras manos, nuestras fantasías.

—¡Cállate! —exclamó dándole un manotazo en el hombro en ademán de reprimenda.

—Me has preguntado —se quejó su esposo, la besó con frenesí, pero se separó rápido.

Ruth lo abrazó con fuerza, acarició su espalda y notó unos relieves. Ella se puso de rodillas y miró el lugar. Su piel estaba surcada por cicatrices, no hacía falta ser muy lista para saber que se trataba de las señales de unas palizas.

—Patrick... ¿fueron tus padres?

El marqués endureció su mandíbula, sin decir nada se levantó y se puso la camisa para esconder las cicatrices. Miró a su esposa.

—No de manera directa, pero ellos fueron los responsables —soltó masticando cada palabra —. Mis tutores tenían su permiso para pegarme con la vara cuando me portaba mal o no aprendía las lecciones lo suficientemente rápido.

Dicho esto, se giró. Pero ella se acercó rápido y lo abrazó por detrás, empezó a llenar de besos su espalda. Cherfield cerró los ojos y sintió que las cicatrices, de alguna manera, desaparecían ante las atenciones de su esposa.

—Fueron muy crueles —musitó la dama.

—No pienses en mis padres ni en mis profesores, no vale la pena, todo aquello ya pasó. —Se dio la vuelta, mirar los ojos de Ruth era como estar cerca del cielo, la besó con ternura—. Regresemos a Lamberside Castle, o voy a hacerte de nuevo el amor, y prefiero la intimidad de la alcoba.

Ella miró hacia abajo y vio el miembro erecto de él. Ruth también lo necesitaba, por lo que se vistieron rápido. Poco después ambos estaban dentro de una bañera y él le enseñó diferentes maneras de dar y recibir placer con la mano. Después de la cena, en el lecho, Ruth descubrió que la lengua no solo se utilizaba para hablar. Y cuando terminaban de hacer el amor, ella acariciaba y besaba su espalda.

***

Las próximas dos semanas pasaron deprisa. Durante el día, casi sin descanso, ella seguía con sus

clases; mientras, él paseaba a caballo, leía en la biblioteca o comprobaba los libros de cuentas sobre las rentas de las tierras. Por las noches, la pareja se encerraba en la alcoba y hacía el amor toda la noche. Ella solía acariciar mucho la espalda de su esposo cuando lo tenía desnudo sobre sí, entrando y saliendo de su cuerpo, como si quisiera borrar las palizas que había padecido. Empezaba a entender por qué era un hombre tan estricto; le habían inculcado una rectitud tan abusiva de niño que formaba parte de su persona.

Sin duda fue un mes intenso en todos los sentidos que nunca olvidarían, estaban aprendiendo a conocerse y a vivir como un matrimonio. Se prometieron regresar a Lamberside Castle en cuanto terminara la temporada.

Volvieron a Londres, era abril y la primavera había florecido en la ciudad. Los jardines lucían un aspecto colorido y el ambiente resultaba más festivo. Patrick quiso que su esposa se instalara en su alcoba; sin embargo, fue él el que se acomodó en la de la marquesa, pues ella se negaba a abandonar sus aposentos. Desde la ventana tenía unas vistas magníficas de Acis and Galatea Lake y Artemis Forest. Le gustaba levantarse por las mañanas y admirar el lago y el bosque durante un buen rato. Imaginaba que en el interior de las aguas habitaban Acis y Galatea y que daban rienda suelta a su amor en un paraíso mágico. Y por las noches abandonaban el lago para sumergirse en el bosque junto a Artemisa para bailar con los animales y las estrellas del firmamento.

Hacía una semana que habían llegado a la ciudad, Patrick estaba desnudo y dormía bajo las sábanas. A lo lejos sintió unos golpes que provocaron que se despertara; al principio no les hizo mucho caso, pero enseguida les siguieron otros ruidos que no le resultaron familiares y empezó a abrir los párpados mientras alargaba una mano para buscar a su esposa. Sin embargo, se encontró el lugar vacío y frío, se puso de mal humor. ¿Dónde estaba Ruth? Siempre se despertaban juntos, se miraban a los ojos, y después de besarla por todas partes y hacerle el amor, se levantaban y desayunaban.

El marqués salió de la cama y se puso la bata. Abrió la puerta de la alcoba y se encontró con un ejército de operarios quitando alfombras, poniendo otras, colgando cuadros, cambiando el mobiliario, y un largo etcétera. Era evidente que Neapolis Palace se estaba reformando.

—¿Qué demonios está sucediendo?

El lord estaba demasiado enfadado, por lo que prescindió de su ayuda de cámara y entró en la alcoba. En el suelo, en un pilón desordenado, permanecían sus calzas y su camisa blanca, que se había quitado a toda prisa la noche anterior una vez que hubo desnudado a su esposa. Cogió las prendas entre ademanes furiosos y se vistió con movimientos buscos. Salió de la alcoba con el rostro de querer estrangular a alguien. Estaba seguro de que su esposa estaba detrás de ese escándalo que perforaba sus oídos; de hecho, no podía ser nadie más.

La buscó y la encontró tan pronto bajó la enorme escalinata, en el *hall*, colocando un jarrón con flores sobre la mesa redonda que había en el centro. Se percató de las alfombras en tonos azules, granate, dorados, ocres y marrones. La furia se adueñó de él, ¡Ruth lo estaba cambiando todo!

Su esposa, en cuanto lo vio, abrió mucho los ojos y lo miró, Patrick sabía que su aspecto era deplorable, impropio de un marqués como él, que daba tanta importancia a esos detalles. Estaba descalzo, su ropa permanecía arrugada, pero controló su necesidad de meterse los faldones dentro de las calzas. En cambio, ella lucía un aspecto radiante, con un vestido imperio en un tono pastel celeste con encajes. Además llevaba el pelo suelto y el único pensamiento que surgió en su cabeza, a pesar del caos de su alrededor, fue que le encantaba el aspecto indomable que le daba esa melena leonada y no echó de menos la rigurosidad del moño, de una dama de su alcurnia,

que llevaría por la mañana. Dios santo, su enfado perdió fuerza, quiso agarrarla en volandas y llevarla a la alcoba. Aun así, ocultó esa necesidad, a su espalda seguía el bullicio de los operarios y sus utensilios eran fiel testimonio de que estaban cambiando su hogar por petición de su esposa. La puerta de entrada permanecía abierta, salía y entraba gente, por su costado pasaron un grupo de carpinteros y tres muchachos que cargaban con una alfombra enrollada. Su furia renovó el brío del principio.

—¿Se puede saber qué es todo esto? —inquirió a voz de grito, abriendo los brazos para abarcar todo a su alrededor, ya no tenía el aspecto del día anterior, todo era nuevo.

—Querido, no hace falta que grites, te escucho a la perfección —comentó arreglando las flores del jarrón—. Respecto a tu pregunta, ¿no es evidente?

—¡Demasiado evidente, estás destrozando Neapolis Palace!

—Sigues gritando, querido. Y no es necesario.

Patrick balbuceó una injuria en voz baja, su esposa lo escuchó y lo censuró con la mirada.

—¡Quiero que vuelvas a dejarlo todo tal como estaba! —clamó con los ojos inyectados en sangre.

La dama lo miró como si hubiera perdido el sentido.

—Por lo que más quieras, deja de gritarme —exigió con las manos en la cintura y un semblante hosco—. No estás siendo razonable, Patrick. Yo también vivo aquí y me niego a hacerlo en un mausoleo.

El comentario indignó al marqués.

—No es cierto —se defendió con la respiración agitada debido a la ira.

—¿Qué tienes en contra de las cosas bonitas y algo más coloridas? Y ¿qué me dices de las flores? —comentó mirando el precioso ramo—. Me han dicho que tienes prohibido que pongan flores. ¿Qué te han hecho para que las odies?

—No las odio —farfulló entre dientes—. Solo que me gustan más los ambientes formales.

No pudieron continuar con la pelea, ya que Barney entró por la puerta abierta, bajo el brazo llevaba una enorme carpeta.

—Buenos días, milady y milord —saludó haciendo una inclinación, cuando recuperó la postura parpadeó al ver al marqués tan desarreglado y culpó a su nuevo ayuda de cámara—. Ese muchacho...

—Es largo de explicar, Barney, pero me he vestido solo.

—Hola, Barney —saludó la marquesa—. ¿Verdad que el *hall* está más bello con los cambios? Todo Neapolis Palace lucirá un aspecto grandioso, como debe ser.

Barney arqueó una ceja y apretó los labios, miró a su alrededor y lo cierto era que la decoración había mejorado. Y mucho.

—Está... está... —No sabía qué decir sin ofender a Patrick; de hecho, nunca le había gustado el ambiente serio que el marqués le había dado al lugar, ahora tenía más vida—. Diferente.

—Y más hermoso —comentó la dama muy ilusionada con el resultado.

El noble se percató de la carpeta que llevaba Barney bajo el brazo.

—¿Son los planos definitivos de la reforma del edificio?

—Sí, ya están listos —confirmó con sus ojos color canela brillantes de la emoción—. Necesitan tu aprobación.

—Vamos a mi estudio y les echamos un vistazo.

—Querido, primero deberías vestirte —sugirió la marquesa.

Patrick miró sus pies desnudos, su esposa tenía razón.

Los dos hombres se fueron, y mientras subían por la escalinata, el marqués le dijo al que ya

consideraba su amigo:

—Tenías razón, Barney, estar casado con Ruth significa vivir una aventura diaria. Desde luego que no estoy aburrido.

—Te acostumbrarás —dijo entre risas.

Patrick se paró en lo alto de la escalinata, desde donde tenía una visión del *hall*. Bufó, reconocía que estaba mucho mejor, parecía más iluminado, como si la luz, de pronto, hubiera entrado en su hogar para instalarse y quedarse. No entendía cómo no se había dado cuenta antes de que Neapolis Palace necesitaba vida para resplandecer en toda su magnitud. Contempló a su menudita esposa desde la altura, que seguía acicalando las flores del jarrón para que quedaran perfectas. Ella estaba rompiendo cada una de sus reglas, y lo peor de todo era que le gustaba. Cortó sus pensamientos de cuajo antes de que se maldijera por permitirlo, y reanudó el paso camino a su alcoba al lado de Barney.

Mientras, Ruth terminó su obra floral y decidió acercarse al salón principal para comprobar cómo iban las reformas. Sin embargo, no pudo dar ni un paso, ya que apareció Krista y la detuvo.

—Milady, ha venido el detective, quiere hablar con usted.

Ruth se llevó una mano al corazón.

—¿Crees que habrá encontrado a Mollie?

—¡Dios lo quiera! Está fuera, en el jardín, esperando en la glorieta, aquí dentro hay demasiado bullicio para poder hablar con tranquilidad. He ordenado que le lleven un té.

—Buena decisión, por suerte mi esposo ahora está atendiendo a Barney, si ve al detective, creo que le dará un ataque, y por hoy ya he tenido bastante de gritos. —Un suspiró de frustración afloró de su boca—. No se ha tomado muy bien los cambios que estoy haciendo en Neapolis Palace, aunque sé que terminarán gustándole.

La doncella percibió la tristeza de la noble, miró a su alrededor, sin duda el *hall* y todo lo demás habían mejorado su aspecto.

—No se preocupe, acabará convenciéndolo —mencionó en un intento por borrarle la pesadumbre de su semblante.

—Lo sé, lo sé. —Agachó la mirada—. No es por eso que me siento inquieta.

—¿Tiene algún problema, milady? ¿Puedo ayudarle en algo?

—Nadie puede ayudarme. Sabes, Krista —bufó—, creo que mi esposo me importa, incluso me atrevo a confesar que me he enamorado de él. Y después de lo que le hizo a Mollie tendría que aborrecerlo, lo he intentado, pero solo sale de mi corazón amor, toneladas de amor. Me siento tan boba...

Krista sonrió.

—Entonces tendría que sentirse feliz por ser una persona privilegiada. Sabe lo que es el amor.

—Sería un milagro que él sintiera lo mismo, pero dudo de que sea así. —Carraspeó al tiempo que enrojecía—. Solo se trata de atracción física por mí, y reconozco que es mucho más de lo que tienen muchas esposas de la nobleza. Intentaré no pensar en ello o me volveré loca.

Krista asintió, le hubiera gustado darle algún consejo, pero después de lo que le había sucedido tiempo atrás con el hombre que amaba y que la había traicionado, no era la más adecuada para hablar de sentimientos. De pronto tuvo ganas de echarse a llorar, como si el amor se tratara de un monstruo que salía de las profundidades de un lodo oscuro para arrancarle el corazón. Tenía que marcharse antes de ponerse en ridículo.

—Si me disculpa, iré a revisar su atuendo para el baile de esta noche.

La marquesa tomó el brazo de Krista.

—Ya lo harás más tarde. Acompáñame a ver el detective, Mollie es tu amiga y debes escuchar

las noticias que nos pueda traer.

Krista a duras penas se recompuso, lo único que tenía era ganas de hacerse un ovillo y llorar hasta quedarse sin lágrimas. Respiró profundo y siguió a la lady. Sin embargo, el detective no les dio buenas noticias. Al parecer, la muchacha no se encontraba en Londres, algo que él aseguró. Quizá se había marchado de la ciudad, y Ruth pidió que la siguiera buscando, claro está a cambio de una buena suma de dinero. Cuando se marchó, la lady y la doncella no pudieron ocultar su desolación.

—Mollie debe estar a punto de dar a luz —mencionó Ruth en un tono abatido.

A la sirvienta se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Quizá está muerta... —susurró al borde del llanto, su pasado otra vez cobró vida en sus pensamientos.

—Oh, Krista, ni pienses en eso.

Lo cierto era que la aristócrata empezaba a creer lo mismo; aun así, se negaba a perder la esperanza.

—No sabe lo duro que es pasar por una situación como la de Mollie —mencionó la doncella mientras las lágrimas circulaban por sus ojos, empezó a temblar—. Rezas para morir cuanto antes —añadió en un tono desgarrador.

Ruth la miraba compungida, tenía el corazón en un puño viendo el estado de nervios y desolación de su doncella. Casi sin darse cuenta, como si un rayo cruzara por su mente, llegó a una conclusión.

—Krista, ¿acaso viviste una situación parecida a la de Mollie?

La sirvienta se limpió las lágrimas con el dorso de una mano, asintió antes de hablar.

—Ya le dije que hay nobles que cogen a la fuerza lo que una mujer les niega. Y las sirvientas no tenemos derechos, aristócratas como el vizconde de Saunders hacen lo que les da la gana con nosotras.

Ruth no necesitó más explicaciones para entender lo que ella le decía.

—Krista... —En un gesto instintivo, la abrazó—. Lo siento.

—Milady, no se preocupe, es algo con lo que tendré que vivir siempre. Regresemos, necesita inspeccionar las reformas.

Pero la dama tenía una pregunta importante que hacerle, la tomó del brazo y la retuvo en el lugar.

—¿También te quedaste embarazada? —Krista abrió los ojos por el espanto, su rostro se quedó lívido, Ruth temió que se desmayara y se apiadó de ella—. No hace falta que me respondas, si algún día quieres háblame de ello, te escucharé y te ayudaré.

Mientras enfilaban hacia el interior, la marquesa pensó que si hubiera tenido al hombre que abusó de Krista delante, le habría arrancado los ojos. Aunque Patrick no la amara, se alegró de que no fuera de ese tipo de nobles, estaba segura de ello. Sí, de acuerdo, le gritaba, la censuraba y la hacía enfadar de mil maneras, pero nunca jamás haría con ella lo que unos bellacos nobles hicieron con Mollie y Krista.

Capítulo 10

Ruth estaba preciosa esa noche. Su esposo la esperaba en el primer escalón y no podía dejar de admirarla mientras bajaba por la escalinata a paso lento, como si fuera una diosa del Olimpo que descendía del cielo para hipnotizarlo de por vida. Su corazón golpeaba en sus costillas ante tal visión, y gimió desesperado. Sus rizos rubios permanecían recogidos en una cinta satinada blanca y sobresalían por una tiara de piedras preciosas que hacían juego con el espectacular collar y la pulsera. Los tirabuzones se asemejaban a cascadas de luz sobre su frente y a ambos lados de la cara, e iluminaban su hermoso rostro. Su vestido de seda era de un tono rosa empolvado, con mangas de muselina abombadas, los guantes blancos satinados eran largos. Como la noche se presentaba tibia, se había colocado un chal bordado en dorado, plateado y morado, que caía a lo largo de su sensual cuerpo.

—Estás preciosa... —murmuró en voz ronca debido al deseo y a la fascinación que su esposa le provocaba.

—Entonces ¿no sigues enfadado por los cambios que he hecho aquí? —dijo en un tono remolón, buscando el perdón de su esposo.

—Me has hechizado, querida; y no, no estoy enfadado. Nunca podría estarlo.

Ella sonrió con complacencia, miró a su esposo de arriba abajo. Vestía de etiqueta, con calzas oscuras hasta las rodillas, levita azul cobalto, y medias, camisa y plastrón blanco almidonado. Paseó su mano enguantada por entre los botones dorados de la chaqueta.

—Y tú, querido, vas a ser una tentación para las damas del baile.

—Solo me interesa tentar a una dama.

Patrick rodeó con su brazo la estrecha cintura de su esposa, la atrajo a su cuerpo mientras ella emitía un gemido. Se besaron con el frenesí de dos cuerpos que exigían ser saciados. Cuando se separaron, él acarició un brazo de ella, Ruth acunó una mejilla masculina con el otro.

—Patrick, yo... yo... —susurró con sus ojos azules brillando como estrellas.

El marqués frunció el entrecejo al percatarse de que su esposa se había quedado muda.

—¿Qué quieres decirme, Ruth? —mencionó agarrando la mano que acunaba su mejilla, besó la palma.

La marquesa tenía una bola que quemaba en sus entrañas. A pesar de las desavenencias, que ella disfrutaba debido a su carácter impulsivo, se había dado cuenta de que un sentimiento más profundo que el deseo físico había echado raíces en su corazón. Y necesitaba contárselo para provocar que esa semilla creciera sin parar.

—Creo que me estoy enamorando de ti.

La confesión cogió al noble desprevenido. La miró con interés y en sus ojos solo advirtió verdad. Aun así, sentía un nudo en el estómago, a la vez que la felicidad inundaba su corazón. Porque nunca llegó a imaginar que Ruth lograría enamorarse de él, pero si tenía que ser sincero consigo mismo, reconocía que, a esas alturas, no podría vivir sin Ruth. Se había convertido en el centro de su existencia; ¿y si él estaba enamorado de su esposa también? No quiso profundizar en sus pensamientos, se limitó a sonreírle y a darle un casto beso en los labios.

Ruth sintió que el silencio de su esposo era un jarrón de agua fría cayendo sobre su cuerpo.

Estuvo a punto de llorar al comprender que él nunca se enamoraría de ella. Quizá, con el tiempo, surgiría algún otro sentimiento que no fuera solo lujuria. Aunque si lo meditaba con frialdad, si el amor no había nacido en su corazón a esas alturas dudaba mucho que lo hiciera alguna vez.

Se obligó a sonreír mientras se dirigía al carruaje que los llevaría al salón Terpsichore's en Olympo Park, al baile que se celebraba todos los viernes.

Durante el trayecto, Patrick le explicó a su esposa que la sala de baile era la primera edificación que había sido construida en Olympo Park por el duque de Larsen. Tanto a este como a su esposa, las matronas de Almack's le negaron un pase para formar parte del círculo de privilegiados que podían acceder todos los miércoles a bailar. El noble se tomó muy mal que se rechazara a su esposa, eso fue el germen que brotó y dio forma a tan peculiar parque.

El salón se encontraba en la zona noreste de Olympo Park. Cuando llegaron y bajaron del carruaje, la dama se quedó fascinada, daba la impresión de estar frente a una construcción de la época romana. Terpsichore's era un edificio octástilo de piedra caliza, de forma rectangular con fachada porticada por la cual se accedía por unos largos escalones. Los marqueses subieron, y en la enorme y alta puerta los recibió una figura femenina de mármol que, en la mitología griega, representaba a la musa de la danza, hija de Zeus y Mnemósine, y que daba nombre al salón de baile. Terpsícore fue una joven bella, esbelta y divertida; la simbolizaban con unas guirnaldas de flores a modo de corona y una lira en sus manos.

Estaba tan bien esculpida que parecía una persona real posando, Ruth tuvo la necesidad de alargar una mano y acariciar la estatua. La figura agarraba la lira que reposaba en una columna donde había una placa, en cuyo interior había grabado un mensaje escrito en latín. Ruth se alegró de saber leer, sonrió y pronunció las palabras en voz alta.

—*Omnem crede diem tibi diluxisse supremum*.

—«Haz como si cada día hubiera sido el último en brillar para ti». —Tradujo su esposo.

La pareja se miró y entrelazó los dedos.

—Disfrutemos de esta noche, no se sabe cuándo será la última —mencionó ella dispuesta a que ese baile fuera inolvidable, era al primero al que acudían como el marqués y la marquesa de Cherfield.

El interior era igual de fascinante que el exterior. El techo estaba sostenido por varias columnas, era abovedado con molduras de motivos florales y relieves de estuco, de donde colgaban arañas de cristal que el duque de Larsen había mandado crear por unos maestros cristaleros italianos. La luz de las velas atravesaba los prismas transparentes y se proyectaban por cualquier rincón, dando al ambiente un aire mágico. En las paredes había pinturas murales con representaciones de la vida cotidiana de los romanos. Y los suelos estaban cubiertos por mosaicos artísticos.

La pista de baile se ubicaba en el centro. Los músicos, vestidos para la ocasión con túnicas al estilo romano color mostaza, con los dobladillos bordados en oro y coronas de laureles en la cabeza, permanecían en un altillo pegado a la pared entre un par de columnas. Había una sala de juego, otra para fumadores y un tocador para damas; dicha estancia había causado gran impacto por los trampantojos sobre unas termas. Se dividía en dos partes: en una se hallaban butacas, escabeles, varios *lectus* —una especie de lechos típicos de la cultura romana muy similares al *chaise longue*— de madera con incrustaciones metálicas y decoradas con pan de oro, para que las damas descansaran un rato. En la otra zona había tocadores y espejos de cuerpo entero a conjunto con el estilo de decoración que imperaba en el lugar, a fin de que las nobles pudieran retocarse.

Por supuesto también había un comedor donde se ubicaban varias mesas rectangulares de

mármol —con las patas en forma de garras de leones—, con comida y bebida. A diferencia de Almack's, en Terpsichore's se podía disfrutar de un buen banquete y un sinfín de diferentes propuestas, tanto dulces, como saladas, regadas con zumos y alcohol, con el objetivo de coger fuerzas para aguantar toda la noche. Sin embargo, una de las normas del salón era que se expulsaría a quien fuera ebrio.

Sin duda, los marqueses de Cherfield fueron los reyes de la noche. Los demás invitados murmuraban sobre la belleza de Ruth y de la buena pareja que hacían. También fueron muchos los que coincidieron que Patrick ya no poseía ese halo severo, y que sus ojos gris claro habían adquirido un brillo diferente. A nadie le pasaron inadvertidas las miradas que le prodigaba el marqués a su marquesa, y pronto circuló el rumor de que el amor estaba floreciendo entre ellos. Llegó a Ruth el chisme; sin embargo, lo ignoró. Ella se había mentalizado de que ese brillo peculiar que lucía en los ojos color plomo de su esposo era deseo, no amor. Se negó a pensar en ello, se estaba divirtiendo y quería pasar una velada inolvidable.

Philip Slater bailó con Ruth y se quedó sorprendido.

—Tengo que felicitarte, hija, me siento muy orgulloso —aclamó el conde de Rowland una vez que terminó la pieza de cotillón.

—Gracias, padre —respondió, se puso de puntillas y besó la mejilla de su progenitor.

Ambos salieron de la pista de baile, se unieron a Patrick.

—Marqués, ha hecho un milagro con mi hija, estoy gratamente sorprendido.

—El mérito es de ella —mencionó al tiempo que la miraba con cariño.

—Solo un consejo, padre, no me pidas jamás que toque una pieza en el pianoforte. Las teclas y yo somos incompatibles.

Los tres se rieron.

—Querida, ¿te apetece algo de beber? —preguntó el esposo.

—Una copa de champán.

El noble asintió.

—¿Quiere una, conde?

—Si, por favor.

Cherfield se dirigió al comedor a buscar las bebidas. Ella aprovechó para hablarle a su progenitor de un asunto que le daba vueltas desde que había conocido a Mollie.

—Padre, me siento triste y preocupada por las calamidades por las que pasa mucha gente, y he decidido fundar una organización filantrópica. ¿Querrás colaborar y ayudarme?

La dama aún recordaba la pelea que había mantenido con su esposo sobre el asunto y la amenaza de bloquear su cuenta en el caso de que se atreviera a iniciar un proyecto que no contaba con su aprobación. Entendía que las mujeres solteras y embarazadas no gozaban de buena reputación, pero no era justo, por lo que pensaba seguir con su idea.

—Oh, claro que sí, me parece una gran idea y te ayudaré en todo lo que pueda. Y ¿de qué obras de caridad se trata?

Ruth se toqueteó el pequeño flequillo de rizos en un gesto que evidenciaba nerviosismo. Su padre nunca había sido severo con ella, en realidad se lo había permitido todo. Sin embargo, temía su reacción si le explicaba que era para ayudar a mujeres solteras embarazadas. Casi estaba segura de que se aliaría con su esposo para impedirle que echara adelante tal iniciativa. Debía mesurar cada palabra y estudiar un discurso que lo convenciera, así que decidió tratar el asunto en unos días, cuando estuviera segura de cómo persuadirlo.

—Hablaremos de esto pronto, cuando tenga las ideas más claras.

—Está bien, hija.

Fue entonces cuando la lady se dio cuenta de que miraba a su tía Mildred bailar con un noble viudo que había conocido al poco de llegar a Londres.

—Me alegra ver a tía Mildred tan feliz.

Su padre suspiró con pesar.

—Cuando debutó no le faltaron pretendientes, y acabó prometida con el hombre del cual se enamoró. Pero falleció y ella jamás quiso darle otra oportunidad al amor. Además, se volcó en cuerpo y alma en cuidar de ti y de tu madre. Se merece ser feliz.

El conde hablaba con la voz rota. La dama, sorprendida, giró el rostro para observarlo, se llevó una sorpresa cuando advirtió lágrimas sin derramar en sus ojos azules. También en sus facciones arrugadas había tristeza, algo no iba bien.

—Padre, ¿qué sucede?

Este miró a su hija al tiempo que carraspeaba.

—Nada.

—Estás afligido porque tía Mildred está con... —Abrió mucho los ojos y sus palabras quedaron en el olvido al comprender lo que le sucedía—. A no ser que sientas algo por tía Mildred y estés triste porque la vas a perder.

El conde enrojeció.

—Oh, hija, no digas tonterías, es la hermana de tu madre.

—Padre, amaste a madre, pero ella no está. Tía Mildred siempre ha permanecido a nuestro lado, dejó de vivir su vida para ayudarnos. Hace tiempo que estáis juntos debido a las circunstancias, y los sentimientos entre vosotros han crecido poco a poco.

—No quiero ofender la memoria de tu madre.

Ruth tomó la mano de su padre y entrelazó los dedos en un gesto cariñoso.

—Estoy segura de que madre estaría de acuerdo. —Miró a su tía y al viudo, reían de alguna cosa en un rincón después de bailar—. Si no te decides pronto, te la arrebatarán.

El noble meditó un instante en lo que le decía su hija.

—Creo que tienes razón.

Dicho esto, el conde se dirigió hacia ellos.

Patrick llegó con dos copas de champán.

—¿Y tu padre? —demandó mirando a un lado y a otro.

—Quizá tengamos otra boda en la familia —mencionó ella agarrando su copa.

Patrick miró hacia donde estaban su suegro, Mildred y un viudo que conocía mucho. Arrugó el entrecejo.

—¿Estás hablando de tu padre?

Ella asintió.

—Y de tía Mildred —declaró la lady, a ella le extrañó que no le sorprendiera—. Parece que no te desconcierta la noticia.

—Lo cierto es que hacen buena pareja, ambos se comunican con miradas y gestos. Desde el primer día que los vi juntos percibí una conexión profunda y de una naturaleza tan innata que no se dan ni cuenta. Serán muy felices si deciden dar el paso.

—Sabes mucho del amor, querido.

Él echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—No, querida. Solo comento la impresión que me causan cuando los veo juntos. Pero si se casan, me alegraré mucho.

—Y yo. ¿Brindamos?

Alargó su copa y su esposo hizo lo mismo. El cristal repiqueteó, pero su sonido quedó

escondido debido a la música. Después, la pareja bailó y disfrutaron como nunca antes.

Llegaron a Neapolis Palace agotados y durmieron hasta el mediodía. Por la tarde, Cherfield se quedó en su estudio, ya que tenía trabajo atrasado, y ella acudió a la exposición de orquídeas que se celebraba en el invernadero situado en la zona sudeste de Olympo Park.

Como la tarde era tibia, la dama se había ataviado con un vestido imperio blanco de muselina, con lazos azules y manga corta. El cabello lo llevaba oculto bajo un sombrero de ala ancha que se ataba con un lazo celeste bajo la barbilla, solo un puñado de tirabuzones salían por los laterales. También llevaba guantes y un parasol de encaje, las sombras del dibujo bailoteaban en el rostro de la dama por efecto del sol.

El invernadero, construido en cristal, se había bautizado con el nombre de «Flora's Garden». En la mitología, Flora era la diosa de la primavera, las flores y los jardines. Con cierta normalidad, a excepción del invierno, en el invernadero solían celebrarse concursos de flores y exposiciones de plantas. Así que durante el mes de abril y parte de mayo se intensificaban los actos, ya que en la época romana era cuando se celebraba la festividad de las Floralias en honor a la diosa Flora.

En la entrada de Flora's Garden, sobre un pedestal, había una estatua femenina de mármol de gran belleza. La diosa estaba de pie, vestida con una túnica y con su melena suelta; la escultura era tan perfecta que parecía que el cabello se agitaba con el viento. Llevaba una corona de flores en la cabeza y contemplaba un ramo que sostenía en la mano. Con la otra agarraba la falda de su atuendo y tiraba hacia arriba, daba la impresión de que bailaba con el ramo. Iba descalza, incluso los pies mostraban una perfección que dejó a Ruth boquiabierta. En el pedestal había una placa dorada con una frase que invitaba a la reflexión: *Audi, vide, tace, si vis vivere in pace*.

—«Escucha, mira y cállate si quieres vivir en paz». —Leyó la marquesa, miró a su doncella, que la acompañaba—. Esta frase tendría que estar escrita en letras doradas en las frentes de todas las nobles cotillas.

Krista se rio, se tapó la boca con una mano para amortiguar la risa.

—Está pidiendo un milagro, milady. Ni grabada a fuego la pondrían en práctica.

—Tienes razón —ratificó la dama con humor mientras acariciaba los pies de la estatua—. Quien haya creado esta maravilla debe tener un don. Es perfecta —mencionó Ruth a su doncella.

—Cuanto más la contemplo, más detalles asombrosos descubro.

Entraron y admiraron cada orquídea, sin duda eran flores misteriosas que solo delicadas manos podían cuidar. Tenían un aroma exquisito, casi celestial. Las flores formaban creativos tapices de colores de varios tamaños. Incluso había en el techo de cristal algunos ejemplares colgados como si fueran estrellas relucientes y componían un cielo muy peculiar. Era una maravilla, una obra de arte que dejaba a los presentes con la boca abierta.

Había muchos nobles contemplando la belleza de las flores; Ruth encontró a Nancy, vizcondesa de Saunders. La marquesa contempló a la noble; rondaba los treinta años, una belleza pelirroja de ojos verdes con toques dorados. La dama, con el pasar del tiempo parecía resplandecer más, como si se tratara de un vino exquisito. Llevaba un vestido de tarde verde menta con encajes blancos.

—Qué alegría verla por aquí, milady —mencionó Nancy.

—No me hubiera perdido esta exposición por nada del mundo —expresó mirando por encima del hombro de lady Saunders, por si estaba su esposo—.¿Y el vizconde?

—Tenía asuntos que atender y yo no podía esperar ni un día más para venir a Flora's Garden. ¿Es usted amante de las flores?

La marquesa respiró aliviada al tener la seguridad de que ese malnacido no estaba por allí

cerca, porque le costaría contenerse ante su presencia. Solo la escoltaba su dama de compañía. Entonces, se centró en la conversación.

—Admiro la belleza de la naturaleza, nunca defrauda —manifestó Ruth.

—Así es, me gustaría invitarla a tomar el té en Carthago Palace, para que admire mi jardín; en primavera está precioso, me sentiría feliz de poder enseñárselo.

Ruth tragó saliva. Quería evitar como fuera visitar a la dama, no por ella, sino por su esposo, un hombre que a ella le repugnaba por lo que le había hecho a Mollie. Sería capaz de abofetearlo si en ese instante lo tuviera delante.

—Es una pena que el salón de té de Olympo Park todavía no esté terminado para disfrutar de unos tentempiés y un té —mencionó poniendo su mejor sonrisa, en su intento por desviar la atención para que no insistiera en la invitación.

—O un helado, empieza a hacer calor, ¿verdad?

—Sí, el verano está cerca. Y los días son más largos, lo considero una ventaja, así tenemos más tiempo de pasear.

—Tengo que marcharme, milady, mi hija Isabella me espera para que la acompañe a la modista.

—Por supuesto, vizcondesa, me ha encantado volverla a ver.

—Espero que venga a tomar el té en Carthago Palace. No solo le enseñaría el jardín, me encantaría presentarle a mi hija.

Ruth se sintió culpable; lo cierto era que la dama la miraba con cariño, en el fondo ella le agradaba mucho, y nada le gustaría más que forjar una amistad. Meditó que salvo Krista no tenía amigas, y su intuición le aseguraba que con Nancy simpatizaría con facilidad.

—Desde luego que acepto su amable invitación —manifestó lady Cherfield—, a cambio de que usted venga a Neapolis Palace para tomar un té y conversar un rato.

—Puede darlo por hecho. —Se dieron la mano—. Le deseo que acabe de pasar una buena tarde.

—Gracias, y usted también. —Ruth se quedó mirando cómo se marchaba con su dama de compañía—. ¿Crees que ella sabe lo que hace su esposo? —le preguntó a Krista, que también estaba observando cómo se alejaban; las perdió de vista en cuanto salieron del invernadero.

—No lo sabe, milady. Según los sirvientes de Carthago Palace, la vizcondesa de Saunders está ajena a los amoríos de su esposo. No solo le gusta abusar de sirvientas jóvenes, sino que tiene amantes a las que mantiene. Y le cuestan un dineral, son mujeres muy caprichosas.

—Cielos santo, qué horror tener un esposo como el vizconde. Empiezo a estar agradecida por el acuerdo al que llegaron mi padre y mi suegro. Tal vez Patrick no me ame, pero no es como Archer Parry, y lo conozco lo suficiente para saber que nunca será como ese... ese sinvergüenza, lo que es todo un alivio. Será mejor que regresemos, me encuentro un poco mareada, descansaré un poco antes de la cena.

Era cierto, hacía varias jornadas que no se encontraba muy bien, y cada día las náuseas y los mareos eran más intensos. Lo que la marquesa no sabía era que, precisamente, su esposo estaba con el vizconde de Saunders reunido en el estudio de Neapolis Palace.

Capítulo 11

Patrick estaba sentado en una de las dos butacas que se hallaban frente al hogar de su estudio. Archer, un hombre de cabello castaño oscuro y ojos negros, había tomado asiento en la otra. Tenía un vaso de whisky en la mano, al que le dio un pequeño sorbo; el marqués tenía su bebida sobre la mesita ovalada ubicado entre los asientos.

—¿Y de qué se trata la inversión? —preguntó Patrick.

—Quiero comprar un viñedo en Italia y crear vinos de calidad para importar aquí.

El vizconde se obligó a sonreír.

—¿No es un poco arriesgado? Desde luego que no entiendo sobre viñedos y de cómo fermentar el mosto para crear un buen vino, pero el factor meteorológico y las plagas pueden echar al traste el trabajo de un año, por lo que las pérdidas pueden ser enormes.

—En todas las inversiones, sean del tipo que sean, se corre cierto riesgo.

—En unas más que otras, y me suelo centrar en las que ofrecen poco riesgo.

El vizconde se bebió el licor de un trago, Patrick detectaba el nerviosismo del noble, pero ocultó darse cuenta. Se levantó mientras decía:

—Déjeme una semana para pensarlo.

Archer se alzó.

—Desde luego.

En ese momento llegó Ruth y se acercó al estudio para saludar a su esposo antes de ir a su alcoba a descansar. Y cuando se encontró al vizconde, la furia guio sus palabras.

—¡Usted! —exclamó con desprecio, miró a su esposo—. Quiero que eches a este canalla.

El rostro de Parry mostró su enfado por el trato. Por su parte, Patrick contemplaba a Ruth sin parpadear, como si le hubieran salido cuernos y cola de diablilla, intentaba comprender su grosería sin mucho éxito. Por suerte, reaccionó de inmediato a fin de no hacer una escena.

—Milord, disculpe a mi esposa, creo que lo ha confundido con otro.

Ella abrió la boca para replicarle, pero la mirada punzante de su esposo, avisándola en silencio que callase, la disuadió. De inmediato, el marqués prescindió del mayordomo y acompañó al vizconde a la salida mientras se disculpaba por la confusión de Ruth.

—De hecho, milord —habló Archer—, una buena correa ayudaría a que su esposa no fuera tan grosera.

Tal comentario indignó a Patrick.

—Vizconde, es de cobardes pegar a una mujer —soltó en un tono contundente—. Y tenga cuidado con lo que dice de mi esposa si quiere que invierta en su negocio. No permitiré que hable mal de ella.

Archer hizo rechinar sus dientes, en otras circunstancias no hubiera permitido la amenaza; sin embargo, necesitaba el dinero de Cherfield.

—Jamás ofendería a la marquesa, milord.

Patrick se dio por satisfecho, un lacayo se acercó y entregó a Saunders su sombrero, guantes y bastón. Estaba seguro de que no propagaría el comportamiento de Ruth entre los demás nobles, no quería que su esposa estuviera en boca de todos y la señalaran. Era una suerte que Archer

necesitara dinero para su negocio; no obstante, el nerviosismo que había mostrado y que había intentado disimular le advertía que no se fiara. Indagaría sobre el asunto por si escondía alguna cosa. Barney lo ayudaría, él sabía todo lo que sucedía en Londres, tenía amantes entre las sirvientas de todas las familias de la nobleza y le informarían de cualquier cosa.

Mientras, Ruth se paseaba por delante de la chimenea del estudio con sus dedos convertidos en garras. La necesidad reprimida de saltar sobre el noble y arrancarle no solo los ojos, sino la cabeza, la ponía furiosa. Ese hombre no merecía ni el aire que respiraba, había convertido la vida de Mollie en un infierno, y solo de pensar en qué condiciones estaría esa inocente, sus náuseas aumentaban.

Se detuvo y dio un golpe en el suelo con el pie debido a la impotencia. Respiró con profundidad, necesitaba calmarse, pues la cabeza le daba vueltas y notaba como el contenido de su estómago se revolvía y empezaba a ascender. Se llevó las manos al lugar, se encogió al sentir dolor. Ver a ese canalla había sacado lo peor de ella y parecía que su cuerpo estaba recibiendo las consecuencias.

—¿Se puede saber por qué has tratado al vizconde de esa manera tan desconsiderada? —gritó Patrick mientras entraba en el estudio y se acercaba a ella.

—No quiero ver a ese hombre aquí...

No pudo continuar, un mareo provocó que se tuviera que sostener de la repisa de la chimenea, su rostro quedó lívido. Él lo advirtió y perdió el hilo de sus pensamientos, provocando que su cólera se diluyera.

—Ruth, ¿estás bien? —demandó acercándose a su esposa, deslizó un brazo por la cintura femenina en cuanto percibió que se tambaleaba.

—No, no... mucho.

Y se desmayó, por suerte su esposo la agarró antes de que cayera al suelo. La cargó en brazos y la subió a la alcoba mientras gritaba al mayordomo que fueran a buscar al médico.

Krista refrescó el rostro de la lady con un paño húmedo cuando el facultativo apareció. Patrick esperó en el salón principal, se sentía nervioso y era incapaz de estar quieto, por lo que paseaba por la estancia como animal enjaulado. Solo de pensar que a su esposa le sucedía algo grave, su corazón dejaba de latir. Miró la estancia, estaba preciosa con los cambios que ella había hecho y sentía que su interior también había cambiado como todo Neapolis Palace. Todo era más luminoso, más vivo, más perfecto...

—Milord —anunció el médico entrando en el salón y sacando al noble de sus cavilaciones—, su esposa se encuentra muy bien.

El suspiro de Patrick fue tan sonoro que incluso el facultativo se lo quedó mirando. Tiempo atrás, para el lord, guardar las formas era lo más importante. No obstante, en aquel instante nada le importaba salvo Ruth, y tal revelación lo dejó pasmado. Cabeceó, dejó de pensar en ello y se centró en averiguar el estado de salud de su esposa.

—Entonces ¿por qué se ha desmayado?

El médico esbozó una enorme sonrisa.

—En su estado, a veces sucede.

Patrick arrugó el entrecejo.

—¿Qué estado?

—La marquesa está encinta, milord. Los mareos y náuseas son intensos, y recomiendo tranquilidad y reposo. Mejorará con el pasar de las semanas.

La boca del noble fue ensanchándose poco a poco hasta convertirse en una enorme sonrisa.

—Si me disculpa, doctor, voy a ver a mi esposa.

Y salió a toda prisa de la estancia.

—Desde luego, milord.

Miró la puerta por la cual el aristócrata había desaparecido y lo había dejado con la palabra en la boca. Cabeceó divertido al darse cuenta de que el marqués había cambiado, un cambio que le agradaba. El mayordomo lo acompañó a la salida.

Patrick entró en la alcoba, su esposa estaba en el lecho recostada en unos cojines que Krista le estaba ahuecando. En cuanto la dama vio a su esposo, lágrimas de felicidad empañaron sus ojos azules.

—Ruth...

—¿Te lo ha dicho el médico? —dijo al borde del llanto.

El lord asintió y se acercó con rapidez al lecho, se sentó y la abrazó. Krista salió en silencio y les dio la privacidad que el momento necesitaba.

—Querida, ahora mismo me siento el hombre más feliz de Londres.

—Y yo la mujer más feliz. Tendremos un hijo.

Patrick acunó el rostro de su esposa y la besó con cariño, después llevó su enorme mano al bajo vientre de ella y acarició el lugar.

—Estoy deseando que nazca.

—Mañana iré a ver a mi padre y a mi tía y les daré la noticia.

—Te acompañaré, se la daremos los dos.

Ella asintió, acarició los dedos de su esposo con la yema de su índice.

—¿Sigues enfadado conmigo?

Patrick retiró la mano de su vientre, la miró a los ojos. En un principio no entendía lo que quería decir a causa de la buena noticia que había desterrado de su mente cualquier otro pensamiento. Sin embargo, pronto recordó el episodio vivido con el vizconde de Saunders apenas hacía un par de horas.

—¿No entiendes que te pueden crucificar por no comportarte adecuadamente? Por suerte, el vizconde me necesita y olvidará el asunto.

El rostro de Ruth se entristeció.

—¿Para qué te necesita?

—Negocios, querida.

—Ese hombre es malvado.

Abrazó a Patrick con fuerza y soltó un gemido desolado. Su esposo se separó y la agarró con delicadeza de los hombros.

—Explícame por qué es malvado.

—Abusó de Mollie cuando trabajaba de sirvienta en Carthago Palace. ¡El hijo que espera es suyo!

La noticia tensó al lord, se alzó y se acercó a la ventana. Artemis Forest y Acis and Galatea Lake lucían espléndidos en primavera, eran versos para los ojos, alimento para el alma. Un grupo de patos sobrevolaba el bosque con dirección al lago. Saber la verdad de Mollie y su bebé lo llenó de odio hacia el vizconde; se giró lo justo para contemplar a su esposa, ella lo miraba.

—Tendrías que habérmelo contado —mencionó el lord.

La dama agachó la cabeza, empezó a toquetear la sábana con nerviosismo.

—Creí que no te interesaba. Me dijiste, rectifico, me prohibiste relacionarme con Mollie. Ella y su bebé son las verdaderas víctimas. —Señaló la ventana—. Ahí fuera hay muchas Mollies, y también me has prohibido ayudarlas.

Dicho de esa manera, el lord, de pronto, se sintió un monstruo. Conocía muy bien la naturaleza

masculina de los de su clase. Había pocos nobles que les fueran fieles a sus esposas. El amor era un sentimiento escaso entre los matrimonios de la aristocracia. Y muchos lores se creían estar por encima del bien y del mal, se sentían con el derecho de coger de una mujer lo que les venga en gana, quieran ellas o no. Pero él no era como esos nobles, y Ruth no era como las esposas obedientes de los demás aristócratas.

—Pertenecemos a una clase social que no permite ni un desliz —mencionó con pesar el noble —. Puedes caer en el ostracismo de la noche al día solo por cometer un triste error.

—Sabes muy bien que me da igual lo que piensen de mí. Ayudar a Mollie no es un error.

Patrick se acercó al lecho, se sentó y tomó una mano de su esposa, besó su muñeca, allí donde latía el pulso.

—Ahora debemos pensar en nuestro hijo.

—Pero no es justo, Patrick.

La mirada gris clara de él mostraba compasión.

—Lo sé. Intentaré buscar una solución.

La marquesa sonrió al tiempo que achicaba la mirada, ladeó la cabeza y atrapó su labio inferior al tiempo que lo evaluaba.

—¿Lo dices de veras? —inquirió a fin de asegurarse.

—Nunca te mentiría en una cosa tan importante para ti, querida.

—Pero yo... yo no te he contado toda la verdad —anunció con ojos culpables, él arrugó el entrecejo, la dama continuó—: Antes de nuestro viaje a Whitmore contraté a un detective para que buscara a Mollie, pero dice que no está Londres.

Patrick debería haberse enfadado, mas pensó que ella solo había hecho lo que creía correcto, pues quería dar con esa muchacha fuera como fuera. Y a esas alturas sabía que no lo dejaría estar.

—Hagamos un trato —manifestó Cherfield.

—¿Qué tipo de trato?

—Que dejarás en mis manos todo este asunto y hablaremos de tu idea de crear una fundación para jóvenes como Mollie.

A Ruth se le iluminó la mirada azul, la ilusión bailoteaba en sus ojos. Y él creyó ver el cielo, y ángeles con alas y estrellas sonriendo.

—Y Mollie, ¿la buscarás? Me has dicho que intentarás dar con una solución.

—Y mantengo mi palabra, hablaremos de ella cuando te encuentres mejor, y te daré buenas noticias al respecto. ¿De acuerdo?

—Confío en ti, Patrick.

—Me alegra saberlo, porque yo también confío en ti, querida. —Él besó su frente—. Ahora descansa.

—Sí, estoy agotada —explicó en un gran suspiro—, y sigo mareada y con náuseas —continuó mientras cerraba los ojos y se acomodaba en los cojines—. ¿Podrás decirle a Krista que venga?

—Enseguida, querida.

Su esposo se puso en pie, pero antes de irse la contempló con devoción un instante. Ella tenía demasiadas virtudes, era hermosa por fuera y por dentro. Y cuando tuviera cincuenta años más, y sus cabellos fueran grises y su rostro estuviera surcado por arrugas, seguiría siendo bella, una belleza que continuaría brillando entre los demás. Porque su alma era la que iluminaba a gente como él, como un faro en medio de la tormenta de la vida, para que no se perdiera entre olas de tristeza. Ruth le había dicho, no hacía mucho, que se estaba enamorando de él. Casi era un milagro que una mujer como ella pudiera amarlo. Pero la realidad era que él también se estaba

enamorando de su esposa.

Salió de la alcoba sin hacer ruido, impactado por la dimensión de sus sentimientos. Debería sentirse eufórico; en cambio estaba asustado, muy asustado. Siempre se había regido por las normas, por la rectitud en las palabras y en los actos; lo habían educado de pequeño para vivir de ese modo. Las marcas de su espalda se lo recordarían hasta el fin de sus días. Pero amar a Ruth significaría dejarse llevar por la locura, por la sorpresa, por la felicidad, porque ahora entendía lo que eso era. Y no sabía si estaba preparado.

Después, pidió al mayordomo que ordenara que le prepararan su faetón y que avisara a Krista. Mientras estaba en el *hall* colocándose los guantes y el sombrero, apareció la sirvienta.

—Milord —mencionó la doncella haciendo una reverencia—, el mayordomo me ha avisado de que me necesita.

—Es mi esposa quien la necesita, espero que esté a su lado en todo momento ahora que está embarazada, le ha cogido afecto.

—Por supuesto, la marquesa es una dama excepcional.

Patrick hizo ademán de marcharse, pero se detuvo y se giró para mirar a la doncella.

—Me alegro de no haberla despedido, me hubiera equivocado.

Aquella confesión cogió desprevenida a Krista, era un reconocimiento al trabajo y se sintió agradecida. Había muy pocos nobles que valoraban a su servicio; le agradaba que el marqués, cada día, se pareciera más a su esposa.

—Gracias, milord.

Patrick subió al faetón, recorrió las calles transitadas por otros carruajes y transeúntes. Llegó al edificio del centro de la ciudad donde estaba Barney supervisando las reformas, necesitaba hablar con él cuanto antes y sabía que se pasaba casi todo el día controlando las obras. Y no se equivocó.

El bullicio era intenso, por lo que buscaron un rincón para poder hablar con tranquilidad. Primero, y como no podía ser de otra manera, Cherfield le dio la feliz noticia de que la marquesa esperaba un bebé. Después de las felicitaciones y las bendiciones para que todo fuera bien, Patrick se centró de lleno en el asunto que quería tratar con su amigo.

—El vizconde de Saunders quiere que le preste dinero para comprar un viñedo en Italia, pero desconfío de él, y más ahora que sé que él fue quien abusó de Mollie.

Barney cabeceó ante la noticia, su rostro evidenció la repugnancia que todo eso le causaba.

—Entonces, el hijo es suyo.

—Sí.

—¿Le has contado la verdad a tu esposa sobre Mollie?

—Lo voy a hacer en cuanto se recupere un poco de los mareos y las náuseas, el médico ha aconsejado que esté tranquila y guarde reposo. Además, tengo un plan para hacerles justicia a Mollie y a su bebé. Pero primero quiero que ella me confirme si de verdad es el padre, mañana iré a verla.

Barney asintió. Nunca hubiera imaginado que el marqués removería cielo y tierra para ayudar a una sirvienta. El hombre que tenía delante no era el mismo, había cambiado gracias a Ruth. Ojalá él algún día encontrara una mujer como ella, capaz de revolver su interior para convertirlo en un ser mucho mejor.

—Te acompañaré a ver a Mollie. —El marqués asintió—. Y ¿qué necesitas de Archer?

—Averiguar si de verdad va a adquirir un viñedo o si hay algo más que no cuenta. Mi intuición me advierte de que está mintiendo, y para llevar a cabo mi idea para ayudar a Mollie y a su bebé necesito información. Tú has sido sirviente y los sirvientes sabéis todos los trapos

sucios de cualquier noble.

—¿Quieres que indague entre la servidumbre de Carthago Palace? —indagó entrecerrando los ojos al entender sus intenciones.

El marqués soltó una carcajada.

—Vamos, Barney, no te hagas el inocente. Todos saben lo locas que vuelves a las mujeres, ¿te crees que no me daba cuenta de las miradas de lujuria que te dedicaban las sirvientas de Neapolis Palace?

Barney se llevó una mano a la nuca y puso ojos de inocencia.

—No es mi culpa que me deseen.

—Bueno, algo les debes dar para que las tengas comiendo de tu mano.

Barney se rio.

—Está bien, solo necesitaré un par de noches —mencionó en un tono travieso—. Averiguaré la verdad de Archer. Yo también deseo que ese malnacido pague por lo que le ha hecho a Mollie.

Capítulo 12

Al día siguiente, Ruth y Patrick fueron a Rowland House. Como hacía muy buen día, decidieron tomar el té en el jardín. Los sirvientes estaban colocando los refrigerios en la mesa, y antes de tomar asiento la pareja anunció la buena noticia.

—Oh, querida —exclamó Mildred abrazando a su sobrina—. Cuánto me alegro.

Philip no pudo evitar derramar alguna lagrimilla.

—Padre, ¿acaso no te alegras? —manifestó Ruth acercándose a él, lo tomó de las manos.

—Son lágrimas de felicidad, hija. —Besó su frente—. ¡Estoy deseando que nazca!

—Padre, aún quedan unos siete meses.

—Se me van a hacer eternos —mencionó Patrick.

Fue en ese instante cuando el conde y Mildred se colocaron uno al lado del otro, entrelazaron las manos, se miraron.

—Bueno, nosotros también tenemos buenas noticias —anunció la tía.

Los marqueses contemplaron las manos unidas de la pareja.

—Nos vamos a casar —soltó Philip con nerviosismo.

—Dentro de un mes —añadió Mildred.

—Oh, es una excelente noticia, ¡felicidades! —exclamó Ruth, se acercó a ellos y abrazó a su padre y a su tía.

Después, se sentaron y decidieron que en vez de té tomarían un poco de champán para celebrar ambas noticias. Sin embargo, Ruth empezó a encontrarse mal y vomitó. Patrick la llevó a Neapolis Palace y la ayudó a meterse en el lecho. Solo esperaba que las molestias que conllevaba el embarazo los primeros meses pasaran pronto.

Dejó a su esposa al cuidado de Krista y fue a buscar a Barney para hacerle una visita a Mollie. El marqués tenía una propiedad campestre a las afuera de Londres. Se trataba de una mansión rodeada de terrenos que alquilaba de tanto en tanto. Patrick se había encargado de la muchacha y había contratado a varios sirvientes para que la atendieran. También se había ocupado de que un médico y una comadrona la atendieran durante el parto que había sucedido hacía un par de semanas atrás.

Mollie estaba sentada en la butaca del salón de la mansión y les confirmó que el retoño, un niño que sostenía entre sus brazos, era hijo de Archer Parry, el vizconde de Saunders.

—Sí, él es el padre. Solo espero que algún día ese hombre pague por el daño que ha hecho. —Cerró los ojos unos segundos, los volvió a abrir—. No solo abusó de mí, todas las sirvientas jóvenes fueron sus víctimas, pero conmigo hubo consecuencias, y cuando él se enteró, me echó. Su esposa, lady Nancy Parry, lo ama y no ve la clase de miserable que es.

—Lo siento mucho —habló Barney, que estaba de pie frente a ella.

—Ninguna muchacha debería vivir lo que tú y las demás habéis vivido —expresó el marqués, que permanecía al lado de su amigo.

—El problema es que hay muchos hombres como el vizconde —dijo la joven.

Patrick y Barney estaban de acuerdo.

—Nosotros nos vamos —dijo el marqués—. Pronto regresaré con noticias, y serán buenas.

—No sé cómo les pagaré lo que han hecho por mi hijo y por mí —manifestó ella mirándolos a ambos.

—No hay nada que agradecer —habló Barney—. Es el vizconde de Saunders el que se hubiera tenido que encargar de ti y del bebé. ¿Le has puesto nombre?

Mollie agarró la diminuta mano y la besó.

—George, se llama George —informó con una enorme sonrisa.

—Bonito nombre. Mi esposa se alegrará de verlos a ti y a George, ha estado muy preocupada por vosotros, pronto la traeré.

—Oh, me encantará —manifestó emocionada, mirando a su retoño—. Ha sido nuestro ángel de la guarda.

Patrick y Barney se despidieron y se marcharon. Tenían las entrañas revueltas, porque al ver la inocente cara de ese recién nacido, se daban cuenta de cómo de miserable era el vizconde para desentenderse de una criatura tan indefensa y tan inocente.

Entonces, Patrick se afianzó en su idea de hacérselo pagar caro.

***

Pasaron dos días y Barney fue a Neapolis Palace para hablar con Patrick. Este lo hizo pasar a su estudio.

—¿Has descubierto algo sobre Archer? —preguntó mientras servía whisky en dos vasos.

—Sí, y no te va a gustar —contestó.

Se sentó en la butaca de delante de la chimenea, que en ese instante estaba encendida. La primavera se estaba comportando de una manera caprichosa y esa jornada se había levantado con el cielo cubierto de nubes bajas. A medida que fue pasando la mañana se hicieron más espesas y en ese momento llovía con insistencia. Además, hacía fresco en el exterior, por lo que apetecía sentarse frente al hogar.

Patrick entregó la bebida a su amigo, después se sentó en la butaca del costado con su vaso en la mano.

—Supongo que lo del viñedo en Italia es mentira, solo quiere el dinero.

—Sí, está con deudas de juego hasta el cuello. Pidió dinero a unos prestamistas con muy malas pulgas, y el muy patán lo perdió todo. Ha podido devolverles una parte robando las joyas de su propia esposa y vendiéndolas.

—¿Y ella no se ha dado cuenta?

—El vizconde culpó a un sirviente, ese pobre desgraciado ha ido a prisión sin haber hecho nada. Lady Nancy Parry ama a su esposo y cree todas sus mentiras.

—Archer es un ser repugnante —soltó entre dientes.

—Sin embargo, con la venta del botín no ha podido cubrir toda la deuda. Los prestamistas le han advertido que, si no devuelve el resto en un mes, lo pagará caro.

El marqués dio un sorbo a su bebida, miró las llamas de la chimenea.

—Es más grave de lo que creía, de ahí el nerviosismo que detecté cuando vino a visitarme para pedirme dinero. Lo peor de todo es que no aprenderá la lección.

—Esos prestamistas se cobrarán la deuda con intereses. —Agitó el whisky en el vaso y bebió un trago—. Y si el vizconde no paga, las consecuencias serán nefastas para él.

—¿Hasta el punto de matarlo? —cuestionó mirándolo.

El brillo color canela de los ojos de Barney se intensificó, asintió mientras contestaba.

—Conozco muy bien a esa clase de gente; lo matarán a sangre fría para dar un mensaje a los

demás deudores de que, si no pagan, les sucederá lo mismo. Y Archer lo sabe, por eso está buscando con desesperación a alguien que le preste el dinero.

Patrick se levantó, dejó el vaso en la repisa de la chimenea. Se dio la vuelta y observó a su amigo.

—Aunque tengo claro lo que quiero hacer, debo meditarlo bien para no dejar ningún cabo sin atar.

—Entonces ¿le vas a prestar el dinero para que pague la deuda?

—Sí, pero a mi manera, y te aseguro que no le va a gustar. Le enviaré una carta para citarlo... —Se acordó de la reacción de su esposa cuando vio a Archer, no podía recibirlo en Neapolis Palace, ella necesitaba tranquilidad hasta que se le pasaran los mareos y vómitos, y si tenía que ser sincero, él tampoco deseaba verlo en su hogar—. Creo que le sugeriré que nos veamos en Carthago Palace. Me gustaría que estuvieras presente, no me fío de ese hombre y necesito testigos de lo que va a suceder.

—Desde luego, pero al vizconde no le agradará verme y lo considerará como un insulto a su estatus. Yo no pertenezco a su clase, y siempre ha sido un noble que ha tratado de manera despreciable a los que están por debajo de él.

—Me tiene sin cuidado si le gusta o no. Tendrá que aceptar mis exigencias si quiere que le preste el dinero.

Barney se levantó, apuró su whisky y dejó el vaso sobre la mesita ovalada que había entre las dos butacas.

—Me tengo que ir.

—Gracias, Barney, por ayudarme con este asunto tan penoso. Un hombre debe hacerse cargo de las consecuencias de sus actos.

—Pienso lo mismo. Me alegra poder ayudar a Mollie.

—Y yo, estoy deseando llevar a Ruth a verla y contarle la verdad, pero quiero hacerlo cuando este asunto con el vizconde se solucione.

Solo de pensar en la cara de dicha que pondría su esposa, su corazón daba saltos de alegría. Entonces, se encontró sonriendo de satisfacción al darse cuenta de que solo deseaba hacer feliz a su maravillosa marquesa.

***

Tres días pasaron rápido, pero Patrick no necesitó más tiempo para tenerlo todo a punto. La primavera era sinónimo de luz, color, florecimiento, sol y ambiente tibio; y ese día, dicha estación hacía honor a su nombre.

El marqués estaba a punto de marcharse a Carthago Palace junto con Barney después de desayunar. La dama no había podido ingerir gran cosa, todo le resultaba repulsivo a la vista; y cuando el olor a comida inundaba sus fosas nasales, la sensación se agravaba. Sin embargo, esa mañana, había podido tomarse un té y un par de galletas que su estómago había retenido, por lo que su humor mejoró.

—Me alegro de que te encuentres algo mejor —mencionó el marqués en el *hall*, donde su esposa se estaba colocando los guantes para marcharse.

—Aprovecharé que no estoy mareada para visitar a mi padre y a mi tía, quiero asegurarme de que no están nerviosos por la boda.

—Y Krista, ¿no te acompaña?

—Ha ido a la modista, a buscarme unos vestidos que ya están terminados, para cuando mi

vientre crezca —explicó llevándose una mano al estómago.

—No me gusta que vayas sola, ¿no podría ir a buscar los vestidos más tarde? —mencionó con un matiz exigente en la voz.

—Querido, ha sido una decisión mía de última hora, Krista ya ha marchado hace un rato. Necesito salir y que me dé el aire.

—Está bien, pero ¿puedes decirle a alguna de las otras sirvientas que te acompañe? Me sentiría más tranquilo.

—De acuerdo, le diré a alguien que lo haga —claudicó la aristócrata—. ¿Vas a estar así durante todo el embarazo?

Él besó su mejilla antes de contestarle:

—Acostúmbrate, debo cuidar de ti y de nuestros hijos, y no es negociable.

Ruth le sonrió, le agradaba que se preocupara por ella. Lo agarró de las solapas de su levita, se puso de puntillas y besó sus labios con ternura; él aceptó el beso y se fusionaron con sus corazones latiendo en la punta de sus lenguas unidas. Cuando se separaron, se miraron a los ojos.

—Te amo, Patrick.

El marqués le sonrió, tomó sus manos y se las llevó a su torso.

—Saberlo me hace muy feliz. —Besó su frente—. Tengo que marcharme.

Ella asintió, suspiró resignada mientras él se alejaba. Había esperado, o mejor dicho, deseado, que su esposo le hubiera confesado que también la amaba. No quiso darle vueltas y se quedó observando cómo subía al carruaje donde lo esperaba Barney. No tenía idea de adónde iban; de hecho, no le había preguntado a Patrick, pero supuso que estarían ocupados con las reformas del club de caballeros.

Ruth pidió al mayordomo que una de las sirvientas la acompañara, ambas subieron al carruaje. Emprendieron el camino hacia Rowland House, pero el traqueteo del vehículo le provocó mareos. Solicitó al cochero que se detuviera cuando cruzaban Londres; y mientras esperaba a que se le pasara, pensó que quizá no había sido buena idea salir.

Se quedó sentada en el interior, pidió al lacayo que abriera la portezuela para que corriera el aire. Ella sacó el abanico de su ridículo de satén que llevaba colgado de la muñeca y empezó a darse aire, los rizos que enmarcaban su rostro se agitaban al son de los movimientos de la muñeca. Suspiró de alivio cuando se encontró mejor, pero dio un respingo cuando una mujer apareció de la nada.

—Buenos días, ¿es usted la marquesa de Cherfield?

—Sí. ¿Y usted quién es? —Quiso saber la noble.

Ruth se sorprendió, no recordaba haber visto nunca a esa mujer, pero ella sí parecía conocerla. Llevaba un vestido color mandarina viejo y algo sucio, el pelo era una maraña recogida en un moño alto. Pero en cuanto la desconocida le sonrió dejando a la vista una dentadura en pésimas condiciones, supo de quién se trataba. Era la vendedora de Covent Garden, a la que le había preguntado si había visto a Mollie. Si no la había reconocido era porque ya no estaba embarazada y supuso que había tenido a su hijo.

—Usted buscaba a una tal Mollie —mencionó la individua.

—Sí, me acuerdo de usted, señora, la vi en el mercado.

—La semana pasada fui a verla a su casa, pero el mayordomo me echó. Sé dónde está Mollie.

A la noble le dio un vuelco el corazón. Estaba tan emocionada que no percibió que en los ojos marrones de la mujer habitaba la malicia. Sin embargo, el lacayo y la sirvienta lo notaron y se miraron.

—Milady, será mejor que regresemos a Neapolis Palace.

Pero la dama no le prestaba atención, pues estaba demasiado eufórica.

—Dígame dónde está Mollie, por favor.

—Tiene que venir conmigo, milady, su bebé y ella están en peligro.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Ruth con verdadera preocupación al tiempo que salía del carruaje—. Lléveme hasta ella.

La marquesa estaba tan preocupaba que no meditaba, solo estaba centrada en salvar a la muchacha y a su bebé.

—La acompaño, milady, no es prudente que vaya sola —sugirió la sirvienta con preocupación.

La mujer la asesinó con la mirada.

—Mollie está asustada —explicó la vendedora—, si ve a desconocidos, huirá.

—Está bien —cedió la dama—, quédate aquí, vengo enseguida —ordenó mirando a su acompañante.

—Pero... —empezó a decir la sirvienta, sabiendo que no era buena idea.

—Haz lo que te pido, por favor —dijo Ruth con una dureza que nunca empleaba; sin embargo, en aquel instante su prioridad eran Mollie y su hijo.

Sin más, la individua condujo a Ruth hacia unos callejones malolientes y llenos de basura donde ni un alma se atrevería a cruzar. Caminaron un rato, y a medida que se alejaban de las zonas transitadas, Ruth empezó a preocuparse y a tomar conciencia de su decisión. Concluyó que era imposible que Mollie estuviera en ese lugar, además parecía un sitio abandonado.

Fue en un callejón sombrío y húmedo, repleto de escombros como cajas, barriles viejos, tablones y partes de muebles, donde la dama se detuvo. El bullicio de una ciudad en plena actividad se escuchaba a lo lejos y daba fe de lo mucho que se había alejado. Ruth miró la desolación de su alrededor. Negó con la cabeza al darse cuenta de lo imprudente que había sido al confiar en una desconocida. Se prometió actuar con más cautela y no fiarse de buenas a primeras de nadie si salía viva de allí.

—Espere, es imposible que Mollie esté por aquí —mencionó la dama provocando que la vendedora se detuviera y se diera la vuelta—. Me ha mentido.

—Yo nunca miento —mencionó entre risitas, enseñando su dentadura deteriorada.

Aun así, la marquesa quería hacer algo por ella, estaba viendo que la pobreza y la desesperación llevaban a cometer errores.

—Y ¿su hijo? —interrogó Ruth—. Puedo ayudarla, y tendrá una segunda oportunidad.

—Ese mocoso tuvo compasión de mí y nació muerto —soltó encogiéndose de hombros.

Se carcajeó con tanta malicia que provocó escalofríos a la dama, no había ni un ápice de bondad en el interior de esa mujer.

—¿Cómo puede ser tan cruel? —mencionó con tristeza—. Era su hijo.

La vendedora soltó una risa burlona.

—¡No lo quería! —gritó con desprecio—. Lo hubiera vendido si hubiera vivido. Necesito dinero.

—Es horrible lo que dice —balbuceó.

Ruth se llevó una mano a su vientre, donde crecía su bebé y al que amaba con todo su ser. Tenía ganas de llorar al meditar que lo estaba poniendo en peligro por culpa de su mala decisión. Su instinto de protección provocó que diera dos pasos atrás para separarse de la vendedora. Tragó saliva, ni tan si quiera podía respirar; deseaba con toda su alma que esa mujer se marchara y la dejara en paz. Pero la ladrona, en un gesto rápido, se acercó a ella y tiró del ridículo que la dama llevaba colgando de la muñeca, con tanta violencia que Ruth cayó hacia un costado y se golpeó la sien en una pared de piedra, cosa que le provocó una herida de la cual emanó sangre.

A la vendedora le importaba muy poco el destino de la dama que yacía en el suelo. Abrió el ridículo y se encontró con un pequeño monedero con dinero. Las monedas se reflejaron en sus pupilas y sonrió con avaricia. Después, no contenta, se arrodilló frente a la dama, le quitó los pendientes, los zapatos, le sacó los guantes, el sombrero e incluso el vestido, a tirones. Ruth se quedó vestida solo con la camisola.

Antes de marcharse, la ladrona la ocultó entre unas cajas viejas, restos de muebles y tablones podridos de madera. Y se fue, dejando a la marquesa inconsciente en el suelo y con una herida en la sien por la que brotaba sangre.

Capítulo 13

Archer Parry, Barney y Patrick estaban en la biblioteca de Carthago Palace. La estancia rebosaba elegancia, era evidente que la vizcondesa tenía buen gusto. Los sofás rococó y los sillones, repartidos por la estancia, eran bellezas de madera pintadas en dorado, que contrastaba con la tapicería en satén granate estampado. Las estanterías llegaban hasta el techo, y había una escalera que se deslizaba de un lado a otro para poder llegar a los volúmenes de las estanterías superiores. Las alfombras eran de excelente calidad, con un pelo corto y mullido.

Los tres estaban de pie, y el vizconde miraba a Barney con insolencia.

—No creo que él deba estar aquí —mencionó en un tono despectivo—. El asunto a tratar solo nos atañe a usted y a mí —se quejó mirando al marqués.

—Barney se queda —dictaminó Patrick—. Lo necesito de testimonio.

Parry arrugó el entrecejo, desvió sus ojos negros a la carpeta que tenía el marqués en su mano.

—Está bien —claudicó alzando la barbilla. Le dedicó a Barney una mirada de reproche—. Por favor, tomen asiento, ¿les apetece un té?

El antiguo ayuda de cámara se aguantó la risa. La prepotencia que destilaba ese noble siempre le había provocado indiferencia.

—Creo que nos vamos a quedar de pie, voy a ir directo al grano —expresó Patrick con severidad, sentía su musculatura tirante y notaba la tensión endurecer su musculatura, pues ese hombre le provocaba repulsión.

La dureza con la que hablaba el marqués inquietó al vizconde. En ese instante no mantenía la barbilla alzada en un gesto de superioridad, se había encogido porque intuía que lo que iba a suceder no le iba a gustar.

—Me parece bien —musitó Archer con nerviosismo.

Patrick abrió la carpeta y sacó unos papeles que había redactado un abogado.

—Le prestaré el dinero —manifestó Cherfield, al vizconde se le escapó un suspiro de alivio—. Pero no será a cambio de nada.

Archer se pasó una mano por su cabello castaño en ademán nervioso.

—¿Qué quiere a cambio?

El marqués decidió dejar las buenas maneras a un lado; de hecho, necesitaba desahogarse y soltarlo todo.

—No existe ningún viñedo, solo se trataba de sacarme el dinero.

—Milord, no se atreva a insultarme —amenazó el vizconde dando un paso al frente en una actitud de intimidación.

—El que me insulta es usted —increpó Patrick—. Créame que me estoy conteniendo para no retarlo a duelo.

La intimidación surgió efecto, pues el semblante de Archer quedó lívido.

—Tranquilícese —se mofó Barney—, tiene mal aspecto, está a punto de darle una apoplejía.

El vizconde giró la cabeza en su dirección y lo fulminó con la mirada.

—¡Cállese! —vociferó.

—Usted no está en condiciones de ordenar a nadie que se calle —intervino Patrick, con

arrugas de enfado en las comisuras de sus ojos.

—Estoy en mi hogar; de hecho, les pido que se marchen —gritó Archer con el rostro rojo de furia.

—¿Está seguro? —amenazó el marqués—. Necesita mi dinero para pagar a los prestamistas, si no lo hace las consecuencias pueden ser nefastas para usted. Con el dinero que sacó de robar las joyas de su propia esposa no ha cubierto la deuda. Es usted repulsivo, en prisión hay un hombre inocente al que ha acusado de ladrón.

Al vizconde se le desencajó la mandíbula, miró a uno y a otro.

—Se ha quedado muy callado, milord —bromeó de nuevo Barney, era evidente que estaba disfrutando del momento—. Lo sabemos todo.

Parry apretó la mandíbula a fin de contenerse.

—A cambio de mi dinero rectificará su declaración de robo y sacará al sirviente encarcelado injustamente. También reconocerá a George, el hijo de Mollie; usted no tiene hijos, así que será su heredero —decretó Patrick, alzó los papeles y los agitó—. Aquí están los documentos que, una vez que los firme, lo hará legal. Como comprenderá, no me fío de su palabra y he querido asegurarme de que cumplirá con el pacto.

Archer boqueó, era incapaz de creer lo que estaba sucediendo.

—¿Se ha vuelto loco? El hijo de Mollie no es mío —se defendió a voz en grito.

—Ella dice que sí, y dadas las circunstancias, la palabra de ella vale más que la suya —discutió el marqués—. Esa muchacha ha pasado por un calvario por su culpa. Sabemos de buena fuente que le gusta abusar de jovencitas, con Mollie ha habido consecuencias, unas de las que no se librará, yo me encargaré de ello.

—No pienso aceptar tan ruin chantaje. Solo son una sirvienta y un bastardo —soltó agitando la mano con desprecio.

—Muy bien —repuso el marqués con una tranquilidad engañosa mientras guardaba los documentos en la carpeta—. Mañana toda la nobleza sabrá que ha intentado estafarme, nadie le prestará dinero y se verá excluido de la sociedad. Y cuando los prestamistas sepan que no va a pagar la deuda, su vida valdrá menos que la de una cucaracha.

Archer bufó con desesperación, se acercó al carrito con licores que había al lado del ventanal y se sirvió un trago largo de coñac, que se bebió de una vez. Se dio la vuelta, mientras agarraba con fuerza el vaso en su mano, dijo:

—No tengo salida, ¿verdad?

—No —indicó el marqués al instante—. Usted mismo ha provocado su ruina. —Se acercó al escritorio que había frente del ventanal, al costado del carrito de licor, y colocó los documentos para que los firmara—. Tiene diez segundos para decidirse, si firma ahora mismo me acercaré al Banco de Inglaterra para depositar el dinero en su cuenta. Si no firma, me marcharé, y aténgase a las consecuencias.

El vizconde bufó como un animal acorralado y lanzó el vaso a la pared, el sonido de cristales rotos no perturbó ni a Patrick ni a Barney. Archer se acercó al escritorio, cogió la pluma y la mojó en tinta, firmó los papeles murmurando un improperio en voz baja.

—Ya márchense de mi casa.

—Ahora que va a saldar la deuda, hágase un favor: piense en su esposa y en su hija, y aléjese del juego —sugirió el marqués—. No hace falta que le diga que usted me repugna, en público guardaré las formas e intentaré no atragantarme con las fingidas sonrisas que me veré obligado a esbozar.

Barney lo miró y estuvo a punto de que se le escapara la risa. La verdad era que no iba a

olvidar ese momento en lo que le quedaba de vida. Admiró al marqués como nunca antes y pensó que si todos los nobles fueran como él, Londres sería un lugar maravilloso para vivir, donde la maldad no tendría cabida entre la aristocracia y la justicia sería justa.

Sin más, fueron al Banco de Inglaterra, situado en la calle Threadneedle, y el marqués depositó el dinero en la cuenta del vizconde. Patrick poseía una de las fortunas más grandes de Londres, por lo que al director poco le faltó para recibir al marqués con honores y toques de trompeta, como si entrara el mismísimo Julio César después de ganar en la guerra de las Galias.

Después se dirigieron a Neapolis Palace, pero mientras el vehículo se detenía frente a la entrada y el lacayo abría la puertezuela, Patrick supo que algo sucedía cuando salió el mayordomo corriendo como si lo persiguiera el diablo.

—¡Milord, milord! —gritaba alzando el brazo.

El marqués se apeó, detrás de él lo hizo Barney.

—¿Qué sucede? —demandó Patrick.

El sirviente bufaba debido a la carrera.

—La-la mar-marquesa ha-ha desaparecido —informó entre bocanadas de angustia mientras el aire entraba en sus pulmones.

El rostro de Cherfield perdió todo color.

—¿Que ha desaparecido? ¿Cómo es posible?

—El lacayo y la sirvienta que iban con ella se lo explicarán, milord.

—Iré a buscar a los agentes de Bow Street —habló Barney.

El marqués asintió, echó a correr y entró en su hogar, habló en el salón con los sirvientes implicados. Les hizo repetir la historia de los hechos varias veces: cuando la noble se indispuso y detuvieron el carruaje durante un rato para que se recuperara..., la desconocida con mirada malvada y su dentadura mellada..., su afirmación de que sabía dónde estaba Mollie..., cómo se las ingenió para que la dama picara su anzuelo y ninguno de ellos la acompañara... Ellos, al ver que la dama no regresaba, fueron a buscarla, recorrieron varias calles sin resultado.

Por su parte, el mayordomo explicó que esa ladrona había estado en Neapolis Palace, pero la echó al intuir que no traía buenas intenciones. Krista también contó al marqués que su esposa, después del episodio vivido en el edificio, había recorrido las calles de Londres en busca de Mollie al pensar que él la había echado a la calle. Habían preguntado a la gente, entre ellas estaba la vendedora, que había puesto ojos de avaricia cuando vio el monedero con dinero de la marquesa.

Todos llegaron a la conclusión de que se trataba de un robo, incluso los agentes de Bow Street, que no tardaron en llegar e interrogaron a los sirvientes sin perder un minuto. Había un policía, Jake Nerby, de origen irlandés, que cuando se presentó al marqués, este sintió cierto alivio. Si alguien podía dar con su esposa sin duda era él. Tenía fama de ser un hombre con un temperamento de hierro, porque resolvía los casos más complicados. Sus hazañas eran explicadas por escritores en panfletos que solían salir cada cierto tiempo y que se habían hecho muy populares.

—Por favor, encuentre a la marquesa —rogó llorando Krista, una vez que le detalló a Jake Nerby todo lo que sabía de la vendedora.

El policía, un hombre de aspecto rudo, cabello pelirrojo y unos ojos turquesa claros muy luminosos, la miró sorprendido; detectó el cariño que la doncella le profesaba a la noble.

—Parece que aprecia a lady Cherfield —comentó.

Su tono era como un trueno, Krista pensó que solo una voz tan grave y contundente que intimidaba podía pertenecer a un hombre tan alto y corpulento como él.

—Es una mujer muy buena y cariñosa. Es fácil admirar y apreciar a una noble como ella.

Patrick estaba cerca y la escuchó, se le hizo un nudo en la garganta. Abrió la puerta doble que daba a un porche por el cual se accedía al jardín y salió a respirar. Notaba que sus pulmones no recibían aire y se asfixiaba. Todo él temblaba, y la angustia se había convertido en un hierro al rojo vivo que estaba penetrando en su corazón, uno que dejaría de latir si Ruth no aparecía. Escuchó una voz detrás de él.

—No puedes derrumbarte; ahora, más que nunca, ella te necesita.

El marqués se dio la vuelta, era Barney, su rostro contraído evidenciaba que también estaba preocupado por su esposa.

—Si le pasa algo a Ruth o al bebé que lleva en el vientre, no me lo perdonaré jamás. —Flaqueó el marqués.

No podía dejar de temblar, y no era de frío, sino de impotencia y de culpabilidad. A duras penas se sostenía en pie, por lo que tuvo que agarrarse del parapeto ubicado sobre los balaustres moldeados de piedra, dándole la espalda a Barney. Tampoco había podido calmar a su suegro y a Mildred cuando les informó de la terrible noticia y se desesperaron.

—No es tu culpa, no te castigues —manifestó su amigo.

—No es cierto —increpó, se dio la vuelta de golpe y se llevó las manos a la cabeza—. ¿Qué he hecho, Barney? —gimió al borde del llanto.

—Ya basta, Patrick. No te tortures de esta manera.

Cherfield negó con la cabeza.

—Tendría que haberte hecho caso. Si le hubiera dicho desde el principio que no eché a Mollie, que la llevé a un lugar seguro, esto no hubiera sucedido.

—Nadie podía prever que esto ocurriría.

Sin embargo, las palabras de Barney no eran consuelo para él.

—¡Podría haberlo imaginado! —estalló—. Ruth estaba muy preocupada por Mollie, y yo no le dije nada. Soy un estúpido, no quería que ella se pusiera en evidencia, me obsesioné con que fuera la marquesa de intachable comportamiento, que siguiera a rajatabla las reglas de la alta sociedad, pero me he dado cuenta tarde de que ella es la esposa perfecta, siempre lo ha sido y siempre lo será.

En ese instante apareció el mayordomo, que también daba muestras de nerviosismo.

—Milord...

Los ojos de Patrick se abrieron como naranjas a la espera de buenas noticias, el sirviente pareció advertirlo y agachó la mirada, no pudo continuar.

—¿Qué sucede? —inquirió Barney tomando las riendas del momento.

El criado levantó la cabeza.

—Afuera hay un grupo de nobles —contestó.

El marqués enfiló a la salida de inmediato. Detrás de él lo seguían Barney y el sirviente. Patrick se detuvo en cuanto vio a un grupo de varones montados en sus respectivos caballos. En primera línea estaba Franklin, el conde de Harding, y su hijo Benedict; detrás de ellos había un grupo de hombres, muchos de ellos pertenecían a la nobleza.

—Milord, nos hemos enterado de que su esposa ha desaparecido —declaró Franklin—, hemos reunido a un grupo de hombres y recorremos todo Londres.

Se escuchó unos truenos a los lejos mientras unas nubes grises empezaron a tapar el sol, todos miraron el cielo y a Patrick se le intensificó la respiración debido a la angustia.

—Aunque llueva —añadió Benedict—, no pararemos, daremos con ella.

El marqués se había quedado sin palabras. Una parte de él estaba avergonzado por cómo había

tratado al padre y al hijo cuando llegaron tarde a una reunión. Incluso los reprendió y decidió no invertir en el negocio, cosa que había provocado el abandono del proyecto por falta de liquidez. El conde y su primogénito le estaban dando una lección que bien se merecía. Los vio marcharse a todos y rezó por que la encontraran sana y salva.

Un rayo cruzó el cielo como aviso de que se acercaba una fuerte tormenta. En ese instante apareció Jake Nerby.

—Milord —comunicó el agente—, tengo informantes en los barrios bajos de Londres, entre todos encontraremos a la vendedora; yo me encargaré de que confiese en qué lugar tiene a lady Cherfield. La señorita Krista Gordon me acompañará, necesito que ella reconozca a la malhechora.

—Yo también iré —dispuso Patrick.

—Creo que no es buena idea, milord —replicó el policía de Bow Street.

—No le estoy pidiendo permiso, señor —discutió el marqués—, es mi esposa. Y ofreceré una generosa recompensa a quien aporte información.

Jake nunca había llevado bien que los nobles se inmiscuyeran en su trabajo, por lo que hizo rechinar los dientes.

—Creo que lord Cherfield puede ayudar en caso necesario, nunca se sabe —intervino Barney intentando suavizar la disputa—. Yo acompañaré al marqués, y si el asunto se complica, ambos nos retiraremos y regresaremos a Neapolis Palace.

El agente miró a uno y a otro. De soslayo contempló a la mujer que tenía al lado, sus ojos verdes eran de otro mundo y lo tenían fascinado. En ese momento le estaba rogando que dejara que el noble los acompañara. Desde luego que no podía negarse.

—Está bien —transigió Jake, solo para hacerla feliz a ella, porque en el fondo el lord y su amigo acabarían estorbando, y no estaba dispuesto a que ninguno de ellos le diera órdenes.

Sin más, utilizaron el landó de Patrick para acercarse a Londres, el vehículo era para cuatro pasajeros. Además era cerrado y los protegería de la lluvia que empezaba a caer entre truenos y rayos.

A pesar de que era temprano, la tormenta había oscurecido el ambiente. Jake hizo honor a su fama, y puso patas arriba los barrios bajos, por lo que dio con la vendedora en una taberna de mala muerte. Estaba sentada en una mesa repleta de comida y, en ese instante, bebía de una botella de vino que estaba medio vacía. Los clientes y los taberneros se quedaron en silencio al ver que se trataba de Jake Nerby, este inspiraba respeto y temor allí por donde fuera, y se quedaron mirando la escena con cautela.

—Sí, es ella —aseguró Krista—, y el vestido, el sombreo y los pendientes son de la marquesa de Cherfield.

Ruth era menudita, por lo que la prenda, a la ladrona, le quedaba corta y estrecha. Incluso llevaba varios botones abiertos porque no los había podido abrochar. Los guantes y zapatos también le quedaban pequeños, y el sombrero parecía haber padecido un accidente, pues las flores secas de adorno estaban destrozadas.

Patrick se movió rápido, se acercó a la mujer para sacarle la información. La agarró por los antebrazos y la sacudió.

—¿Dónde está mi esposa? —gritó una y otra vez.

La ladrona empezó a reír, Jake y Barney se acercaron, este agarró el brazo de su amigo. Cherfield se giró, y entre la bruma de violencia que cubría su mirada, contempló los ojos color canela de su compañero, que le pedían que se detuviera.

—Ya basta, Patrick.

—Sabía que me iba a traer problemas —farfulló enfadado el agente.

El aristócrata soltó a la vendedora, le dedicó una mirada envenenada a Nerby.

—¿Qué haría usted si fuera su esposa la que ha desaparecido? —soltó colérico el noble.

Jake no esperaba tal comentario. Lo habitual dentro de la aristocracia eran los matrimonios concertados, de modo que el amor no era una semilla que diera frutos. Aun así, detectó en el noble ese sentimiento tan preciado: amaba a su esposa, sin duda se trataba de un hombre afortunado. En un gesto inconsciente, se giró hacia Krista, no supo el motivo, pero su mente le jugó una mala pasada y se imaginó que ella era su esposa. En ese instante se acercó bastante a los sentimientos de desconsuelo, frustración y rabia que debía experimentar el aristócrata. ¡Demonios! Él se hubiera llevado medio Londres por delante si alguien se hubiera atrevido a tocar su esposa.

—Entiendo por lo que está pasando, milord —declaró en un tono compasivo.

Sin mediar ni una palabra, agarró a la ladrona y la arrastró hasta fuera para estupefacción de todos. Patrick, Barney y Krista se apresuraron a seguirlo. Un rayo iluminó el semblante iracundo de Jake, y la ladrona ahogó una exclamación mientras la lluvia caía sobre las cabezas de todos.

—O me dices dónde está lady Cherfield o te tiro al río con una soga atada a una piedra —amenazó apretando con sus dedos el brazo de la maleante.

Si una cosa había aprendido Jake a lo largo de su vida, primero como detective privado y después como agente de Bow Street, era que a los malhechores no se los convencía con buenas palabras y palmaditas en la espalda. Una persona con un corazón malvado lo sería siempre, igual que la ladrona que tenía delante, y había que ponerse a su altura para arrancarles información. Pareció surtir efecto su estrategia, porque la mujer lo miró con ojos de terror al comprender que estaría perdida si no le daba a ese policía lo que quería. De modo que, a pesar de la borrachera que empezaba a hacerla tambalear, les contó dónde estaba Ruth. Nerby solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

Capítulo 14

Jake dejó a la malhechora en custodia a dos policías. Si no había dicho la verdad la interrogaría de nuevo. En el caso de que Ruth estuviera donde había explicado, la llevaría directo a la cárcel. Ningún magistrado la dejaría en libertad después de lo que le había hecho a la esposa del marqués de Cherfield, una de las fortunas más importantes de la ciudad. Así que subieron al carruaje, por suerte los caballos eran fuertes y ágiles, por lo que enseguida estuvieron en el punto indicado.

Fue Patrick el primero que salió del vehículo, saltó cuando todavía estaba en movimiento y empezaba a detenerse.

—¡Ruth, Ruth, Ruth! —gritó.

Corría de un lado a otro, la tormenta seguía encima de su cabeza, los rayos y truenos se sucedían uno detrás de otro. Llevaba una capa para protegerse; sin embargo, no era suficiente para resguardarse del diluvio y estaba empapado de arriba abajo, como el policía, la doncella y su amigo. Todos empezaron a gritar el nombre de Ruth, iban de un lado a otro. Fue el sonido de un tablero cayendo al suelo lo que los hizo guardar silencio, y unos jadeos lastimosos se escucharon por encima de la lluvia. Fue entonces cuando Patrick vio una diminuta mano moverse entre escombros de madera y corrió hacia allí.

—Patrick... —murmuró a duras penas la lady.

A su esposo le dio un vuelco el corazón; con movimientos rápidos empezó a quitar los escombros de madera, Barney y Jake se acercaron al momento y lo ayudaron. Pronto la dama quedó libre, empezó a abrir los párpados, se hallaba completamente empapada y los dientes le castañeaban. Estaba semidesnuda; el marqués se quitó la capa y se arrodilló, la cubrió con la prenda, que aunque estuviera mojada taparía su cuerpo.

—Ruth, mi amor —susurró él, deslizando un brazo por debajo de las rodillas y otro por la espalda—. Suerte que te he encontrado.

—Tengo frío —dijo entre un llanto desgarrador.

Su cuerpo estaba flácido debido a la poca fuerza y al enfriamiento; él se levantó con ella a cuestas y la pegó a su cuerpo.

—Ahora vamos a casa, enseguida el frío pasará —mencionó estrechándola contra él, y echó a andar a toda prisa hasta el carruaje.

—Oh, Patrick. —Lloraba ella; con mucho esfuerzo logró rodear el cuello de su esposo, escondió su cabeza bajo la barbilla de este, y su aroma la ayudó a revivir—. He tenido mucho miedo.

—Todo ha pasado, mi amor. Ya estás a salvo.

***

Era entrada la noche cuando el médico se fue. Patrick respiró aliviado, según el facultativo la herida de la sien no presentaba gravedad y el bebé estaba bien. Ella solo se sentía asustada, aturdida y decaída por lo que había sucedido, que se había agravado más de la cuenta, ya que

hacía días que podía comer poca cosa debido a los mareos y vómitos. Como resultado había provocado esa debilidad en su cuerpo, algo que pasaría en cuanto comiera y descansara. Patrick estaba dispuesto a mimarla y a consentirla para que lo sucedido se le olvidara y la recuperación fuera rápida.

El marqués entró en la alcoba, en la chimenea ardía un buen fuego y las llamas, junto a las velas, proporcionaban a la estancia un halo anaranjado muy cálido. Krista se encontraba en una butaca cerca del lecho, leyéndole un libro. En cuanto la doncella lo vio, se levantó, hizo una reverencia cuando pasó a su lado, él la detuvo.

—Gracias, Krista, sin tu ayuda jamás hubiéramos encontrado a Ruth.

Ella asintió.

—Milady es una de las mejores personas que he conocido en la vida —confesó emocionada, dando fe de que lo que decía era cierto.

Ella se fue y él se acercó al lecho pensando en lo equivocado que había estado en muchas cosas. Había querido deshacerse de Krista, pues creyó que era una mala influencia para su esposa. Había tratado con desprecio al conde de Harding y a su heredero por el simple hecho de llegar tarde a una cita. Y lo peor de todo: había querido convertir a Ruth en una extensión de él mismo, en una persona obsesionada por las normas y reglas porque era lo que le habían enseñado de pequeño. Pero estaba dispuesto a subsanar sus errores y cambiar, convertirse en el mejor esposo para ella y en un padre amoroso y ejemplar. Y para ser todas esas cosas, no necesitaba ni reglas ni normas.

Su esposa dormía, contemplarla era como recibir la caricia de la brisa, no quería despertarla, pero no pudo reprimirse y se acercó a ella. Se sentó a su lado y la tomó por las manos; ya el frío había abandonado su cuerpo y tenía la piel suave y cálida. Besó uno a uno sus dedos, ella ronroneó y abrió los párpados.

—Patrick... —susurró con una gran sonrisa, se incorporó lo justo para estar sentada y abrazó a su esposo—. Lo siento, fui una inconsciente y puse a nuestro bebé en peligro. Te juro que he aprendido la lección, jamás volveré a fiarme de nadie antes de conocerlo un poco.

—¡Chssss! No digas nada, la culpa es mía, te he puesto en peligro a ti y a nuestro hijo —masculló el noble—. He cometido muchos errores y este es el más grave de todos. Por poco te pierdo y yo hubiera sido el único responsable.

Ruth se separó y lo miró a los ojos.

—No te entiendo.

Patrick acunó la mejilla de su esposa.

—Tendría que haberte dicho que Mollie estaba segura y a salvo desde el principio.

La sorpresa se reflejó en los ojos azules de la dama.

—¿Sabes dónde está?

—Siempre lo he sabido.

Tal confesión provocó tristeza en su esposa, las lágrimas inundaron su mirada.

—Y ¿por qué no me dijiste nada? —mencionó al borde del llanto—. Yo... yo estaba preocupada por ella y por la suerte que hubiera podido correr.

Él agarró las manos de ella, pero su esposa estaba enfadada y las retiró. Patrick hundió los hombros, consciente de que se lo tenía merecido.

—Soy un necio, lo sé. Como te he dicho, he cometido muchos errores, y este es uno de ellos. No quería que te involucraras con jóvenes como Mollie por miedo a lo que pensaran, una marquesa debe tener una conducta irreprochable.

Ella suspiró y aplacó su enojo. Después de todo lo que había sucedido, lo que menos deseaba

era pelearse con su esposo. Acarició su espalda, sentía las cicatrices en sus yemas, Patrick era el resultado de lo que le habían inculcado de niño; sin embargo, ese hombre había cambiado, y se sentía feliz por ello.

—Pero ¿Mollie está bien? —indagó la noble.

—Muy bien, y muy feliz.

A la dama se le iluminaron los ojos de dicha.

—Quiero verla.

—Te llevaré en cuanto estés recuperada. Se encuentra en una propiedad que tengo a las afueras de Londres, con un par de sirvientes que la ayudan en todo momento. —Sonrió con afecto—. Ha tenido un niño, se llama George, y puede convertirse en el próximo vizconde de Saunders.

A la dama se le desencajó la mandíbula.

—¿Cómo es posible?

El marqués sonrió con picardía, cosa que provocó que su esposa arrugara el entrecejo. De inmediato, Patrick relató lo acontecido esa mañana con Archer Parry, ella se tapó la boca para no estallar a carcajadas.

—¡Me hubiera encantado verle el rostro! —Se lanzó al cuello de su esposo y lo abrazó con fuerza—. Yo te acusé de echarla a la calle, y en realidad la pusiste a salvo. No solo eso, sino que le has dado una segunda oportunidad, y a su hijo le has asegurado un futuro. ¡Oh, Patrick, eres el mejor hombre que puede existir!

—¿Eso quiere decir que me perdonas por ser tan necio? —rogó con retintín en el tono.

Ella echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Jamás podría enfadarme contigo, aun así, quiero que hagamos una promesa: que nunca más haya secretos entre nosotros, que nos apoyaremos para salvar las dificultades que se nos presenten en la vida.

—Me parece una idea estupenda. —Se puso serio—. Milady, te hago la promesa de que jamás te mentiré ni te esconderé nada. Cuando llegaste a mi vida, yo era un hombre intransigente, obsesionado con las normas que rigen la alta sociedad. Pero todo eso ha quedado atrás, es historia. Ahora solo quiero ser un hombre que te merezca, porque te amo, Ruth, y te amaré siempre.

El corazón de la dama se detuvo. Era incapaz de encontrar las palabras exactas que expresaran su dicha. Sin embargo, quería asegurarse de que había escuchado bien y que no era fruto de su imaginación, pues aún la sien le latía de dolor.

—Oh, Patrick, ¿lo dices en serio? —mencionó temblorosa.

—Tan en serio como el bebé que crece en tus entrañas.

—Yo también te amo.

Entonces, sus labios se fusionaron, fue un beso con sabor a felicidad, un beso que sellaba la promesa de un amor eterno, un beso que era el principio de un futuro en común. Y el «hasta que la muerte nos separe» quedó relegado y sustituido por «te amaré hasta la eternidad».

***

Pasó una semana, una semana en que Patrick no se había separado de su esposa. Aprovechaba cada momento que pasaba con ella para decirle lo mucho que la amaba y, después, acariciaba su vientre, allí donde crecía el primer hijo de ambos.

Era por la mañana, en el exterior la primavera estaba en su apogeo y las melodías de los pájaros anunciaban felicidad para esa jornada. La pareja había desayunado, por suerte Ruth, poco

a poco, recuperaba el apetito. Patrick se preparaba para salir, debía arreglar otro de sus errores. Estaba en el *hall*, poniéndose los guantes y el sombrero, su esposa estaba a su lado.

—Recuerda que esta tarde me prometiste llevarme a visitar a Mollie —mencionó su esposa.

—Sabes muy bien que tus deseos son los míos. —Ella rodeó la cintura de su esposo como respuesta, pegó su mejilla en el torso musculoso de este, siempre la proximidad de él le arrancaba un gemido de felicidad, su aroma a lluvia resultaba ser un aroma adictivo del que no se cansaba nunca—. No me he olvidado de mi promesa, dile a Krista que venga con nosotros, es amiga de Mollie y ambas necesitan reencontrarse —expresó, besó el pelo de su coronilla.

Ella se separó lo justo para que pudieran mirarse a los ojos.

—Te amo, milord —confesó con voz de terciopelo.

—Yo también te amo, milady.

A pesar de las muchas veces, hasta ese instante, que se habían confesado mutuamente lo mucho que se amaban, la expresión de asombro aparecía en sus miradas como si fuera la primera vez que lo escuchaban.

Sin más, el marqués se fue, y ella buscó a Krista. Se adentró en la zona donde los sirvientes tenían sus dormitorios. Se conocía el camino de memoria, pues habían sido muchas las veces que había ido por allí, y ya nadie se extrañaba de verla. Una vez que estuvo frente a la puerta de la alcoba de su doncella, la golpeó con los nudillos; la batiente se abrió de inmediato.

—Oh, milady, no hace falta que venga hasta aquí —mencionó Krista apartándose para dejarla pasar—, si me necesita haga tocar la campanilla —dijo cerrando la puerta.

—¡Estoy demasiado emocionada! —exclamó la dama—. Esta tarde veremos a Mollie, Patrick nos llevará a donde está.

La doncella abrió los ojos.

—¡Tengo tantas ganas!

—¡Yo también! —expresó desbordando felicidad, en ese instante, de soslayo, vio el ramo dispuesto en un jarrón sobre la mesa que se hallaba frente a la ventana, se acercó y acarició las flores—. Son preciosas. —Se inclinó y las olió—. Y huelen muy bien.

—Sí.

La noble se dio la vuelta y advirtió las mejillas enrojecidas de la doncella, además en su boca lucía una sonrisa tonta, tan típica de enamorados.

—Oh, Krista, ¿quién te ha regalado ese hermoso ramo? —inquirió acercándose a ella, le agarró las manos.

—Son del agente de Bow Street, el señor Jake Nerby.

Ruth se rio.

—Vaya, mereció la pena que desapareciera para que os conocierais.

—Oh, milady, no diga eso, todos lo pasamos muy mal.

—Todo aquello ha quedado olvidado, ahora hay que centrarse en el futuro, será un hombre con muchísima suerte, sin duda —aseguró apretando sus manos.

—No vaya tan deprisa, milady, solo hemos salido a pasear y a tomar un helado —informó acercándose al ramo, lo olió—. No me ha pedido matrimonio.

—¿Qué le dirías si te lo propusiera?

Krista se dio la vuelta.

—Es un hombre muy especial, me ha comentado que su sueño es formar una familia y comprar una finca para retirarse. Ha ganado mucho dinero haciendo de detective privado antes de formar parte de los agentes de Bow Street.

—Pero no has contestado a mi pregunta —manifestó sentándose en el lecho, aún los mareos

seguían debido al embarazo. Vio cómo Krista agachaba la mirada y se entristecía—. ¿Acaso hay otro hombre del cual estás enamorada?

La doncella alzó la cabeza y clavó los ojos en la marquesa.

—Estuve enamorada, pero me traicionaron de la manera más vil posible —confesó—. Me arruinaron la vida.

—¿Quién es él?

Krista empezó a respirar con agitación, ¿cómo decirle que era Harry Parks, el conde de Windsong? Por suerte vivía muy lejos y sabía de cierto que nunca más regresaría a Londres, era por eso que ella había decidido vivir en la ciudad. Los recuerdos, tanto los malos como los buenos, se agolparon en su corazón. Llevada por la frustración y por todo lo que le habían arrebatado con crueldad, empezó a llorar con desconsuelo. Ruth se alzó y acortó la distancia que las separaba, la abrazó.

—Lo siento —murmuró sintiendo la pena de ella.

La doncella se separó y se limpió las lágrimas con un pañuelo que sacó de la manga.

—Todos tenemos un pasado, milady.

—¿Quieres explicármelo?

La sirvienta permaneció callada, apretó los labios. Ruth era una persona de confianza que guardaría su secreto. Sin embargo, no se sentía preparada, más que nada porque se avergonzaba y no quería que la dama se hiciera un juicio negativo de ella. A veces pensaba que no merecía que la vida la recompensara y que el dolor que experimentaba en su corazón era merecido.

—Tal vez algún día —dijo al fin.

—Lo único que sé es que mereces la felicidad —echó un vistazo rápido al ramo de flores—, y el señor Jake Nerby es una buena opción, él te ayudará a superar tu pasado.

—Es un buen hombre.

—Si te casas con él, te echaré mucho de menos cuando te vayas a esa finca que comprará algún día.

—No me iré hasta que nazca su hijo, milady. Pienso ayudarla, además se le prometí a su esposo.

—Gracias, no sabes lo que significa para mí —repuso muy complacida.

Después, ambas se fueron a la zona de tiendas; aunque todavía quedaban muchos meses, había que pensar en el ajuar del bebé.

Capítulo 15

Mientras, Patrick se dirigía en su faetón a Montclare House, la residencia del conde de Harding y su familia. Era una visita sorpresa, por lo que tan pronto el mayordomo anunció su llegada, fue recibido por Rebecca, la condesa lady Harding, y sus dos hijas, Melody y Audrey. Le explicaron que Franklin y Benedict estaban en el Banco de Inglaterra para hacer unas gestiones.

La dama poseía una belleza madura a pesar de los cabellos blancos y las arrugas, y aunque intentó que no se le notara, sus ojos estaban enrojecidos por el llanto. El noble meditó que no era para menos, pues Barney, el cual lo sabía todo de Londres, le había comentado que la familia estaba arruinada y que solo les quedaba por vender su hogar. Nadie le había querido prestar dinero para la naviera y habían tenido que detener el proyecto. Dentro de la alta sociedad había dos tipos de nobles que se arruinaban. La gran mayoría era como Archer, aristócratas que les encantaba apostar muy alto y terminaban perdiéndolo todo. Sin embargo, había otra clase de caballeros que se arruinaban no porque fueran malos hombres, sino porque sus inversiones no habían dado sus frutos por diferentes motivos. A veces incluso los negocios eran tan caprichosos que la fortuna los esquivaba.

Rebecca le aseguró que no tardaría, y mientras los esperaba, la dama le ofreció un té y una tarta de melocotón recién hecha. Pero el marqués no quería dilatar más el asunto, era una espina que tenía clavada en el corazón, de modo que se despidió y se dirigió al banco.

Se encontró a padre e hijo saliendo del edificio. El rostro de ambos era una oda a la tristeza, sin duda no habían recibido buenas noticias. Quizá incluso el conde había perdido su mansión debido a las deudas que tenía que saldar.

—Buenos días —saludó Patrick, inclinando un poco su sombrero de copa, a modo de saludo y cordialidad, en cuanto se acercó a ellos.

Franklin y Benedict imitaron el gesto cortés.

—Buenos días —dijeron al unísono ambos—. ¿Ha venido a hacer unas gestiones? —indagó el conde.

—No, de hecho acabo de estar en Montclare House —mencionó el marqués—. Sus hijas han crecido mucho y su esposa está tan hermosa como siempre.

A Franklin se le iluminó el rostro, evidenciando lo mucho que amaba a su familia.

—Pronto mi hija mayor debutará —explicó el noble con lágrimas en los ojos—. La echaré de menos cuando se case. Por cierto, ¿cómo está su esposa?

Patrick esbozó una sonrisa.

—Ya está recuperada.

—Oh, cuánto me alegro. Debo felicitarlo, todo Londres sabe que la marquesa espera su primer hijo.

—Sí, estamos ansiosos por que nazca.

—Les deseo mucha suerte.

—Gracias, milord. Aún no he tenido la oportunidad de darle las gracias por ayudarme cuando mi esposa estaba desaparecida.

—Usted hubiera hecho lo mismo, hemos de cuidarnos los unos a los otros.

—Sabias palabras. —Patrick esbozó una triste sonrisa—. Me he comportado como un necio, los traté mal solo porque llegaron unos minutos tarde. —Observó a uno y a otro—. Quiero pedirles disculpas.

Benedict y Franklin se miraron con una mezcla de perplejidad y de asombro, el conde se centró en el marqués.

—No hace falta que se disculpe, entiendo que no se fíe, yo en su lugar hubiera reaccionado de la misma manera. Soy un fracasado y contra eso no hay nada que hacer —sentenció hundiendo los hombros.

—¡Padre, no digas eso! —reprochó el hijo—. Tú no eres un fracasado, siempre te digo que los méritos no se miden con dinero, has conseguido mucho: una esposa, un hijo y dos hijas que te aman. Ese es tu mayor logro.

Franklin lo adoró con la mirada. Palmeó uno de sus hombros.

—Siempre me has visto con buenos ojos, hijo. —Le sonrió a Patrick—. Estamos aburriendo al marqués, Benedict, y seguro que tiene mejores cosas que hacer que hablar con nosotros.

—En absoluto, milord. —Contempló a uno y a otro con afabilidad—. De hecho estoy de acuerdo con su hijo: el mejor logro de un hombre es conseguir formar una buena familia.

El sol de principio de verano caía implacable sobre ellos, hacía calor, había gente que entraba y salía del banco y transeúntes que pasaban por delante de ellos, a unos metros había un gran árbol que ofrecía una buena sombra.

—Quiero hacerles una propuesta —mencionó Cherfield, la cara de sorpresa de padre e hijo fue evidente—. ¿Vamos a la sombra de aquel árbol? —sugirió señalando con la cabeza el lugar donde se hallaba.

—Se lo agradecería —manifestó el conde sacando un pañuelo blanco del bolsillo de su levita ocre, se quitó el sombrero y se secó la frente—. Hace mucho calor.

Se dirigieron a la sombra.

—Me gusta el carácter emprendedor de su hijo, milord —expresó el marqués de inmediato—, y creo que la naviera será un negocio próspero.

Los ojos del joven se iluminaron al tiempo que sus labios se ensanchaban en una sonrisa.

—¿Ha reconsiderado su decisión y quiere invertir? —indagó Benedict.

—Sí, no solo eso, quiero que seamos socios al cincuenta por ciento. —Giró el rostro en dirección al conde—. Yo aporto el cien por cien del dinero y en cuanto haya los primeros beneficios, me devolverán lo que corresponde de su parte sin intereses. ¿Qué le parece la idea, milord?

—Dios santo, ¿habla en serio? —exclamó Franklin, notaba que su corazón se le saldría por la boca.

—Muy en serio —declaró Patrick—. De hecho, podemos acercarnos al banco para empezar a tramitar todo lo necesario.

—No se va a arrepentir —aseguró el conde.

—Lo sé, además creo que nos vamos a llevar muy bien —sentenció mientras caminaban hacia el Banco de Inglaterra—. Me gustaría invitarlos a cenar esta noche a usted y a toda su familia, será algo íntimo y especial. Me encantaría que mi esposa conozca a sus hijas.

—Padre, te dije que no teníamos que perder la fe —habló Benedict emocionado, respiraba con agitación al pensar que no estaban arruinados—. No perderemos Montclare House.

Patrick se sentía un hombre nuevo, qué ciego había estado. Había algo de maravilloso en ayudar a la gente, se dio cuenta al observar las sonrisas del padre y del hijo. En aquel instante se

sintió libre, capaz de todo. Y debía darle las gracias de a su amada esposa.

***

Llegó la tarde, y como prometió, Patrick llevó a su esposa y a Krista al lugar donde estaba Mollie. El carruaje aparcó frente a la casa; y en cuanto la marquesa descendió, ayudada por su esposo, se quedó prendada del paisaje. Miraba a un lado y a otro con una sonrisa de satisfacción bordada en el rostro. A pesar de que el tiempo había empeorado esa tarde y que había nubes que amenazaban lluvia, no influía en la belleza de la zona, que tenía el aspecto de ser un sitio idílico y tranquilo.

—¿Verdad que es un paraje precioso para criar a un hijo? —mencionó la dama a Krista.

—Sin duda, qué bonitas vistas —corroboró con sus pupilas abiertas absorbiendo todo lo que miraba.

En ese momento, la puerta de entrada se abrió dando paso a un sirviente, detrás de este apareció Mollie con su pequeñín en brazos.

—¡Oh, Dios santo! —exclamó eufórica Ruth acercándose a la joven con premura—. Me alegra tanto que estés bien.

—Mollie... —murmuró Krista, que ya se había aproximado, miró el rostro del pequeñín—. ¡Qué preciosidad de bebé!

—Se llama George, y es una criatura maravillosa, apenas da trabajo.

Mollie soltó una carcajada de complacencia, los sentimientos estaban a flor de piel debido al reencuentro, las tres hablaban a la vez como si tuvieran miedo de que se acabara el mundo.

—¿Y si entramos a la casa y tomamos una taza de té? —interrumpió el marqués.

Ellas estuvieron de acuerdo; y una vez dentro y cada uno sentado en una butaca en la sala principal, siguieron conversando. Se lo explicaron todo mientras el pequeñín seguía en brazos de su madre ajeno a todo. Ruth no veía el momento de tener a su hijo en su regazo y en más de una ocasión cruzó miradas cómplices con su esposo, sobre todo cuando el bebé se agitaba o emitía algún gorgojeo.

Estuvieron las siguientes dos horas hablando sin parar, a Patrick le encantaba ver la felicidad en los rostros de las mujeres. Pero pronto sería hora de irse, así que decidió que era el momento de dar una importante noticia.

—Antes de marchar quería daros una noticia que os implica a las tres.

Los ojos de las mujeres lo miraron expectantes.

—¿De qué noticia se trata? —indagó impaciente la marquesa.

—He decidido que tú, querida, y estas dos bellas damas se impliquen en un proyecto —anunció alzándose.

Ellas se miraron la una a la otra, él sostuvo su silencio de manera traviesa para ponerlas nerviosas.

—Oh, Patrick, habla de una vez, ¿no ves que nos tienes en ascuas? —lo regañó su esposa.

—Quiero convertir este lugar en una residencia para mujeres como Mollie, que la gestionará una fundación, la Cherfield Foundation.

Ruth se alzó de inmediato. Se acercó a su esposo casi a la carrera y lo abrazó.

—Oh, querido, me acabas de hacer muy feliz. —Giró el rostro en dirección a las que veía como sus amigas—. Es una excelente noticia, podremos ayudar a muchas mujeres.

—Tendremos que hacer muchas recolectas, será muy enriquecedor —manifestó una Krista pletórica.

—Y ferias, exposiciones, rifas, subastas —añadió Mollie con lágrimas en los ojos.

La joven y la doncella empezaron a hablar de los proyectos que llevarían a cabo para recaudar efectivo, mientras Ruth no podía dejar de adorar a su esposo con la mirada.

—Querido... —musitó la marquesa—. Esta residencia tendrá las puertas abiertas a cualquier mujer, sea cual sea su condición. ¿No te importan las habladurías?

—Ni lo más mínimo.

—Eres maravilloso, es el mejor regalo que podías hacerme, mi sueño se ha cumplido. Te amo, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, pero, por favor, no dejes de decírmelo cada día.

—Patrick —llamó Barney, que había acabado de llegar. El mayordomo de Neapolis Palace le había dicho que estaba allí, todos guardaron silencio y lo miraron.

Cherfield supo de inmediato que traía malas noticias, su mandíbula tensa y su mirada endurecida no dejaban espacio a la duda.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió Patrick.

Barney miró a George, que seguía en los brazos de su madre.

—Han degollado al vizconde de Saunders en la calle Pall Mall, a unos metros del Brook’s.

Las mujeres soltaron unas lamentaciones de sorpresa.

—¿Qué? —exclamó el noble—. ¿Y está muerto?

George empezó a llorar, su madre lo meció y se durmió de inmediato.

—Sí —contestó su amigo—. El muy estúpido apostó el dinero que le diste para saldar la deuda con los prestamistas y lo perdió todo. Se lo han cobrado con su vida.

Patrick miró al bebé.

—Entonces George es el nuevo vizconde de Saunders.

***

Jake Nerby había alquilado una barca y estaba paseando por Acis and Galatea Lake junto a Krista. La mujer llevaba un vestido celeste de manga corta abombada, en muselina y con encaje en el escote y bajos. A juego tenía un parasol del mismo tejido, con el que se protegía del intenso sol que hacía esa tarde. En la muñeca colgaba, por una cinta de satén, un ridículo blanco.

—Estás preciosa esta tarde —aduló el hombre.

Ella le sonrió como respuesta a medida que sus mejillas se enrojecían. No pudo evitar darse cuenta de que había mucha gente que los observaba.

—Este es un lugar de recreo para la aristocracia, Jake. Me siento como un animal exótico que todo el mundo observa con recelo.

El policía dejó de remar, miró a su alrededor. Había nobles paseando en sus botes alquilados que los observaban con interés, y en la orilla muchos los señalaban.

—Ignóralos, son seres petulantes que no merecen nuestro interés. —Empezó a remar de nuevo.

—El sitio fue creado por un aristócrata para que lo disfrutaran los de su clase —reprochó ella.

—Mi adorable Krista, deja de preocuparte —insistió él, el bote surcaba las aguas con lentitud, a pocos metros había un grupo de cisnes que nadaron para alejarse de ellos—. Soy un hombre rico, podría decirse que sin ser noble ya formo parte de sus círculos, y me aprovecho de ello para resolver casos. Son tan estúpidos que ni siquiera se dan cuenta de ello.

—No todos son estúpidos. La marquesa y el marqués de Cherfield son buenas personas.

—Reconozco que me han causado buena impresión.

—He tenido suerte de servir en su hogar.

—No hace falta que seas sirvienta de nadie, yo puedo mantenerte, tendrías tu casa y tus propios sirvientes.

El hombre dejó de remar, se miraron.

—Jake, no sé cómo tomarme tus palabras.

Él era un hombre rudo para casi todo, le gustaba no andarse por las ramas. Torció la boca al darse cuenta de lo poco romántico que era.

—Sabes muy bien lo que quiero decir, solo te propondré matrimonio cuando estés preparada para decirme que aceptas.

Krista observó los cisnes, en cómo provocaban pequeñas olas en su afán de alejarse de ellos. No podía dejar de pensar en su pasado y en lo mucho que sufría. Si tenía que ser justa, sabía que Jake la haría feliz. Le estaba ofreciendo un futuro maravilloso, pero no quería casarse sin saber si lo amaba o no. Giró el rostro y clavó sus ojos verdes en los turquesas de él.

—Todavía no es el momento, Jake. Necesito un poco más de tiempo.

—Puedo esperar, pero no lo haré eternamente, Krista —puntualizó—. Quiero formar una familia y alejarme de la ciudad para vivir en el campo. Aunque si mi esposa prefiere vivir en Londres, lo aceptaré y nos quedaremos aquí, en una casa con jardín por delante y por detrás, que llenaremos de niños.

Un sentimiento de complacencia embargó a la mujer. Saber que él era capaz de sacrificarse por los deseos de ella era algo que no esperaba, y su corazón dio un vuelco. Lo cierto era que no quería abandonar a Mollie ni tampoco a Ruth, que era lo más parecido que había tenido como amiga. Además, le había prometido quedarse hasta que su hijo naciera. Y también, por otro lado, quería implicarse en la Cherfield Foundation; deseaba con toda el alma ayudar a más mujeres solas con niños o embarazadas. Lo cierto era que cuanto más lo pensaba, menos deseaba irse.

—¿No echarás de menos ser famoso si te vas de Londres? —preguntó la mujer.

—¿Famoso? —inquirió retomando los movimientos acompasados para remar con fluidez.

Krista cerró el parasol, lo dejó a su lado y sacó un folleto doblado de su ridículo. Desplegó el papel con cuidado mientras sonreía. Si bien los de su clase no sabían leer, ella era una de las pocas excepciones. Se entristeció al recordar que fue Harry Parks, conde de Windsong, quien le enseñó. Cortó el hilo de sus pensamientos, el pasado nunca más regresaría. Su futuro estaba al lado de Jake.

—Esto es lo último que han escrito de ti: «... El detective no solo logró detener a la mujer que robó a la marquesa de Cherfield y encontrar a esta con vida, sino que, al día siguiente, detuvo a una peligrosa banda de *highwaymen*, unos asaltadores de caminos profesionales que tenían aterrorizados a los viajeros. Otro triunfo que sumar a los muchos que posee ese peculiar agente. Sin duda, el señor Jake Nerby es una de las mejores apuestas de la policía de Bow Street. Londres está de enhorabuena».

Jake soltó una carcajada.

—Son exageraciones, estos escritores tienen mucha imaginación.

—Te adoran.

—Yo solo quiero que una persona me adore —insinuó mirándola con intensidad.

Ella comprendió sus palabras, le dedicó una serena sonrisa.

—Esa persona empieza a adorarte, Jake, y mucho.

Ambos alargaron sus bocas en una sonrisa y siguieron con el paseo. Sin embargo, una pregunta quedó suspendida en el aire: ¿conseguiría el amor florecer en el corazón de Krista con tanta fuerza que sería capaz de borrar ese pasado que le impedía alcanzar la felicidad? El tiempo

tendría la última palabra.

***

Llegó el día en que se celebraba la boda del padre y la tía. Ruth llevaba una preciosa creación color rosa pastel con un sobrevestido en muselina blanca con flores bordadas en hilo de plata, rematado con unos guantes del mismo tono que la prenda. Su vientre había empezado a abultarse, por lo que la modista había retocado la prenda a última hora. En el cabello, Krista le había confeccionado un semirecogido con plumas blancas y rosadas, y varios bucles caían por los hombros. Por su parte, el atuendo de Patrick no era tan oscuro ni sobrio como con los que siempre se había ataviado. Llevaba unas calzas oscuras, sombrero de copa negro, camisa y corbata blanca, y una estilosa levita en damasco azul turquesa, un tono que era la primera vez que utilizaba.

La pareja iba en su carruaje, un espectacular *barouche* tirado por cuatro hermosos caballos de reluciente pelaje blanco, y que llevaba con la capota plegada. El día era magnífico, hacía calor y el cielo era un retal de satén celeste que deslumbraba las miradas.

—Me encanta tu nueva levita —mencionó la dama a su esposo, con un matiz divertido; con su mano enguantada acarició la manga—. ¿Qué ha sido de tu ropa con tristes colores?

—Han pasado a mejor vida, querida —confesó palmeando la mano de su esposa.

—¿Te has deshecho de todo?

—Sí, mi ropero ahora está más vivo que nunca.

—Mmmm, voy a tener que vigilarte, milord, está usted muy apuesto, y te quiero para mí sola. ¿Te acuerdas cuando nos conocimos? No sabías quién era y me propusiste ser tu amante.

Patrick se carcajeó al recordar el momento.

—Me acuerdo, querida, me acuerdo. Desde el primer segundo te adueñaste de mi corazón, pero aún no lo sabía. Nunca podrá haber ninguna otra, lo juro.

—Solo han pasado unos pocos meses desde que sucedió ese momento, un instante que fue el principio de algo muy grande.

—Desde luego. —Llevó su mano al vientre de su esposa—. Este pequeñín aún nos cambiará la vida mucho más. Por cierto, esta mañana he recibido una carta de Harry Parks, el conde de Windsong, dice que vendrá a Londres. He pensado, si tú estás de acuerdo, que le ofreceré que se aloje en Neapolis Palace.

—Me parece bien. ¿Tiene esposa e hijos?

—Tiene un hijo de tres años. Hace dos años murió su padre, y hace un año su esposa.

—El pobre debe estar muy triste.

—Recuerdo que Harry no estaba muy unido a su padre, cuando era un niño tuvieron que venderlo todo debido a las deudas de juego y se marcharon de la ciudad. Pero él, en cuanto fue mayor, adquirió a precio de saldo unas tierras yermas. Nadie hubiera imaginado que en sus entrañas había un enorme yacimiento de carbón. De la noche al día se ha convertido en un hombre muy rico. Comenta en la carta que quiere comprarse una mansión en Londres para establecerse en la ciudad, además quiere invertir en nuevos negocios y me pide que lo aconseje.

—Me encantará recibirlo en Neapolis Palace hasta que pueda comprarse un hogar para él y su hijo.

Llegaron a la iglesia y el párroco casó a los novios. Después se celebró la fiesta en Rowland House. Hubo *delicatessen* que preparó un cocinero de renombre francés, que hizo las delicias de los invitados. Se sirvieron los mejores licores; el whisky escocés que traían expresamente para

Philip tuvo mucho éxito. También se fumaron habanos de excelente calidad y bailaron hasta que se cansaron.

Pero Ruth y su esposo fueron unos de los primeros en marcharse, ya que ella estaba cansada. Llegaron a Neapolis Palace bien entrada la noche, no despertaron a Krista, él se encargó de desvestir a su esposa prenda a prenda. Después la besó por todas partes, unieron sus cuerpos y danzaron el baile del amor. Él entraba y salía de su cuerpo con delicadeza mientras notas de placer brotaban de las bocas de ambos.

Y después, ya saciados, se abrazaron. El sueño terminó por alcanzarlos y los envolvió en un tul de tranquilidad. Pero incluso dormidos, sus bocas sonreían de felicidad.

FIN

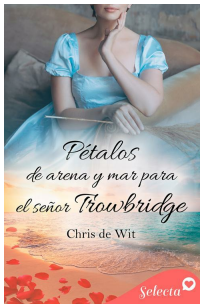
Si te ha gustado

Las reglas del lord

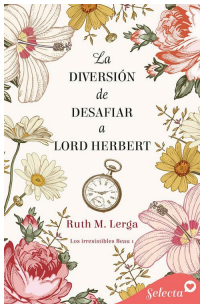
puedes disfrutar de estas





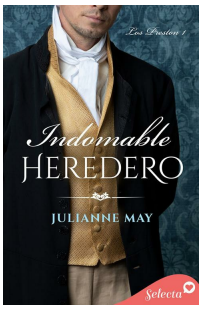




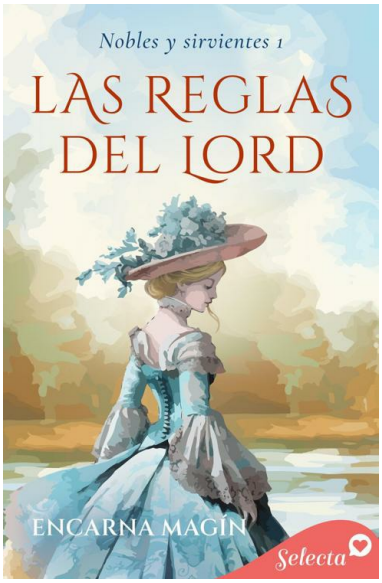








¿Será capaz el marqués de Cherfield de controlar a su prometida?



La vida de **Patrick Benton, marqués de Cherfield**, se rige por reglas. Exige obediencia y no soporta que le lleven la contraria, por lo que no es un lord muy querido entre sus pares.

Su vida se convierte en un caos **cuando lady Ruth Slater, la mujer con la que lo prometieron años atrás** por un pacto entre su padre y su mejor amigo regresa a Londres para casarse con él.

Por más que el lord la amenace, ella romperá cada una de sus reglas.

Encarna Magín nació en Girona. Actualmente vive en Banyoles rodeada de su marido, el amor de su vida, sus tres hijos y un perrito de lo más travieso. Le encanta leer, aunque la debilidad por la novela romántica la ha llevado a iniciarse en el precioso oficio de la escritura. Siempre tiene en mente nuevas historias. Historias que hilvana entre girasoles y al lado de la chimenea de su hogar, y de las que espera que sus lectores disfruten tanto leyéndolas como lo hace ella escribiéndolas.



Edición en formato digital: octubre de 2024

© 2024, Encarga Magín
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19116-88-8

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Las reglas del lord
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Encarna Magín
Créditos